









EL MIRTILO,

Ó LOS

PASTORES TRASHUMANTES.

POR

D. PEDRO MONTENGON.

EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

AÑO DE MDCCXCV.

EL MIRAJO

PASTORAL TRANSMANANT

FOR

D. BLAND AND LEVISON

BY MADRID

IN A TRANSLATION OF

THE

A DON CARLOS ANDRES.

Mis dedicatorias son tributos de mi reconocimiento. Este solo las puede hacer estimables. El que debo á los favores con que habeis querido, ó noble y generoso amigo, aliviar mis circunstancias y estado, exige de mi ánimo agradecido, que honre las sienes de mi Mirtilo con vuestro nombre, hecho ya esclarecido, no solo por vuestro talento y estudios, sino tambien por el de vuestro hermano, autor del Origen y progresos de la Literatura. Por lo mismo espero que resplandecerá largo tiempo en la frente de mis pastores; no por lo que ellos valen, sino por la gloriosa guirnalda con que mi gratitud adorna sus cabelleras. Pueda tambien ella ser prueba de las excelentes prendas de vuestro benéfico corazon, á quien queda tan corto, con esta ténue demostracion, mi adeudado agradecimiento.

Mis deberes son tributar de mi re-
 conocimiento. Este solo las puede hacer es-
 timables. El que debo á los favores con que
 habéis querido darme y generoso amigo,
 darme mis circunstancias y estado, es de
 la naturaleza de las que hacen las si-
 tuaciones de mi vida con vuestro nombre, de-
 beros y estimar, no solo por vuestro fa-
 vor y estado, sino también por el de vus-
 tro hermano, autor del Origen y progre-
 so de la literatura. Por lo mismo capto
 que respaldada por el tiempo en la firma
 de una nación; no por lo que ella vale,
 sino por la gloria que ella con que mi
 gratitud ahora me cobijare. A vuestro favor
 diré que soy parte de las excelsas pres-
 taciones de vuestro beneficio con que a quien
 queda por tanto, con esta forma muestra-
 ron, mi agradecimiento.

EL MIRTILO,

Ó LOS

PASTORES TRASHUMANTES.

No abusarás mas de mis burladas esperanzas, ambicion aborrecible. Mi honrado pecho no volverá á ser juguete de tus vanos alicientes y devaneos. Bastanme los desengaños que acaba de probar mi indiscrecion y poca experiencia, para que me sobreponga de una vez á todas tus mentirosas promesas, y lisonjas embusteras. El hombre llega solo á recobrar con tu menosprecio su interior y noble señorío.

La pobreza ya no me amedrenta ni me envilece. Si el aborrecimiento y el miedo que antes le tenia, y que solo lo cobré á fuerza de tus instigaciones, me hacia dependiente de los favores de la fortuna, mi fuerte resolucion rompió del todo las cadenas indignas con que me avasallabas á la vana opinion y concepto de los hombres, cebando mis continuas ansias y desvelos con tus traído-

res atractivos. Exênto y libre de ellas mi corazon esforzado, vuela en pos de la dichosa seguridad que promete la naturaleza á los que acomodan sus ánimos á los puros y sencillos bienes que ella promete, y que concede.

¡O libertad preciosa! te poseo. Heme aquí suelto de todos los lazos de la opinion, de que parecia casi imposible que pudiera desprenderme. ¿Qué es lo que no recaba un ánimo fuerte, generoso y resuelto, que llega á conocerte?

O tú, qualquiera que seas, deidad propicia, que quisiste alumbrar mi mente, dirige mis inciertos pasos, donde determinaste darme á probar la deseada dicha que espero, y que me prometo poseer enteramente, pues ya desde ahora comienzo á gustarla, al paso que me alejo de ese ruidoso emporio de la fortuna y de la grandeza, á donde antes llevé con tanto desacierto mis ambiciosas, aunque desengañadas pretensiones.

Esto iba diciendo Mirtilo, alejandose de la corte, despues de haber estado en ella pretendiendo un empleo á su gusto, que correspondiera á su nacimiento, y que al mismo tiempo no le sirviera de estorbo á su talento y estudio poético; ó á lo menos un pre-

mio , ó pension decente , para poder con ella dedicarse á la poesía , en que esperaba distinguirse , y sobresalir tal vez entre todos sus rivales.

No ignoraba Mirtilo que no podia tener peor recomendacion para su fortuna , que la del Dios Apolo , y la de las Musas. Habiansele enseñado casi todos los antiguos poetas con sus quejas y pobreza , y tenia casi á la vista el exemplo reciente del autôr de la *Lusiada*, de Cervantes, de Villegas, cuyos nombres exîmió el tiempo de los agravios de su fortuna.

Mas el amor propio ¿de qué no se lisonjea? Inducido á mas de esto , Mirtilo , del exemplo de aquellos, que inficionados del mal gusto , é inficionando á sus admiradores , se alzaban con los mejores empleos , y con pensiones que él solicitaba en vano , no dudaba que le pudieran tocar en suerte otras iguales. Pero indignado finalmente por la coronacion de Eupilo , levantó sus esperanzas del abatimiento en que las tenia su solícita ambicion , y ahogandolas , como Hércules á las serpientes , desdeñó empleos y pensiones , y resolvió desamparar aquella infeliz carrera , y ceñir su vida y sus deseos al primitivo estado de los

hombres en la tierra , haciendose pastor.

Esta especie , al parecer extravagante , no lo era del todo en un poeta , á quien se la sugeria el exemplo del Dios Apolo , que arrojado de la corte de los dioses , se vió precisado á apacentar los ganados del Rey Admeto , á quien sirvió algun tiempo de zagal , en aquella vida , haciendo resonar las riberas del Eurotas , y del Amfriso con el concento de su canto y lira.

Movido , pues , Mirtilo de este exemplo lisonjero , salia de la corte , resuelto á llevar vida de pastor en algun sitio delicioso y solitario , de los muchos que la España le presentaba á su exáltada fantasía , sin poner los ojos en ninguno determinadamente. El único empeño de su resolucion era alejarse por entonces de aquel escollo de la fortuna , en que habian naufragado las lisonjas de su ambicion , y en que habia visto dar tambien al través las esperanzas de otros muchos pretendientes.

Pareciale que se le salia el alma del pecho , en fuerza del contento y del alborozo que experimentaba , despues que acabó de proferir la sobredicha invectiva contra la ambicion , y gracias á la deidad que se sirvió de su desengaño para alumbrar su men-

te, y fortalecer sus sentimientos, de modo, que pudo sacudir aquella servil dependencia de la fortuna, y arrancarse del tumulto de aquella Babilonia.

Su corazon parecia tambien que se dilatase á vista de los campos y de su frondosidad, concibiendo mayores ideas de la dulzura, de la tranquilidad, y de la paz que se prometia su ánimo, en sitios mucho mas frondosos y amenos que le trazaba su imaginacion en los deliciosos valles de Andalucía, hácia donde se encaminaba, resuelto á fixar su residencia en aquel sitio que mas prendase á sus sentidos.

Allí habia resuelto levantar su cabaña, y tener su ganado, que compraria con el dinero que habia sacado de la venta de sus vanos adornos. Asi esperaba llevar una dichosa vida, lejos del bullicio de la gente, y de su engañoso trato, dividiendo aquel ejercicio patriarcal, con el de su zampona y canto, que pondrian el colmo á su ideada felicidad.

Lleno de estos dulces y lisonjeros pensamientos, iba á pie su camino, avivandole mucho mas sus ideas la vista de los montes, y de las frondosidades de los campos, hasta

que el cansancio y el apetito le acordaron que traia en su zurrón con que satisfacerlo , pues nada faltaba á su arreo y trage pastoril. Convidado de un bosque que veia despuntar entre unos humildes collados , que se extendian á corta distancia del camino que llevaba , resolvió ir á descansar á su sombra. Esperaba encontrar allí algun arroyo que mitigase la sed que le habia causado el largo camino , á que no estaba acostumbrado.

No se engañó su presentimiento. Llegado apenas al bosque , vió un claro arroyo , que se abria la senda entre los muchos y crecidos matorrales que fertilizaba. Alegre con este feliz hallazgo , se sentó al pie de una sombría encina , que lamia la bulliciosa corriente , en cuyas aguas apagó su sed , despues de haber satisfecho el hambre con la provision que traia. El alborozo , á que por esto entregaba su fantasía , creció sobremanera , y con gran sorpresa del mismo , oyendo de repente el son de un rabel , que esparcia en todo aquel gran bosque el eco suave , á quien siguió inmediatamente el dulce canto de un pastor , que alternando las estrófas de su cancion con el sonido , decia asi :

C A N C I O N.

Bien es privilegiada
Del favor de los dioses inmortales
El alma , á quien tuvieron apartada
De todos esos bienes ideales,
Que el mundo , y la fortuna ,
Afanados á una ,
Labran al ambicioso pensamiento.
Pues luego los transforman en cadenas
Del corazon humano ,
Y de la libertad del sentimiento ,
Que al tumulto mundano,
Haciendolo servir entre mil penas ,
Apremian su alvedrio ,
Y le usurpan su noble señorío.
Del manto de la gloria ,
Y del pomposo honor se visten ellos ,
Para mas halagar á su memoria.
La fortuna perfuma sus cabellos
Con oloroso unguento ,
Soltandolos al viento ,
De joyas y preséas agravados ,
Con que resplandecer hace sus sienes.
Los ojos deslumbrados
De pompa y esplendor tan reluciente ,

Apetecibles bienes

Los juzgan de contado, y en su frente

Luego el hombre quisiera

Que ilustrasen tambien su cabellera.

Su irritado deseo

Se afana desde entonces por el oro,

Y por el lustre del sublime empleo.

Solo pone su dicha en el tesoro,

Y en los altos honores,

Por quienes los sudores

Ve brillar en la frente del guerrero,

Y en el acatamiento cortesano.

Pero el ansioso esmero,

Que pone en conseguir lo que así admira,

Hácelo salir vano

La misma ciega diosa, que retira

Los prometidos dones,

Con que cebando va los corazones.

La burlada esperanza

No por eso en su duelo desespera:

Pues lo que ve que otro inferior alcanza,

Alcanzarlo tambien del tiempo espera,

O bien del valimiento.

Su noble sentimiento

Se abate entonces á obsequiosos ruegos,

A instancias desdeñosas, que en su pecho

Tristes desasosiegos

Engendran , con afanes y desvelos.
Ni tarda su despecho
A encenderle el enojo , si á los cielos
Su rival promovido
Lo dexa á él sepultado en el olvido.
Mas yerra el pensamiento
En su dolor entonces , y porfia ,
Porque erró en el aprecio del contento
Del bien , que conseguir se prometia ,
Y que otro le ha usurpado.
Pues ciego , y engañado
De la apariencia de ese honor ufano ,
Que en su exterior el poderoso ostenta ,
No sabe quan liviano
Es su gozo interior , ni quan pesados
Ese honor , esa cuenta ,
En que es tenido el mismo , y los enfados,
Que mantener le cuesta
El poseido bien , que le molesta.
No habido lo anhelaba ;
Habido lo detesta , porque siente
El peso de la carga , que ignoraba
Fuese tan grave á su ambiciosa mente ;
Y descontento de ella ,
Ansia poner su huella
En mas sublime y luminoso asiento.
Por él gime , y suspira , y se desvela ;

Que al vano pensamiento
Ninguna cosa satisface y llena.
El alma solo anhela
Lo que se ha de trocar en dura pena ;
Pues la misma riqueza
De mal no exenta al hombre en su grandeza.

¡Quan dichosos aquellos ,
Que como yo , tuvieron osadía
De hollar tan vanos bienes , y sobre ellos
Abrirse á una tranquila medianía
El seguro camino !
Debiónos el destino
Mirar sin duda con propicios ojos :
Porque ¿ quien sabe , sin favor del cielo ,
Apreciar los antojos ,
Y los vanos caprichos de la suerte ,
Que señorea al suelo ?
¿ Ni preferir tampoco , en mano fuerte ,
Al cetro este cayado ,
Y á todo falso honor ese ganado ?

Baxó aqueste pellico ,
¿ Que ambicioso jamas se prometiera ,
Ni en su tesoro acaudalado el rico ,
Ni el ufano guerrero en su visera ,
Probar aquel consuelo ,
Que no alcanza el anhelo
De la ambicion , ni el rico en su riqueza ,

Ni en sus duros trabajos el soldado ;
Y que yo en mi pobreza
Aparente disfruto , porque nada
Me inquieta en tal estado ,
Ni inquietar puede al alma sosegada ,
Que al fasto de ciudades ,
Prefiere aquestas santas soledades ?

Al paso que cada una de estas estrófas , cantadas por el pastor , á quien Mirtilo no veia , llenaba su alma de gozo , mezclado con suave sorpresa , le avivaban tambien los deseos de conocer , y de abrazar al cantor , que habia tomado por argumento de su cancion , lo que tanto á él le competia , y con que fortalecia al mismo tiempo los sentimientos de su ánimo , en la resolucion que hizo de despreciar los favores de la fortuna , y de abrazar aquel humilde y dichoso estado. Impaciente por verle y conocerle , se levanta Mirtilo , y trepa por aquellos espesos matorrales en busca del mismo.

Lo descubrió á pocos pasos entre los árboles mas altos de aquel bosque , sentado á su sombra con otros tres pastores , que le instaban para que les cantase otra cancion. Desistieron ellos de aquel empeño luego que vieron comparecer á Mirtilo , que se acercaba dicien-

do: vengo atraído de la fuerza de la expresión del canto que acabo de oír, para agradecer al pastor el sumo consuelo y admiración que me ha infundido, como también para alabarle, según merece, por la gran destreza y gusto que manifiesta en la poesía, y por los sabios sentimientos con que la anima.

Aquí tenéis á Silvanio, le dixo entonces el mayoral entre ellos, que se llamaba Montano, á quien pertenecen esas alabanzas y admiración que le quereis dar. Recibe pues Silvanio, dixo inmediatamente Mirtilo, mis mas sincéros parabienes. Estos nacen de un corazón, que se acaba de confirmar, en fuerza de vuestro canto, en la resolución que hizo de seguir y practicar lo que tan justamente, y con tan grande destreza y maestría ensalzais. Os confieso que me pareció oír á otro Orfeo, ó Anfion, no fabulosos, sino verdaderos, pues experimenté en mi ánimo los admirables efectos que atribuyó la antigüedad á la fuerza del canto y del sonido de aquellos célebres músicos.

Sobremanera os agradezco, respondió Silvano á Mirtilo, esas alabanzas con que quereis honrarme, y que yo aprecio, no tanto porque siempre sienta bien toda alaban-

za , quanto por el placer y complacencia que me dais , manifestandome vuestra aficion , é inteligencia en la poesia , con ese humilde trage , que parece tomado de nuevo , y que prueba la resolucion que hicisteis de trocar el tumulto de las ciudades , y su molesto trato , con la tranquilidad de la vida pastoril. Bien se echa de ver que no os criasteis entre el ganado.

Es asi , Silvanio , dixo Mirtilo , ayer solamente puse en execucion mi propósito , que se me hace mucho mas apreciable , despues que oí vuestro canto. Cada una de vuestras estrófas me parecian destellos de la sabiduría , que se insinúaban en mi alma , en la que fortalecian la tomada resolucion. Aunque en esto no sé yo ver sino una dichosa contingencia , sin embargo no acabo de admirarla , pues tan á propósito vine á dar con un cantor tan diestro. Veria puesto el colmo á mi complacencia , si el accidente me proporcionase llevar adelante mi determinacion en compañía de tan habil cantor.

Tendria yo en ello no inferior complacencia á la vuestra , le dixo Silvanio , si pudiera yo satisfacer á vuestros deseos ; mas esto no depende de mi voluntad , aunque pro-

pensa á ello , sino de nuestro buen mayoral Montano , que aqui veis. Por mí , dixo Montano , no habrá inconveniente alguno si que-
reis seguirnos á los pastos de Extremadura ,
hácia donde llevamos nuestro ganado. No so-
lamente á Extremadura , respondió Mirtilo ,
sino tambien á las extremidades de la tierra ,
para manifestaros mi aprecio , y mi agradeci-
miento á vuestra generosa condescendencia.

En hora buena , pues , dixo Montano.
Pero para ello debeis satisfacer primero á la
curiosidad que nos causais , y á los deseos que
nacen con ella , de saber vuestro nombre y
condicion. Esta debe ser sin duda superior
á la de humilde ganadero , que manifestais
querer abrazar.

Mi nombre es Mirtilo ; mi condicion , na-
da importa que la sepais. Basta que os dé yo
prueba de honrado , como de antemano os lo
puedo prometer. La ambicion me llevó á la
corte á pretender honores y premios , y el des-
engaño me traxo á este lugar , donde me pro-
porciona el encuentro , muy feliz para mí , de
experimentar vuestra bondad , generoso Mon-
tano , y de conocer á Silvanio , en quien , con
sorpresa y complacencia mia , reconozco el mas
diestro cantor de quantos hasta ahora conocí.

Lo que os confieso con tanta mayor ingenuidad , quanto eran mayores las pretensiones que yo tenia en la poesía , á que desde niño fuí siempre muy aficionado.

¡Ola! exclama Montano. ¿Tambien sois vos cantor , amigo Mirtilo? Antes pues que nos movamos de aqui queremos oir vuestra habilidad : porque aunque yo no me entienda de versos , ni de poesía , sin embargo gusto mucho de oir canciones , en que Silvanio frecüentemente me complace y recrea. Y asi , amigo Mirtilo, dadnos luego pruebas de vuestra destreza , que será tambien motivo para que os estimemos mas , y para que apreciemos vuestra compañía.

Aunque deba avergonzarme de entrar en liza con Silvanio , á quien me reconozco tan inferior , satisfaceré sin embargo , Montano , del mejor modo que pueda á vuestros deseos. Si , si , dixo entonces Silvanio , aqui teneis zampoña y lira , tomad la que os diere gana , pues os oiré con sumo gusto , y sin sombra alguna de envidia , que suele pegarse á los poetas , y os apreciaré no menos , por mas que llegue á reconocer superioridad en vos.

No haré poco , generoso Silvanio , le dixo Mirtilo , si alcanzo á imitar vuestra subli-

me simplicidad. Lo que puedo á lo menos prometeros, es, que mi cancion andará exenta del mal gusto, ó de la floxa facilidad de consonar adjectivos triviales é insulsos, sin nervio de dicion, y de estilo, que nada se diferencia de la prosa, sino en el consonante, en que tan comunmente pecan los poétas sin exercicio, y sin el estudio de los antiguos autores.

Me causó por lo mismo mayor maravilla y sorpresa vuestra cancion, en que manifestasteis tanta destreza y maestría, haciendo servir la lengua á lo selecto de los pensamientos, y no haciendo á estos esclavos de la pobreza de la dicion, sin energía de expresion, y de poético colorido. Añadid la lisura que dió la lima á vuestra versificacion, en que no se echa de ver embarazo y dificultad en las ideas, y en el estilo, que nada finalmente dexa que desear en su pura y enérgica fluidez. Veré de imitarla en quanto pueda, si las Musas quieren avivar el estro de mis pensamientos.

Dicho esto recibió de Silvanio la lira, á cuyo conuento, despues de haber tenido suspensos los ánimos de los pastores, que deseaban oirlo, comenzó Mirtilo á decir asi:

CANCION.

Quiso mezclar la mano
 De la naturaleza en nuestros pechos
 Contrarios sentimientos,
 Para dar su gobierno al alvedrio ;
 Que á par de soberano,
 Debiese los derechos
 Conservar de los santos pensamientos,
 Y mantener su noble señorío.
 Pero rebelde al bien nuestra malicia
 Le usurpa el freno, y los afectos vicia.

El alma pervertida
 Desconoce así el bien, y por bien sigue
 Solo lo que le daña,
 Por ser esto conforme á lo que anhela.
 Ni del daño advertida
 De aquello que consigue,
 De su tocado error se desengaña ;
 Mas en su mismo daño se desvela,
 Porque peor mil veces le parece
 El verdadero bien, si lo aborrece.

; Qué mucho, pues, que el hombre
 Prefiera á la pobreza detestada,
 El oro, que adorado

Es en toda la tierra? ó bien , que quiera
 Hacer claro su nombre ,
 Antes que sepultada
 Quede su fama en un obscuro estadò ,
 Y así en el seno de su dicha muera ?
 En esa misma dicha , aunque segura ,
 Le pinta la ambicion su desventura.

Es de aqui , que inducido
 De tal error , el corazon humano ,
 Aspira á los honores ,
 Aunque deban costarle mil afanes ;
 Y que sulque atrevido
 El dorso al Océano ,
 El mercader ansioso , y los rigores
 De Marte aguanten fuertes capitanes :
 Que así promete á todos la fortuna
 Sentarlos en los cuernos de la luna.

¿ Mas quién es el que llega
 A gustar su ventura en ese asiento?
 Vago toda su vida ,
 Juguete de sus mismas desazones
 El hombre no sosiega
 En busca del contento ,
 Que no puede encontrar en la subida ,
 Sembrada de mundanas prevenciones ,
 Porque en vez de baxar , se empeña solo
 En tocar con la frente al alto polo.

Asi el camino yerra ,
De sus ciegos anhelos engañado ,
El vano pensamiento ,
Que de la sencillez de la natura ,
Se aparta aca en la tierra ,
Y del primer estado ,
Que ella le señaló en el verde asiento
Del valle ameno , de la clara fuente ,
Del bosque umbrio , y del herboso prado ,
En donde apacentase su ganado.

¿Mas quién es, el que aprecia
Esta pura riqueza , y estos bienes ,
Que no engendran cuidados ,
Ni acarrear desvelos , ni pesares ?
¿Quién tampoco se precia
De engalanar sus sienas ,
Con las nativas flores de los prados ,
Antes que con preseas , que por mares
Borrascosos traídas , á su dueño
Vienen á dar sobresaltado sueño ?

Solo aquel ciertamente ,
Como dixo Silvanio , que por guia
Teniendo los favores
De los propicios dioses , ha obtenido
De los mismos , su mente ,
Luz de sabiduría ,
Para saber huir de los errores

Del corazon humano , corrompido
De la pompa , y del luxo de ciudades ,
Y de sus turbulentas vanidades.
;O dichoso mil veces ,
El fuerte desengaño , que ha rasgado
De mis ojos el velo ,
Con que ciego corria á mi desdicha!
Rotas ya sus dobleces ,
Me encaminó á este estado ,
En apariencia pobre , en donde el cielo
Esconde al ambicioso aquella dicha ,
Que aqui , ó Montano , pruebo ya contigo ,
Y con Silvanio , mi estimable amigo.

Aqui yo con vosotros
Llevaré aquella vida , que llevaron ,
Entre el manso ganado ,
El Dios Apolo , y la benigna Pales.
Tampoco fueron otros
Los cetros , que empuñaron
Los primitivos reyes , que el cayado.
Pero trocar quisieron los mortales
Este real empleo , y feliz vida ,
Por una servidumbre esclarecida.

Quedaron penetrados de admiracion Montano y Silvanio , por la cancion de Mirtilo , de quien no esperaban tanta habilidad y talento poético. Este aventajó sobre todo la

expectacion de Silvanio , que echaba de ver por la cancion de Mirtilo , que pudiera ella ser preferible á la suya. Fué sin embargo grande la complacencia que le causó , sufo- cando el asomo de envidia , que hizo nacer en su ánimo la inesperada destreza y elegancia de Mirtilo , á quien abrazó , rogandole quisiese admitirlo en su amistad y confianza.

Montano tuvo tambien motivo de alegrarse mucho mas , por el encuentro de Mirtilo , despues que oyó su cancion ; pues por el gusto y complacencia que recibió de oirla , se prometia mucho mayor placer de las otras que cantaria en las horas ociosas del pasto y del descanso.

Luego que dieron fin á los parabienes y demostraciones con que Silvanio y Montano , manifestaban su gozo á Mirtilo , ofrecieronle de comer antes de proseguir su viage. Mas agradeciendoselo él , por haberlo hecho poco antes que se viesen , se fueron todos juntos siguiendo el camino de Extremadura , con sumo gozo de Mirtilo , viendo que se le habia proporcionado tan presto , y con tan feliz encuentro , el poner en execucion sus designios , en compañia del entendido y discreto Silvanio , con quien se acompañaba , rigiendo el crecido

ganado del mayoral Montano , y travando al mismo tiempo entre sí , los dos , una amigable conversacion . Tuvo con esto motivo Silvanio para decirle asi :

No sé , Mirtilo , que justo motivo habeis podido tener para negaros á la instancia de Montano , como lo hicisteis , quando este deseó saber de vos vuestro nombre y condicion . No puedo persuadirme que sea tan grave el motivo , que os impida descubrir á la amistad , lo que tal vez negasteis á Montano , por sola justa y prudente reserva . La instruccion y luces que á mas de esto manifestais en vuestra cancion , vuestra presencia y trage , todo en fin , aviva mucho mas mi amigable curiosidad .

La inclinacion de genio y de afecto , que me habeis merecido , disculpa la imprudencia que manifesto en desear saber la relacion de los desengaños que habeis insinúado . Si no teneis , pues , dificultad de descubrios con quien desde ahora se os profesa fiel y sincéro amigo , os hareis acreedor á que tambien yo os haga la relacion de los mios , que , como á vos , me obligaron á preferir la vida de pastor , á los honores y empleos , á que asimismo aspiraba .

Eso lo' eché de ver claramente , le res-

pondió Mirtilo, por la cancion que os oí, y que avivó en mi pecho los deseos de conoceros, pues luego juzgué, que no erais mero pastor, no formandose entre el ganado la sublime simplicidad del estilo, ni el fino gusto de la poesia; por quanto esto es imposible de adquirir sin un grande exercicio y cultura de genio, y de inclinacion, como tampoco sin la inteligencia y estudio de los antiguos poetas.

Os confieso ingenuamente, que en fuerza de las demostraciones de sincera amistad que acabo de recibir de vos, estaba ya resuelto á haceros la confianza que no hice á Montano, no por otro motivo que por no sentir para con él aquella efusion del alma que con vos siento, y que nace en el corazon, en fuerza del atractivo de la persona que nos merece una tierna estima; de donde toma origen la amistad y la confianza entre los amigos.

No necesitaba tampoco para descubrirme con vos de la condicion que insinúasteis, de que asi me haria yo acreedor á la relacion de vuestros desengaños. Sin embargo para tener quanto antes esta complacencia, ya que os habeis querido imponer esta amigable obligacion, no debo dilatar la mia, haciendoos

una sucinta relacion de mi vida, y del motivo que tuve para alejarme de la corte, y para renunciar á todos los favores inciertos de la fortuna.

Nací en N. villa del Reyno de Valencia, de donde salí niño para Nápoles, llevandome mi padre consigo. Allí hice mis estudios, baxo la enseñanza de un maestro Italiano, hombre de muchas luces y doctrina, y que sabia perfectamente la lengua española, que aprendió en España, habiendo estado en ella algunos años. El me enseñó la lengua griega, y latina, é inclinó mi genio á la poesía, á que me mostraba muy propenso, y en que el mismo maestro me exercitaba, aun despues que me enseñó la geometría, y las matemáticas.

Segun eso, le preguntó Silvanio, no habeis perdido la mejor parte de vuestra mocedad en cursar la miserable filosofía aristotélica? = No por cierto. = ¡Dichoso vos, que á tan buen tiempo os encaminó á Italia la suerte! pero proseguid vuestra narracion.

Allí en Nápoles, despues que acabé mis estudios, perdí á mi padre, y con él las esperanzas de un empleo que el mismo para mí

pretendia , queriendo dexarme acomodado , como lo hizo con otros dos hermanos mios , segundones como yo ; pues el mayorazgo de la familia era corto , y mi hermano mayor estaba ya casado , y con hijos. Este me llamó á España y á la corte , donde entonces se hallaba.

Con su medio entablé mis pretensiones para conseguir un empleo , que fuese honorífico , y que me dexase tiempo y ocio para poderme exercitar en la poesía , que era mi mayor pasion. Estas miras hicieronme desechar algunos puestos que se me presentaron. Creia yo , que las lenguas que sabia , y mi talento poético podrian grangearme empleos mejores , ó alguna pension , atendida la superioridad que reconocia en mí á todos los demas poetas , que la habian conseguido por premio , y por recompensa de sus frivolas composiciones.

Os aseguro , Silvanio , que no necesitaba de gran soberbia para persuadirme de las ventajas que llevaba á los demas , atendido el mal gusto que cundió entre ellos , viendo premiadas y alabadas sus producciones , especialmente algunas comedias sin pies ni cabeza , llenas de desórdenes , de pensamientos baxos y pueriles , y faltas no menos de moralidad , que de

decencia, y de decoro. Bien me decia uno de mis respetables patrocinatoros, que debia acomodarme al mal gusto del tiempo, si queria hacer fortuna; y que me la prometia, si hacia representar una comedia como la de N. ó la de N. que se acaban de premiar, y habian merecido el aplauso general.

No podia, ni sabia yo inducirme á componer un hicocervo. Quise sin embargo probarme á formar una comedia desatinada; á pesar de mi tentativa, no me fué posible salir con una olla, en vez de cántaro. Compose el *Zeloso arrepentido*, que hice representar, que fué recibida con gran frialdad, porque no era del todo pésima, y que confirmó los temores que de antemano habia yo concebido. Asi en vez del premio merecí vituperio del público. Ni esto fué la principal causa de mi desengaño, sino el mal modo con que me recibió, y trató el personage, mi patrocinator, en quien yo mas confiaba.

El despecho y la indignacion, que se apoderaron entonces de mi ánimo, fueron tales, que resolví inmediatamente renunciar á todas mis pretensiones, que tantos pasos y enfados me causaban entre ruegos y obsequios desdeñados, y retirarme á una provincia, donde no

fuéase conocido, y donde pudiese vivir con mi ganado. Asi lo executé, proporcionandome mi resolucion el oir vuestro canto en el bosque, y con él la singular complacencia que pruebo de disfrutar vuestra amistad y compañía, que son para mí tan apreciables.

No lo es, ni lo será menor para mí la vuestra, amado Mirtilo, le dixo Silvanio; ni necesitais que os alabe vuestra sabia resolucion. La mia es semejante, y tiene casi el mismo origen, aunque con motivo tal vez mas sensible, pues fuí derribado del puesto, en que me hallaba ya decentemente colocado, para poner en él á un forastero, que vino recomendado al ministro forastero como él, y compatriota suyo. A esto se añadió el perder con aquel empleo el casamiento, casi establecido con una doncella, á quien amaba yo con pasion, y que no quisieron despues concedermela sus padres, faltandome, con el perdido empleo, los medios para mantenerla decentemente.

Enfurecido yo del resentimiento, quise vengarme de aquel intruso advenidizo, causa principal de mi ruina. Y aunque no quedé vengado á mi satisfaccion, tanto á lo menos, quanto lo hubiera deseado mi enojo, lo que-

dé bastante , para verme precisado á huir de la corte , y á encubrir mi persona y nombre, con este trage , y con el nombre de Silvanio, con que llevo esta vida de pastor. Empleo mucho mas gustoso y feliz para mí , que todos aquellos que hubiera podido esperar y alcanzar de la fortuna; especialmente habiendome proporcionado la suerte una zagala mas estimable que la señorita que perdí.

Con ella me caso de vuelta de Extremadura , cumpliendose entonces el plazo de los tres años de servicio que me señaló Montano , pues es hija suya. Condicion á que vine bien de contado, pareciendome termino bien corto, en cotejo del pactado por Raquel. Llamase ella Gratila, zagala muy modesta, y que apenas pasa los diez y ocho años de edad.

¡Dichoso vos , Silvanio! exclamó entonces Mirtilo. ¡Oxalá pudiera tocarme á mí una fortuna semejante! ¿Qué mas podria yo desear en la tierra? Sobre esto travarón los dos su discurso , con que ivan entreteniendo el ocio del camino, contribuyendo su dulce conversacion para consolidar su amistad y confianza , de que se acababan de dar sincéra prueba con su mutuo descubrimiento.

Al dia siguiente se les proporcionó hacer

alto en un valle muy fértil y frondoso, donde podía pacer libremente el ganado, y ellos descansar á la sombra de unos acebuches, junto á una fuente, que se despeñaba con gran murmullo de un vecino cerro. Allí, mientras los dos zagalillos que Montano traía se ocupaban en disponer la comida, rogó Montano á Mirtilo y á Silvanio, que cantasen una canción. Ellos deseosos de complacerle, después de haber convenido entre sí de cantar una canción sobre la edad de oro, templaron los instrumentos, y comenzaron á cantar alternativamente, siendo el primero Silvanio en decir así:

CANCION.

SILVANO, MIRTILO.

SILVANO.

Aquella feliz vida,
 Que llevaron los hombres en el suelo,
 Quando no pervertida
 Del ambicioso anhelo,
 Reynaba solo entre ellos la inocencia,
 Sin guerrera pendencia,

Sin oro , ó distincion , que la excitase ,
 Dicen , que solo ha sido
 Dulce ilusion , con que se consolase
 El ánimo afligido :
 Parto de fantasia enamorada ,
 En que solo exístió la edad dorada.

MIRTILO.

Mas ponga de su mente
 Los ojos , quien ponerlos no desdeña ,
 En la vida inocente ,
 Que llevar nos enseña
 A mí , y á tí , ó Silvanio , entre el ganado
 El ánimo empeñado
 En despreciar de honores la esperanza ,
 Y verá , que no es vana
 De aquel siglo feliz la semejanza.
 Que no está tan lejana ,
 Quanto lo piensa el hombre su venturá ,
 Si la busca en el seno de natura.

SILVANIO.

Jamas la tierra ha dado
 De por sí , sin cultivo , y sin sudores ,
 Rica mies de sembrado.
 Ni produxeron flores ,
 Ni miel jamas sudaron las encinas.
 Ni nacieron endrinas
 De duros alcornoques , ni manaron

Fuentes de leche pura
De riscos, como muchos lo inventaron.
Si tal es la ventura,
Que ofrece la natura á los mortales,
Cuentola entre los bienes ideales.

MIRTILO.

Titiro el mantuano,
Ver nacido esperaba ese portento
En el suelo romano.
Mas no tuvo el contento
De verlo en Polión verificado.
El venturoso estado
De los primeros hombres en el mundo,
De maravillas tales,
No fué jamas, Silvanio, tan fecundo.
Bien sí no vió los males,
Con que oprimió despues la cruel guerra,
Parto de la ambicion, toda la tierra.

SILVANIO.

Fué siempre compañera
Del corazon humano la codicia,
Y ambicion altanera;
Ni jamas la Justicia,
Con el nombre de Astrea, voló al cielo;
Pues no estuvo en el suelo,
Ni en él reynó tampoco la inocencia,
Ni la paz, ni concordia.

Solo sí levantó á la violencia
 El trono la discordia ,
 Que azoró los mortales corazones ,
 Mucho mas que á los tigres y leones.

MIRTILO.

Antes que de Saturno

Jove usurpase el trono , y que reynase
 En la tierra á su turno ,
 No habia quien pensase
 En discordias , ni en guerras , que no habia.
 Tampoco conocia
 Al hierro , que la tierra aun ocultaba :
 Mucho menos al oro ,
 Que tambien en su seno ella celaba.
 Era el solo tesoro
 Del mortal , el ganado , el bosque , y fuente ,
 Y era entonces feliz , pórque inocente.

SILVANIO.

Antes que el hombre malo

El hierro conociera , se servia
 Del tosco y duro palo ,
 Con que se defendia
 De los que acometian su ganado ,
 O el pasto ya ocupado.
 Ese mismo Saturno , que reynaba
 Entre tan feliz gente ,
 Sus hijos á bocados devoraba ,

Como el Rey mas clemente ,
 Que tuvo la mejor de las edades ,
 Que sin hierro enseñó las crueldades.

MIRTILO.

Antes de ser malvado ,
 Es inocente el hombre ; ni ha nacido
 Ninguno depravado .
 La infancia así ha tenido
 El humano linage , ni podia
 Sin fuerzas , y osadia ,
 Mucho menos sin odio , y sin malicia ,
 Armar sus tiernas manos
 De tosco ramo , contra la codicia ,
 De los que como hermanos
 Estaban lejos de soñar en robos ,
 Como pudieran los voraces lobos.

SILVANO.

La fuerza de tu canto
 Me arrebató , Mirtilo , á donde quiere .
 La verdad puede tanto ,
 Que con sus rayos hiere ,
 Y convence al contrario sentimiento .
 Rendido el pensamiento ,
 Envidia ya la paz y la pureza
 De aquella feliz vida ,
 Que en la infancia del mundo , sin grandeza ,
 Que no era conocida ;

Y sin ritos , ni leyes , ni ciudades ,
Llevaba el hombre en verdes soledades.

MIRTILO.

Ese dichoso estado

De inocencia , y de paz siempre propicia ,
En que ningun cuidado
De ambicion , ó codicia ,
Sentian en la tierra los mortales ,
Ni temores de males ,
Ni zozobras , ni afan por el sustento ,
Antes yo lo envidiaba ,
Silvanio ; mas ahora no deseo
Del bien la semejanza , que poseo

SILVANIO.

Bulliciosa corriente ,

Bosque ameno y sombrío , fertil prado ,
Tú ganado inocente ,
Pues todos el dechado
Sois de la edad dichosa , que retrata
Mirtilo , y que quilata
En sí mismo , y su canto , sed testigos
Del bien , é igual ventura ,
Que entre vosotros gozan dos amigos ,
A quienes la natura
Sin honores , sin fasto , en su llaneza ,
Vuelve del siglo de oro la riqueza.

Fué indecible el gusto que tuvo el ma-

yoral Montano de oír aquella canción de sus zagales, así por la destreza de los mismos, como también por el argumento; en fuerza del qual comenzaba á dar en su concepto la preferencia á Mirtilo, que también se la llevaba á Silvanio en la dulzura de la voz; y hubiera deseado, que no quedase tan corta, aunque era de suyo harto larga. Ella prestó materia á sus discursos, mientras duró la comida, que tuvieron allí á la sombra de los acebuches, donde habían cantado.

Sorprehendieronlos allí mismo dos pastores de la tierra, que atraídos del eco de su son y canto, vinieron para oírlo de mas cerca, y para conocer á los cantores. No traían consigo el ganado, que dexaron á la otra parte de la loma, que cerraba aquel ameno valle por la siniestra. Traía sí el uno de ellos, que se llamaba Aliso, su zampona, y llegado apenas á la presencia de los trashumantes, dixo, que venia á exígir de ellos el tributo del pasto de aquel valle, que le pertenecía.

Alteróse un poco Montano, oída la proposición, creyendo que el pastor Aliso hablase de veras; y le dixo, ¿que quáles eran sus pretensiones? Sonriendose entonces Aliso, le respondió, que su pretension no era de inte-

rés, sinó que siendo muy aficionado al canto, venia atraido del dulce concerto que acababa de oír desde la vecina loma, esperando que no se negarian á cantar alguna otra cancion, como se lo rogaba, en correspondencia del abundante pasto, que dexaba disfrutar á su crecido ganado.

Si no quereis mas que canto, dixo Montano, aqui teneis estos dos pastores, que os satisfarán cumplidamente, y en buena plata. Tomó entonces la palabra Silvanio, diciendo: segun veo, amigo, á mas de ser vos aficionado al canto, como decis, debeis ser tambien cantor, pues no en valde venis armado de esa zampona. Si es asi, no serán menores los deseos que tendremos nosotros de oiros, que los que manifestais de oirnos á nosotros. Pero por quanto la liberalidad que usais con nuestro ganado concediendole vuestros pastos, nos impone justamente una deuda, que vosotros no teneis, la satisfarémos de buena gana con nuestro canto, para merecer con él oír tambien el vuestro.

No tuviera dificultad, antes bien mucho gusto de prevenir vuestros deseos, dixo Aliso, si lo poco que oí de vuestra cancion, no me acobardára, no habiendome yo exercitado si-

no en el canto humilde. Ese es el mas propia de pastores , dixo entonces Mirtilo , y que pide no menor talento y habilidad , que el sublime , para que agrade. Ni dexa de encerrar el mismo cierta sublimidad , tanto mas difícil de conseguir , quanto mas facil parece. Esto pues no os debe retraer para dexar de complacernos , como lo haremos primero nosotros , en atencion á vuestra cortes generosidad. A no ser que querais unir vuestro canto al nuestro.

No , no , dixo Aliso , comenzad vosotros , y despertadnos el estro con vuestro canto. Luego nos probarémos Elpino , y yo , á lo menos en imitaros , si vuestras fuerzas lo alcanzan. Ea pues , dixo Mirtilo , comencemos, Silvanio. Tomad la zampoña. Quiero que sea argumento de nuestro canto un objeto que os pertenece é interesa , segun me lo sugiere el estro que Apolo me inspira , y será tal vez con sorpresa vuestra. A la verdad me la comenzais á causar , dixo Silvanio ; sea pues en hora buena. Llamada la atencion de los oyentes con el dulce sonido , empezó Mirtilo á cantar asi :

LA MODESTA CRATILA.

EGLOGA.

MIRTILO, SILVANO.

MIRTILO.

Sientate pues , Aliso , en esta sombra ,
 Que gozar nos concedes ; y tú , Elpino ,
 Tambien ocupa esta florida alfombra ,
 Que en vano su texido peregrino ,
 Mano industriosa remedar intenta ,
 Y escuchad de Silvanio la ventura.
 No porque igual ganado el mismo cuenta ,
 Al que Admeto de Nele en la llanura
 Y riberas de Anfriso poseia ;
 Ni porque la fortuna le destina
 Reyno igual , al que á Creso enriquecia ;
 Pues mayor es su suerte.

SILVANO.

Mas no atina ,
 Ni acierta en comprehender mi tosca mente ,
 Esa tan gran ventura , ni esos bienes ,
 Que quieres entender , con que impaciente ,
 Y sorprendido , á la verdad , me tienes.

Pues si tan grandes fueran , no extrañára
 Yo mismo , ni ignorára su grandeza:
 No se puede ocultar suerte tan rara ,
 Mirtilo , si así fuera , en la pobreza.
 Sin duda burlar quieres.

MIRTILO.

No por cierto.

Así gozarla puedas largos años ,
 Y la prospere el cielo , como aciertò.

SILVANO.

¿Quieres significar los desengaños,
 Que la senda me abrieron á esta vida ,
 De la dorada edad vivo remedo?

MIRTILO.

Esa también merece ser tenida
 Por no corta ventura ; mas yo quedo
 Compreendido en la misma : la que digo
 Es solo propia tuya.

SILVANO.

Acaba : dila. ¿Que extraña suerte es esa? Así conmigo
 La puedas disfrutar.

MIRTILO.

Esa es Cratíla ,
 La hija de Montano , que la suerte ,
 Por esposa te tiene prometida.

SILVANO.

¿Qué escucho? ¿Santa Pales!

MIRTILO.

¿Concederte

Pudo acaso ventura mas cumplida

Tu propicio destino?

SILVANO.

Asi es, amigo;

Solo extraño, que á mí no me ocurriera.

Es la sola fortuna, que contigo

No puedo dividir.

MIRTILO.

Si asi no fuera,

Tan grande no seria. Ese derecho

Justamente el amor se lo reserva.

Es el mayor tesoro, que en su pecho,

Por mas que sea liberal, conserva.

SILVANO.

Pero ¿por qué encareces mi fortuna,

Si no viste jamas, ni yo te he dado

De la hermosa Cratíla seña alguna?

Solo te dixé el nombre, y que ha pasado

De su edad los tres lustros.

MIRTILO.

La hermosura,

Silvatio, y la riqueza de una esposa,

No las suelo tener por gran ventura.

Aquella , la comparo á fresca rosa ,
 Que apenas despuntados sus colores ,
 Que rien con el alba , apetecida
 Es luego , y deseada de pastores.
 Todos ansian haberla : mas cogida
 Pierde luego frescura y lozania ,
 Y el deseo con ella se marchita
 De aquel , que con pasion la pretendia.
 Qual sea la riqueza , lo acredita
 La esposa de Taltibio , Eviralina ,
 Hija del rico Imalpo el corcovado ,
 El mas rico pastor en Constantina ,
 Que jamas contar pudo su ganado.

SILVANO.

De aquel Taltibio acaso decir quieres ,
 ¿Que se echó en el barranco ; cuya historia
 Dió tanto que decir de las mugeres?

MIRTILO.

De ese mismo. Tragedia bien nõtoria
 Del Betis , y del Tajo en la ribera.
 Ve de su loca esposa la riqueza ,
 Que muerte tan funesta y lastimera
 Acarreó al cuitado.

SILVANO.

La pobreza
 En que nació , no hay duda , es preferible
 A todas las yegudas , y ganados ,

Que le traxo en su dote aborrecible,
 La infiel Eviralina; y los enfados,
 Y pesares, que fueron de su muerte
 La causa principal.

MIRTILLO.

Yo, por lo tanto,
 Jamas tuve, Silvanio, por gran suerte
 Riqueza y hermosura, que con llanto
 Se poseen, con cuitas y querellas.

SILVANIO.

A la verdad Cratila no es tan rica;
 Mas entre las zagalas las mas bellas,
 Es talvez la mas bella. Y asi explica
 ¿Do pones mi gran suerte?

MIRTILLO.

¿Ella no te ama
 Muchò mas que á sí misma? ¿Y que el tesoro
 Mayor de aqueste suelo? ¿Esa su llama
 No ánima á su modestia con decoro,
 Que da tanto realce á la hermosura?

SILVANIO.

Hora sí, que comprehendo enteramente
 Con tanto mayor gozo, mi ventura,
 Quanto me la presentas á la mente,
 Con sorpresa mayor, y con viveza
 De imagen la mas dulce, y adorable.
 Hora sí que comprehendo, que riqueza

No hay en la tierra igual , ni tan amable ,
 Quanto el süave amor de una doncella ,
 Que al amor corresponde de su amante ,
 Que la ama tiernamente. Ni la estrella ,
 Precursora del dia radiante ,
 Suele tanto alegrar á los pastores ,
 En la sazón florida , en que el ganado
 A pacer llevan las nacidas flores ,
 Quanto al fiel corazón de amante amado ,
 La vista , y la memoria de zagala ,
 Bella , como la estrella , precursora
 Del dia amanecido , á quien iguala.

MIRTILO.

¿ No veis como Silvanio se acalora ?
 Quien decir lo dexase , llenaría
 El tiempo , que á tí , Eliso , y á tí Elpino ,
 Impacientes tal vez , os quitaria.
 Basta ya de Cratíla , que el camino
 Que debemos seguir , nos aconseja
 A poner fin , Silvanio , á nuestro canto ,
 A quien da buen agüero esa corneja
 Que allá canta. ¿ La ois ?

SILVANIO.

No fuera tanto ,
 Mirtilo , el gran consuelo que tuviera
 De extenderme yo mismo en la alabanza
 De mi amada Cratíla , ni pudiera

Decir tampoco yo , lo que no alcanza
Mi ruda lengua , quanto se complace
Mi mente en la memoria deliciosa ,
Que tú me has despertado. Satisface
Mucho mas ella sola , y de una esposa
Tan honesta y cabal , la dulce idea ,
Que el oro , en que el avaro se recrea.

Al concluido canto y contento de Mirtilo, y de Silvanio, siguió el aplauso de los dos llegados pastores , que lo oyeron con gran complacencia , á quienes Montano exhortó inmediatamente , y con él Mirtilo y Silvanio , para que comenzasen su cancion. Aliso , rezelandose de su habilidad , se escusaba , diciendo , que no estaba tan exercitado como ellos en aquella , ni en otra especie de canciones. Que las que cantaba , le servian solo de recreo , quando sabia que no tenia otros oyentes que los montes , los árboles , y el ganado; sin que fuesen dignas de tener por testigos , oídos tan delicados como los suyos. Rendido sin embargo Aliso á las instancias de Mirtilo , y de Silvanio , y mucho mas á las de su compañero Elpino , que mostraba llevar á mal la vergüenza de Aliso , echó mano de la zampoña , que habia dexado descansar sobre la florida yerba , y comenzó á cantar asi :

LA PROFECIA DE ORTÓN.

E G L O G A.

ALISO, ELPINO.

ALISO.

¿Oís quan dulcemente el pintadillo ,
 En busca de su amante , que allá vuela ,
 Canta sobre ese verde sauzgatillo ,
 Ni de tanto ganado se rezela?
 Tan dulce complacencia no percibo
 Con su suave canto , y armonía ,
 Quanta del de Mirtilo yo concibo ,
 Y del tuyo , ó Silvanio. Bien quisiera
 Poderlo yo igualar ; pero no alcanza
 Tocar tan alta cima corta mano.
 No se abriga en mi pecho esta esperanza ;
 Pues fuera tal intento muy liviano.
 No sé si Elpino el mismo sentimiento
 Fomentará en su seno.

ELPINO.

No presumo
 Tanto de mi saber , y entendimiento ,
 Amado Aliso mio , que á lo sumo

Pretenda yo llegar. Pero no veo
 Porque desesperar deba la palma
 De igualar á otra palma. Tal deseo
 Parecer no debiera extraño al alma,
 Que vé igualar la encina á una otra encina,
 Y entre sí asemejarse los corderos.
 Ni se tiene por cosa peregrina,
 Que en el canto se igualen los xilgueros.
 Asi protexa Pan nuestro ganado,
 Como no intento rebaxar en nada
 Del concepto debido, que han ganado
 Entrambos, en tu mente enamorada,
 De su elegante canto, que yo admiro
 A par de tí tal vez. Pero me acuerdo,
 Que años atras mi abuelo Deyaniro,
 Siendo yo rapazuelo, me decia:
 Elpino, si ser quieres pastor cuerdo,
 No alabes á ninguno en demasia;
 Ni á tí mismo tampoco: mas tampoco
 Abatas á tus cosas de manera,
 Que los demas te tengan por de poco.
 Ningun pastor sus chotos vitupera.

ALISO.

Tampoco yo los vitupero, Elpino.
 Pero no fué jamas la cortesia
 Abatimiento vil con el vecino,
 Por mas que se le dé la primacia,

Como yo se la doy á estos pastores ,
Que nos han complacido con su canto.

ELPINO.

Tambien se la doy yo de mil amores ;
Mas no me abato en su cotejo tanto.

Ni este merece sea el argumento ,

Con que entretenga ahora á sus oídos ,

Nuestra zampona , y rustico concento.

Cantemosles bien sí , mas avenidos ,

Del adivino Ortón la profecia.

ALISO.

¿Qué profecia entiendes ?

ELPINO.

La que dixo

Sobre la peña mala el otro dia ,

Quando á Dorilo , y Talmo les predixo ,

Que no habria mas pastos , ni ganados.

ALISO.

¿Eso llegó á decir el embustero ?

Yo asi no lo entendí. De los venados ,

Y lobos me dixerón.

ELPINO.

Mas primero

De los ganados dixo claramente.

Dorilo , que lo oyó , me lo ha contado.

ALISO.

Dila pues ; oiréla atentamente.

EL PINO.

Al pie de aquella peña, su ganado
Pastando estaba Talmo, con Dorílo,
Sentados todos dos baxo la encina,
Junto á la escasa fuente, que hilo, á hilo,
Cae de la otra roca mas vecina,
Quando oyeron llamarse de repente
Del barbudo adivino, que en la roca,
De pies estaba, en ademan ardiente,
Mil llamas arrojando por la boca.
Aunque lo vieron otras veces ellos,
No lo vieron jamas tan encendido.
Se alzaban en su frente los cabellos,
Y á infernal mensagero parecido,
Sonó su ronca voz en este acento.
Ya las alas desplega el tiempo al viento;
Ni tardará á llegar al occidente:
El destino lo azora en su carrera,
Que funesta ha de ser á los ganados,
A pastos, y á pastores, de manera,
Que no se verán mas por los collados,
Ni por valles pacer, como solian.
Llegarán á perder hasta sus fueros.
Ni tampoco vendrán, como venian,
Los de tierras lejanas con calderos.
Usurparán el hazadon y arado,
Y los establecidos labradores,

El asiento á los pastos y al cayado ,
Y harán servir tambien á los pastores.
Sembrará en las valdías soledades ,
La gran mano del tiempo , como trigo ,
Torreadas aldeas , y ciudades :
El al trabajo traerá consigo ,
Armado de hoz terrible , que ni en sierra ,
Ni en llano dexará lobos á vida.
El mismo moverá funesta guerra
Al pasto , y al pastor , que destruida ,
Llorará su cabaña , y sus ganados ;
Ni juntas se verán tantas cabezas ,
Blanquear por las laderas de collados ,
Bien sí florecerán sus asperezas.
Otras cosas á estas semejantes ,
Dice Dorílo , que le oyó , y que luego ,
Saliendo de sus plantas humeantes ,
Varios vellones de amarillo fuego ,
Se levantó sobre ellos hácia el cielo ,
Donde desvaneciósse enteramente ,
Como niebla , que alejase del suelo ,
Dexandoles atónita la mente.

ALISO.

Aunque doy fé á Dorílo , temo , Elpino ,
Que oír , y ver le hiciese el sobresalto ,
Lo que tal vez no dixo el adivino ;
Mucho menos hablando de tan alto.

EL PINO.

No es eso, Aliso, lo que yo no creo;
 Mas bien sí, el que se cumpla lo que dixo,
 Pues lo reputo todo devaneo.
 ¿Podrá sembrar el tiempo como mijo
 Aldeas y ciudades? ¿Ni el trabajo
 De hoz armado, arrasar nuestras cabañas?
 ¿Ni matar los ganados á destajo?
 Semejantes embustes y patrañas,
 Materia suelen ser de aquesos vagos,
 Que se meten en montes á ermitaños,
 En donde el ocio los transforma en magos,
 Y en profetas de embustes tan extraños.

ALISO.

Mas de Dorícla adivinó la muerte
 De antemano por él profetizada.

EL PINO.

Es facil que qualquiera en ello acierte,
 Mucho mas en salud tan quebrantada,
 Qual la hermosa Dorícla la tenia.
 ¡Ah! ¿por qué esa memoria me renuevas?

ALISO.

El discurso consigo lo traía.
 Perdona, amigo; pues si á mal lo llevas,
 Desistiré de mi molesto canto.

EL PINO.

Proseguirlo me veda mi quebranto.

No pudo de hecho contener Elpino sus lágrimas, con que dió fin al canto, en fuerza del sentimiento que le renovó Aliso con la memoria de su amada Dorícla, que murió en la flor de su edad, antes que se efectuase su casamiento con el mismo Elpino. Este accidente obligó á Mirtilo, y á Silvanio á mezclar con las alabanzas, que le daban por su canción, las exhortaciones que le hacian, para consolarlo, y para que desistiese de llorar.

Aliso, que era el dueño de aquellos pastos, para remediar de alguna manera al sentimiento, que sin querer, causó á su buen amigo Elpino, rogó al mayoral Montano, quisiese ir á pasar la noche á su casa, que estaba poco distante de aquel valle, en que se hallaban, donde podrian borrar con algun divertimento la triste especie que le habia renovado á Elpino.

Condescendió desde luego Montano con el envite del pastor Aliso; y sobre la marcha encaminaron los zagales el ganado á una cabaña, que les dixo Aliso estar inmediata á su casa. Fueron recibidos en ella con gran gozo de toda la familia de Aliso, especialmente de tres hermanas suyas, y de otras zagalas vecinas, que se encontraban alli, esmerandose

todos en cortejar á los llegados pastores.

Quiso Aliso que se formase luego un bayle , y que lo acompañasen los pastores que sabian cantar , dandose lugar por turno , en cada nuevo bayle que se hacia . Las zagalas fuera de sí con aquella fiesta repentina , se coronaron luego de flores , y presentaron á cada uno de los zagales una guirnalda de florido arrayan , que ellos se pusieron en las cabezas .

Mirtilo , y Silvanio rebosaban de contento , y de dulce complacencia á vista de aquel inocente , y alegre aparejo , y de las lindas zagalas que ponian en ellos sus ojos , animados del fuego del candoroso amor de la inocencia . Hizo Aliso que diesen principio al bayle los venidos pastores , mientras él , y Elpino lo acompañaban con el son y canto , para que despues de los dos primeros bayles , cantasen , y tañasen Mirtilo , y Silvanio en los dos postreros , en que deseaba que baylase Elpino , para que con aquel divertimiento borrarse la especie de Doríela .

Hubo de condescender el mayoral Montano á las instancias , é importunaciones de Aliso , y de las zagalas , que le querian obligar á baylar , á lo que él se resistia por ser ya hombre de edad , y algo pesado . Lo que contribuyó para acrecentar la risa , y la ale-

gria de las zagalas y zagales, quando le vieron saltar sin garbo, y sin despejo. Elpino tomó el rabel, en que era muy diestro, y Aliso la citara, á cuyo suave conuento comenzó el bayle, siendo Aliso el primero que lo animó con esta cancion.

ANACREONTICA.

Quando la primavera
 Coronada de flores
 Vuelve el pie á nuestra esfera,
 Vistese de verdores
 El animado suelo;
 Y las gozosas fuentes,
 Desatadas del hielo,
 Derrumbanse impacientes,
 Y como enomoradas,
 Por asperas quebradas.

Entonces de alegría
 Cielo y tierra rebosa;
 De luz mas pura el dia,
 Coronado de rosa
 Se muestra, con que dora
 Del Alba los cabellos.
 Venus viene con Flora,
 Y cupidillos bellos,

Festivos y ligeros,
De amores mensajeros.

Los unos por el viento
Tiran el carro de oro,
A quien rige el contento.

De ellos un otro coro
Dardo, y flecha certera

A porfia dispara;
Ni el ave mas ligera

De herida se repara,
Ni pastora ó pastores,

Pues todo son amores.
Con cantos amorosos

Y gorgeos suaves,
Los bosques ya frondosos,

Hacen sonar las aves.
Y en los valles floridos,

Y sombríos collados,
Resuenen los balidos

De amorosos ganados.
Amor inspira el viento

Con su suave aliento.
Ya pues que la natura

Al amor nos convida,
De quien somos hechura,

Amemonos Flerída,
Mientras su fuego abrasa;

Pues si de vida breve,
 Sin amores se pasa,
 La edad florida y leve,
 Vendrá la vejez luego,
 Que hiela al mismo fuego.

Acabada esta cancion cesó el primer bayle, dandole tregua los pastores con algunos tragos del suave nectar de los viñedos de Aliso. No tardaron á instar las zagalas para que se diese principio al segundo bayle, que comenzó luego que induxeron al mayoral Montano á que baylase tambien aquel otro, á que no queria condescender de ninguna de las maneras; pero vencido de la zagala Ciparisa, comenzó á saltar de nuevo, siendo Elpino el que cantaba, diciendo :

ANACREONTICA.

Es dulce en el verano
 Al pastor y al ganado,
 Hallar sombra en un prado,
 De plantas despoblado.
 Mas ; qué dulzura iguala,
 En medio del estío,
 Estar con su zagala,
 En frondoso pendío,

Contemplando con ella,
La sazón la más bella?

La fuente en su murmullo,
So racimosa parra,
Y el tortolino arrullo
Consuela; y la cigarra

Asimismo recrea,
Pues cuenta sus amores
Al pastor que sestea,
Y á duros segadores,
Que arrasan afanados,
Los trigos ya dorados.

¿Pues qué, si también ellos,
Cesadas sus fatigas,
Adornan sus cabellos
Con granosas espigas;
Y al son del caramillo,

Celebran con la danza,
En rustico estrivillo,

Su colmada esperanza,
Premio de sus sudores,
Premio de sus amores?

Baxan de los collados
Las guirnaldadas ninfas,
Y en remansos templados,
De cristalinas linfas,
Bañanse allí sentadas,

En la mullida arena;
 Do son acariciadas
 Baxo de sombra amena,
 Del ayre enamorado,
 Que las besa á su grado.

La noche deliciosa,
 Sigue al ardiente dia,
 La natura reposa
 En callada alegría.

Espejase la luna
 En los quietos cristales
 De plácida laguna.
 Salen de los umbrales,
 Ni curan de sus lechos,
 Los amorosos pechos.

La noche los convida
 A respirar el viento,
 Y en la yerba mullida
 El prado les da asiento.
 Allí del grillo suena,
 Y de la aquatil rana
 La larga cantinela.

Las Ninfas á Diana
 Alegran con la danza,
 A nuestra semejanza.

Pues hacen lo que hacemos
 Las ninfas, ó zagales,

Cantemos , y baylemos ,
 Y engañemos los males
 De aquesta breve vida ,
 Que como flor , apenas
 Sobre el suelo nacida ,
 Se pasa , si las penas
 No arrojamos cantando ,
 Y tañendo , y baylando .

Esta cancion de Elpino , con que dió fin al segundo bayle , fué aplaudida de las zagalas entre los brindis que hacian al cantor , á instancias de Aliso . Comenzó luego el tercer bayle , en que Mirtilo y Silvanio cedieron sus compañeras á Elpino y á Aliso , para que pudiesen baylar estos mientras ellos cantaban . No hubo remedio de hacer baylar mas á Montano casi rebentado . No asi las zagalas , que como son incansables en los bayles las mugeres , prosiguieron el bayle por la tercera vez , como si fuera la primera . Silvanio fué el que acompañó el tercer bayle con esta cancion .

ANACREONTICA.

Cesaron los ardores
 Del abrasado estío .

Mas sentir sus rigores
 Tampoco dexa el frio;
 Ni los cierzos ayrados,
 En montes eminentes,
 Envian de nublados
 Las lluvias á torrentes.

Otoño engalanado
 De sazoados frutos,
 En la vega sentado,
 Ofrece sus tributos
 A Vertumno, y Pomona,
 Que entretexen con ellos
 La fragrante corona
 A sus largos cabellos.

De sátiros seguido
 Llega Baco en su carro,
 De pámpanos ceñido,
 Con su empuñado jarro;
 Y entorno á los lagares,
 Con beoda armonía,
 Oyense los cantares
 Al dios de la alegría.

Rompe con el arado
 El labrador el suelo,
 Y adereza el sembrado,
 Mina de su desvelo,
 Siguiendo el paso lento

De sus bueyes uncidos,
 Que amedrentan al viento
 Con los roncós mugidos.

Arman los cazadores
 De perchas la paranza,
 O de lazos traidores,
 Y están en acechanza
 Del tordo advenedizo,
 Que incauto, y desenvuelto,
 Del reclamo al hechizo,
 Queda en la liga envuelto.

El zarzagan agudo
 Las plantas ya despoja,
 Y del bosque desnudo
 Las aves desaloja.
 Entonces los pastores
 Del invierno advertidos,
 Huyen de sus rigores,
 A templados exidos.

Imagen es la vida
 Del tiempo, y su mudanza,
 Por eso divertida
 Tengamosla con danza,
 Y juegos inocentes.
 Y vayan los cuidados,
 A molestar las gentes,
 Que viven en poblados.

Esta cancion de Silvanio dió fin al tercer bayle. Se le dió algo mas larga tregua que á los otros, con los nuevos tragos del nectar, con que cobraron todos mayor aliento para el último, que tocaba á Mirtilo acompañar con su cancion, siguiendo el argumento tomado de las estaciones; y unidas ya las parejas, dixo asi:

ANACREONTICA.

Ocupa ya en la sierra
 Alto trono de hielo
 El invierno llegado;
 Y á la desnuda tierra
 Se encubre el triste cielo,
 De nubes rebozado,
 Que solo nos envia
 Nieve, y melancolía.

Aflige la aspereza
 Del tiempo, y sus rigores
 Los campos que domina.
 En vez de la belleza,
 Y pomposos verdores,
 La desnudez mohina
 Amedrenta á los ojos,
 Con sus tristes despojos.

Las plantas erizadas,
De su gala desnudas,
De aves antes asiento,
Están con las heladas
Ateridas, y mudas;
Y solo dan al viento
Que las cimbra, gemidos,
Con flébiles silvidos.

A la dulce armonía
De las alegres aves,
Del ganado al balido,
La triste vocería
De las cornejas graves
Se oye, y el ahullido
De los hambrientos lobos,
Que acechan á sus robos.

Ni el valle vuelve el eco
Del son de los rabeles,
Y cantos amorosos.
Todo está mustio, y seco,
Campos, valles, planteles,
Que lloran pesarosos,
Al verse abandonados,
De aves, y de ganados.

Las ninfas recogidas
En cuevas abrigadas,
De nevadas montañas,

Esperan condolidas ,
Que pasen las heladas ;
Y tambien en cabañas
Esperan los pastores ,
Que pasen sus rigores.

Ea pues , compañeros ,
Mientras el rigor dura
Del tiempo , en monte , y llano ,
Apurense los cueros ,
Y ahuyente la alegría ,
Del ocio al triste enhado.
Poned á los pies alas ,
Amorosas zagalas.

Hollemos la tristeza ,
Con saltos animados
Del canto , y del conuento ;
Que luego la aspereza
Del tiempo , y sus nublados ,
Dexará libre asiento
Al zefiro , á las flores ,
Y á los nuevos amores.

Asi se dió fin al bayle con gran gozo de los pastores. No fué menor la complacencia que tuvieron en la cena abundante que les dió Aliso , cenando juntos las zagalas , y zagales. De ellas , y de su huesped se dispidieron los trashumantes al siguiente dia , para continúar

su camino , con algun sentimiento de Mirtilo , que se prendó de una de las hermanas de Ali-so , habiendo recibido de ella algunas demostraciones de cariño.

El disgusto que le causó la separacion de aquella linda zagala , llevabale algo pensativo , y silencioso por el camino que tomaron. Silvanio reparó luego en su tristeza , y deseó saber de él la causa , aunque ya la sospechaba. No se la ocultó Mirtilo ; antes bien tuvieron con ella argumento los dos amigos de larga conversacion , con que entretuvieron el camino toda aquella mañana , hasta que Montano quiso pararse en un barranco , bastante frondoso , por medio del qual iba serpeneando lentamente un manso arroyuelo entre la crecida yerba , donde podia pacer , y abrevarse el ganado á su satisfaccion.

Ellos se recogieron á la sombra de tres grandes alcornoques , donde no quiso Montano que estuviesen ociosos los rabeles de sus zagales , á quienes rogó inmediatamente que cantasen alguna cancion , ya que el sitio los convidaba á ello , mientras los dos zagalillos, Metisco , y Sabino , aparejaban la comida.

Mientras decia esto Montano , como el zagalillo Metisco fuese por agua al arroyo ,

llevando consigo un cantarillo , le dixo Mirtilo que cuidase no lo robasen las ninfas , como á Hilas. Curioso Montano de saber aquella alusion , preguntó inmediatamente á Mirtilo , ¿qué caso era ese , y quién ese Hilas? Respondióle Mirtilo , que ya que lo ignoraba , tomaria aquel caso por argumento de su cancion. Dicho esto , comenzó á templar y puntear el rabel , y luego cantó asi :

H I L A S.

I D I L I O.

Tenia ya sulcado
 Largo trecho del mar , en que primero
 Osó Jason abrir nuevo camino ,
 Sobre thésalo pino ,
 Argo por él llamado ;
 Dexando impresa en el azul sendero ,
 Su admiracion , el asombrado viento ,
 Por tal atrevimiento ;
 Ni osó borrar el rastro que dexaba
 La nave , que volaba ,
 Ansiosa de llegar á la ribera
 Del celebrado Fasis , do llevaba
 La flor de Grecia , gente aventurera ;

Que quiso provocar á su destino ,
En busca del precioso vellocino.

Entre ellos tambien iba
De Anfitrión el hijo , el fuerte Alcides ,
No armado todavia de la clava ,
Que el bozo aun le apuntaba ;
Mas de la gente argiva
Era ya celebrado en grandes lides ;
Y al joven Hilas , espejo de hermosura ,
De gracia , y apostura ,
El consigo traia ; pues sentia
Amor en demasia ,
Por el lindo muchacho , que peynaba
Trenza de oro , que suelta le caia ,
Y en gracioso desorden le ondeaba ,
Por su gentil y denodada espalda ,
Prendida con un lazo de esmeralda.

El mancebo Troyano ,
Que en el valle del Ida fue llevado
Por la armera de Jove al alto cielo ,
Con esforzado vuelo ,
Para que por su mano
Administrase el nectar delicado ,
Al padre de los dioses , no pudiera
En rostro , y cabellera ,
Ser con el joven Hilas comparado :
Ni en el canto extremado ,

O destreza del plectro , con que hacia
Parar del viento el curso arrebatado ,
Con la suavidad de su armonía.
Las ninfas de la mar , y los tritones ,
Ivan siguiendo sus suaves sonos.

Con admiracion de ellos
Sulcaba ya la nave el dorso al Ponto ,
Pasados los escollos Cianéos ,
Despues de los Eubéos ,
Mas temibles que aquellos ,
Y el peligroso estrecho de Helesponto ;
Quando temiendo del ayrado noto
Los silvos el piloto ,
Quiso surgir en espacioso puerto ,
Que descubrió desierto.
La gente ansiosa de tocar el suelo ,
Que con gran gozo habia descubierto ,
Salta en él , impelida de consuelo ;
Pues era muy amena aquella playa
Do cada qual su corazon explaya.

Hércules el primero
Impresa dexó allí su grande huella ,
Y la sombra ocupó de un fertil prado ,
De flores esmaltado.
Era su compañero
El fuerte Telamon , que baxo aquella
Froncosa selva , y de su fresca sombra ,

Sentóse en el alfombra,
 De flores, y de yerbas olorosas.
 Y mientras que con Hércules se asombra,
 Con la vista de plantas tan hermosas,
 El joven Hilas en busca de una fuente
 Torció de ellos su paso diligente.

Mover el viento hacia
 Con aliento suave su cabello,
 Mientras en busca de la fuente ansiada,
 De Alcides deseada,
 Su copero corría,
 La mano asida á un cantarillo bello.
 Ni tardó á dar acaso en un collado,
 De plantas coronado,
 Que una brutescas gruta al pie tenia.
 Aunque su ingreso estaba embarazado
 De frondosos arbustos, dentro oia
 El ruido de fuente, donde el mozo
 Trepó, instigado de su ufano gozo.

Pero apenas entrado
 Sorprehendido quedó de maravilla,
 Viendo allí dentro, en espaciosa fuente,
 De fondo transparente,
 Y su borde cercado
 De flores que pintaban á su orilla,
 A tres Ninfas que en ella se bañaban;
 Que dicen se llamaban

Eunicéa , Malide , y Enichía ,
Que al hermoso muchacho acariciaban ,
Despues que todas ellas á porfia
Lo convidaban con aquel asiento ,
Que pudiera encantar al pensamiento.

Ni verdad parecia
Al joven Hilas aquel divino encanto.
Viendose de las diosas en los brazos ,
Cuyos suaves lazos
El gozoso sufría ,
Y sus dulces caricias , hasta tanto
Que la memoria de Hércules le vino.
Hilas fuera de tino ,
No viendo mas su cantarillo amado ,
Que dexó allí en el margen cristalino ,
Lo pedia á las ninfas congojado ,
Que aun no sentia enteramente el cebo
De amor de ninfa, el pecho del mancebo.

Al contrario alhagados
Los amorosos pechos de las diosas ,
Con el suave agrado , y atractivo
De aquel doncel esquivo ,
Hermoso , y delicado ,
Que no queria fiestas amorosas ,
Pues todos sus esmeros rehuía ,
Y en partir persistia ,
Desdeñando en su enfado aquellos senos ,

Que á su cantaro el mozo posponia :
A instarle comenzaron , que á lo menos ,
Quedase alli con ellas otro instante ,
Para mas admirar á su semblante.

Mas Hilas , que temia ,
Que zarpase la nave , y lo dexase
En la desierta playa abandonado ,
Vanamente esperado ,
Partir luego queria :
Y rogaba á Eunicéa lo soltase ,
Pues ella lo tenia en su regazo ,
Cruzado el blanco brazo ,
Por su linda cintura , y Enichía
Asido lo tenia
De la mano , y Malide alli sentada ,
Hácia el mozo inclinada ,
Tambien puestas tenia en él las manos ,
Pareciendo salirse de su asiento ,
Mas Hilas viendo sus esfuerzos vanos ,
Avivando el temor su sentimiento ,
A llorar comenzó de simplecillo ,
Instando por su hermoso cantarillo.

Quanto mas inocente
Era su llanto , tanto mas lo hacia
Comparecer amable en la contienda.
Mas ellas , que tal prenda ,
Asida estrechamente

En su poder tenian, y valía ,
Acallar comenzaron sus temores ,
Prometiendole amores ,
Y la inmortalidad con ser divino ,
Mudado de destino ,
Que le fué tan propicio en su llegada ,
Enseñandole él mismo aquel camino ;
Que con ellas tendria alli morada
De dioses envidiada ; y el bobillo
Instaba por su hermoso cantarillo.

Entonces ellas viendo
Que nada aprovechaban sus desvelos ,
Ni sus caricias , ni los mismos dones ,
Ni sus dulces razones ,
Que el muchacho gimiendo ,
Desvanecer hacia con su duelo ;
Ya que quedar de grado alli con ellas ,
Rehusó en sus querellas ,
Abrazadas con él estrechamente ,
Lo hundieron en la fuente ;
Cayendo el joven Hilas semejante
A destello de luz resplandeciente ,
Que ilustra con su curso radiante ,
El seno oscuro de sereno cielo ;
Ni volvió mas el griego mozo al suelo.

Nó habia acabado todavia Mirtilo la historia de su Idilio , con lo que hasta aqui can-

tó, pues le faltaba decir, como Hércules, no viendo comparecer á su amado Hilas, fué en busca de él, dandole voces, para que lo oyese; con que hacia resonar el nombre de Hilas en toda aquella playa, y en los valles, en donde se internó para buscarlo. Como habiendose tambien perdido el mismo Hércules en aquellos páramos, quedó allí desamparado de sus compañeros, que zarparon.

Faltabanle tambien por decir á Mirtilo los transportes de furor, á que se abandonó entonces Alcides, viendo allá á lo lejos la nave, que viento en popa volaba por el Ponto, y como llegó finalmente á saber, que las ninfas habian robado á su amado Hilas, llegando casualmente á la misma gruta; como despues de haber sabido esto, determinó ir á Colcos por tierra, y como de hecho compareció allí, con admiracion de sus compañeros, que aplacaron su enojo, escusando su partida de aquella playa, donde lo desampararon.

Nada de todo esto pudo cantar Mirtilo, por haberlo interrumpido la llegada de un ermitaño, que por medio de aquel barranco, abriendose paso entre el ganado que allí pacia, se encaminaba hácia ellos. Tuvieronlo á primera vista por algun lego capuchino limos-

nero, por la gran barba que le caía hasta la cintura. Llevaba cubierta la cabeza con una gorra mugrienta, á manera de papalina, calada hasta las orejas, arropado él de un sayo pardo raído, que llegaba á cubrirle las rodillas, dexando ver sus desnudos pies, y piernas.

Advirtiendo sin embargo Mirtilo en la vara que llevaba en las manos, le nació la especie del adivino Ortón, de quien el pastor Elpino les habia contado la profecía sobre los pastos y ganados. Fué tan viva esta ocurrencia de Mirtilo, que no pudo dexar de decir en voz clara, y de modo que lo oyó el mismo ermitaño que estaba ya cerca: Catá aqui el mago Ortón. Proferido apenas esto por Mirtilo, paróse de repente el mago Ortón, pues era él mismo, mostrando enojo en su rostro, y continente.

Mas trocó luego los asomos de su enojo en solo severo silencio, que rompió de allí á poco diciendo á Mirtilo con voz esforzada: ¿qué teneis que ver con quien llamais mago? Al oír esto los pastores, dexanse apoderar del miedo, y de la consternacion que les infundió aquella pregunta, pues no dudaron que fuese el mismo Ortón, ocurriendoles las

llamas que les habia descrito Elpino, pareciendoles que echasen chispas sus ojos, sin atreverse á responder á la imperiosa pregunta que les hizo.

El mayoral Montano especialmente se rindió tanto al temor, que á trueque de que se fuese de allí Ortón, le hubiera dado parte de su ganado. Solo Mirtilo despues de haber tragado el primer acometimiento del miedo, se atrevió á decirle; perdonad esa expresion, á la fuerza de la noticia que nos acaba de dar un pastor. No soy tan rudo que no sepa, que la palabra mago equivale á la de sabio, ó de adivino.

Esta atenta respuesta de Mirtilo pareció que desarmase el resentimiento de Ortón; pues apenas oida, volvió la espalda á los pastores, y se acercó al arroyo, cuya corriente hirió por tres veces con la vara, haciendo saltar el agua á la orilla. Hecho esto, volvió otra vez hácia los pastores, que se atemorizaron de nuevo, no pudiendo comprehender, lo que pretendia el adivino con aquella demostracion, ni lo que venia á hacer con ellos.

Sosegaronse no poco, oyendo que les pedia de comer. Todos ellos presentaronle entonces á porfia parte de la dispuesta comida,

que recibió él sin hacer ninguna demostracion de agradecimiento , ni agasajo ; sino que se puso á comer lo que le dieron , habiendose antes sentado al pie de uno de aquellos alcornoques, semejante á un amo duro , y severo , que come , y masca en silencio , á vista de sus atentos , y respetuosos criados , que le cuentan los bocados , y sin chistar atienden á adivinarle los pensamientos , para servirle.

Comia Ortón muy despacio , sin poner los ojos en ninguno de los presentes pastores , y sin decirles palabra. Pero luego que acabó , soltó la voz , diciendo con exclamacion : ¡quan ignorantes , y ciegos son los mortales! Sus mismas pasiones y deseos son comunmente los que les acarrear su ruina , ó su desgracia , y aquellos mismos males que temen , y que quisieran evitar. Ese pastor , señalando con la mano á Montano , está entre brasas , é impaciente , y no menos agitado del temor que ha concebido de mi presencia. El quisiera partir al instante , y se dexa llevar de la impaciencia , porque le detengo , y le impido la partida.

Mas no sabe que lo hago esto por su mismo bien. Si no hubiera yo venido á impedirle partiese , esta misma tarde hubiera

acometido un lobo á su ganado en la cañada de Colisio , que hubiera hecho riza en sus ovejas.

Montano , al oir esto , comenzó á sudar de congoja y admiracion , echando de ver que Ortón le adivinaba su temor é impaciencia. Quedabale sin embargo interiormente agradecido por aquel favor que le declaraba , sobre el daño que vino á estorbar , sin atreverse á desplegar sus labios , dando solo tragos en seco , en fuerza del miedo que le inspiraba aquel barbado adivino.

Nada decia tampoco Silvanio. Solo Mirtilo , que era de esforzados sentimientos , agradeció á Ortón sus benéficas intenciones , rogandole compadeciese la impaciencia de Montano , pues no procedia de voluntad dañada y adversa que le tuviese. Nada de todo eso se me oculta , dixo entonces Ortón ; ni ignoro , quien es el pastor que os hizo de mí la pintura que insinúasteis. Mas todas estas cosas las miro con desprecio , ni hacen ninguna mella en mi ánimo , superior á tales baxezas.

Lejos de querer hacer mal á ninguno , atiendo solo al bien de todos , en lo que puedo , aun de aquellos mismos que me tienen en el concepto mas baxo y aborrecible. Amo

la tierra en que nació; deploro sus calamidades, y los males que no puedo remediar. Compadiezco la ignorancia, y las preocupaciones de que se dexaron avasallar, ó á que fueron avasallados los rudos. A estos conviene hablarles por enigmas, mas no á tí, que no lo eres, y que huiste del tumulto de las ciudades, para reynar con libertad entre el ganado, lejos de la ambicion y de la codicia, en el frondoso asiento de la naturaleza.

Tus intenciones son loables; lo serán mucho mas, quando al cuidado de tus ovejas, unirás el del cultivo del campo, en la morada que se te espera, donde la suerte, en premio de tu sabia y fuerte resolucion, te tiene destinada una inocente y linda doncella por esposa.

Rebosando de gozo el corazon de Mirtilo por esta profecia de Ortón, le rogó con ahinco no le dexase en las tinieblas que le encubrian su mayor ventura, sino que se las aclarase, para poder tener mas cumplido gozo. Ortón en vez de darle respuesta á esto, y sin atender á los ruegos de Mirtilo, continuó diciendo: ¡Quando querrá el cielo que vea yo renacer en este suelo su sólida felicidad! ¡Ah! no está todavia desembarazado el camino que

ocupa el zarzal, y la cambronera, entre quienes se levantan tantos monumentos de esterilidad, que oprimen al suelo, á quien dan sombra, y donde las incautas avecillas, que se acogen á ellos, mueren en sus tristes nidos, sin reproducirse.

Tardará todavía á llegar el genio Lucimeno á esclarecer las noches de occidente. A su soplo huirán las aves que graznaban en los charcos de las aguas de Maloal. Su mano esparcirá las semillas, que darán fruto, y flores, con que se coronarán los hijos de Sofitrona.

Dicho esto, se levanta Ortón para partir, quedando allí asombrados los pastores por aquellas profecias, que no entendian. Montano, que habia perdido algo el temor, alegre por ver que iba á partir el adivino, quiso hacerle puente de plata, rogandole escogiese entre las ovejas la que mas le agradase. Pero Ortón, sin hacer caso de su oferta, aunque le dió las gracias por ella con sequedad, se despidió de todos ellos, sin hacerles ninguna demostracion de agasajo, y tomó el mismo camino por donde habia venido.

No acababan de volver en sí los pastores

de la sorpresa de aquel encuentro , y de la maravilla que les causó el adivino , aun despues que encaminaron su ganado , para contiñar su viage , en que no cesaban de hablar de las cosas que Ortón les habia profetizado , especialmente sobre el lobo que habian de encontrar en la cañada de Colisio , y de la doncella , y morada que habia predicho á Mirtilo. Sintieronse todos acometidos de temor del lobo profetizado , quando descubrieron la cañada de Colisio , avivandoseles el miedo , luego que entraron en ella ; yendo todos alerta , y prevenidos para qualquier lance.

Mas habiendola pasado felizmente , volvió á ocupar sus ánimos la confianza en el adivino , y el gozo que habia zozobrado. Quiso hacer alto Montano en un pequeño valle , á donde llegaron antes que el sol se pusiese. Allí pasaron la noche , sin temor de que se les descarriasen las ovejas , veladas por los perros Melanto y Licisco. No vieron tampoco en toda la mañana siguiente rastro alguno de lobo , aunque tuvieron noticia por unos labradores , que se habia visto uno el dia antes en aquellas cercanias. Lo que los confirmó en la veracidad de Ortón , y les acrecentó su concepto.

Ya cerca del medio dia , entraron en una
sombria dehesa , donde se pararon. Allí , acor-
dandose Montano de la linda cancion que le
cantó Mirtilo , le rogó que le cantase otra
semejante. Condescendiendo Mirtilo con sus
ruegos , tomó el rabel , á cuyo son comenzó
á cantar asi :

ADMETO, Y ALCESTE.

— IDILIO.

¿ Quién ignora que Apolo ,
Aunque dios en la tierra celebrado ,
Y grande entre los dioses celestiales ,
Arrojado del polo ,
Se reduxo á ser guarda de ganado ?
¡ Admeto afortunado !
A quien cupo entre todos los mortales ,
Dar feliz acogida
Al dios , que enseñó al suelo el son , y el canto ,
Que del alma afligida ,
Es suave remedio en su quebranto ;
Fuente de la alegria ,
Que suele dimanar de la armonía.
Apolo fué el primero ,
Que del plácido Anfriso las riberas ,

Hiciese resonar con el conuento
De su plectro hechicero ,
Y encantase á las aves , y á las fieras ,
Por las verdes laderas
De los thésalos montes , con su acento.
El mismo agradecido
Al gran favor de Admeto , consiguióle
Que fuese diferido
El trance de su muerte. Concedióle
Esta gracia extremada ,
Atropos de sus ruegos ablandada.

Mas Lachesis , y Cloto ,
Sus otras dos hermanas , que la vida
Hilan de los mortales , se negaron :
Pues debía ser roto
Del Rey Admeto el hilo , si cumplida
La fin establecida
Que los hados al mismo le aplazaron ,
Por él no se ofrecia
Un otro en sacrificio , y con su muerte
Voluntaria , no hacia
Diferir de aquel Rey la fatal suerte ,
De modo que él viviese ,
Los años del que á muerte se ofreciese.

Aquesto establecido
Por las Parcas , las mismas á porfia
Ivan torciendo el hilo remojado ,

Que á su labio fruncido
Lachesis aplicaba. Esta tenía
La rueca en su valia ,
Y Cloto aquel torcia , dando á grado
De sus dedos , impulso
Al fatal huso que en veloces giros ,
Desprendido del pulso ,
De la vida envolvía los suspiros ;
Hasta que lo cortaba
Atropos , á quien esto le tocaba.

Mas el buen Rey Admeto
En la flor de su edad morir debía ,
Y de su amada Alceste desprenderse ;
Pues tal era el decreto
De los hados , que tienen hora y dia ,
De la vida valdía ,
Limitada á los hombres. Ni ofrecerse
Por Admeto expirante
Alguno se atrevia en sacrificio.
Difería este instante
Atropos , esperando el buen oficio
De algun piadoso pecho ,
Que dexase su voto satisfecho.

Pero en vano esperado ,
Aqueste generoso ofrecimiento ,
Iva á cortar , con la fatal tixera ,
El hilo ya parado.

Ya su trémula mano en movimiento
Ponia el sentimiento ,
Quando la hermosa Alceste la primera ,
Por su amante marido ,
Se consagró á las Parcas , que admiradas
Del tomado partido
De una muger, quedaron tan pasmadas ,
Que en su ademan confuso ,
Escapó á Cloto de la mano el huso.

La admiracion, y el duelo ,
Que les causaba la doliente esposa ,
Que por su amado Admeto se ofrecia
A dexar este suelo ,
Por la eterna morada tenebrosa ,
Aunque ella tan hermosa ,
Y tan tierna á sus ojos parecia ,
Hicieron que la instasen ,
Para que de su empeño desistiese.
Mas como la exhortasen
En vano, y en su oferta persistiese
Alceste adolorida ,
Atropos cortó el hilo de su vida.

Con el vital aliento
Perdió su hermoso rostro los colores ,
Tomando los de muerte , semejante
Al Alba, á quien el viento
Cubre de tristes nubes sus albores.

Sus vivos resplandores
 De amarillez se tiñen , y el semblante
 Que ardia de belleza ,
 Con que antes animaba á todo el suelo ,
 Presenta la tristeza
 Al horizonte , en tenebroso velo.
 Alceste asi fenecó ,
 Y Admeto á eterno llanto convalece.

Mas Apolo apiadado
 Entonces de su férvido quebranto ,
 Promete devolverle tal esposa ;
 Que Alcides informado
 Del hecho ilustre , y de su justo llanto ,
 Al reino del espanto
 Baxar se ofrece , y lo que ofrece , él osa
 Executarlo luego ,
 Y sacarla por fuerza del infierno ,
 Quando no valga el ruego ;
 De contado pues toma del averno
 El temible camino ,
 Y entra en él , no estorvandolo el destino.

El Dios Pluton , oida
 Su osada pretension , á ella se niega ;
 Pues á ningun viviente , que moria ,
 Erale concedida
 La vuelta al alto mundo. Alcides ruega
 Y se desasosiega ,

Instando por Alceste con porfia :
Hasta que ya cansado
De instar , y de rogar tan vanamente ,
Arrebata enojado
Con el alma de Alceste , allí presente ,
Levantando su clava ,
Con que al dios del infierno amenazaba.

Ni osó Pluton pasmado
Moverse de su trono ; pues temia
Al que de él se salia blasfemando ,
Con Alceste abrazado ,
Admirando las almas su osadia.
Asi devolvió al dia
Alceste , y á su Admeto , que esperando
La estaba con temores ,
De que saliese Alcides con la empresa.
Mas todos los amores
Jubilaron al verlo con la presa ,
Que con su brazo fuerte ,
Arrancó de las garras de la muerte.

La entera complacencia y gusto que no dexó probar á Montano en la otra cancion de Mirtilo la aparicion del adivino , la tuvo ahora con este otro idilio , que le agradó sumamente. Quadrabanle mucho á Montano estos cuentos , que asi los llamaba , que aunque privados de sublimidad de estilo , de que él

no se entendia , y que no convenia tampoco á los mismos , llevaban sin embargo imágenes , y pinturas poéticas en su narracion , que era lo que mas á Montano le divertia.

Hacialese con estas canciones mucho mas sabrosa la comida , todas las veces que la precedian. Ocurrióle allí en aquella dehesa , en que entonces se hallaban , que aquella noche habian de ir á recogerse á una majada que solia concederle un rico labrador amigo suyo , llamado Leucipo , cuyo hijo Alcimedonte era muy aficionado al canto. Dixole esto mismo á Mirtilo , alabandole mucho la habilidad de Alcimedonte. Confirmóselo Silvanio , que le conocia , dando motivo á Mirtilo para complacerse por ello , y para desear conocerle.

Con esta especie apresuraron la comida , y acabada ya , partieron inmediatamente , deseosos de llegar quanto antes á la casa de Leucipo. Recibió este á Montano con la acostumbrada amistad y complacencia , como lo hacia cada año. Mas como Montano no viese á Alcimedonte , preguntó por él á su padre. Respondióle Leucipo , que habia ido al campo , y que no podia tardar á llegar. Entonces Montano le dixo , que entretanto irian á encerrar el ganado en la majada , y que luego volve-

ria con sus zagales, que eran todos dos diestros cantores, y tañedores, para que Alcimedonte admirase su habilidad, y él hiciese admirar la suya.

Quando volvieron á casa de Leucipo, encontraron ya al mismo Alcimedonte, que avisado por su padre de la llegada de los zagales, y de su destreza, se exercitaba en tañer, y cantar. Aunque desistió de ello quando entraron, para recibirlos, le instaron ellos que prosiguiese. Escusóse á sus instancias Alcimedonte; pero importunado de Montano, y de su mismo padre, comenzó á decir asi al son del plectro que punteaba:

C A N C I O N.

Baxa del alto cielo,
 Sacra amistad, si acaso el firmamento
 Es tu seguro asiento,
 A donde, desde el suelo,
 Subiste con Astrea.
 O si estás por ventura en otra parte,
 Do no puede encontrarte
 Un pecho liberal, que te desea,
 Ven, para que á lo menos con mi lira
 Cante el ardor que tu deidad me inspira.

Si los votos ardientes
De los mortales llegan donde moras,
Sacra amistad, no ignoras
Los sincéros presentes,
Que te ofreció mi mano,
Con fin de merecer un fiel amigo.
Ese bosque es testigo,
En donde te erigí el altar en vano,
Las veces que le puse leche y flores,
Y que añadí el incienso á otros honores.

El mismo ha resonado
De mi encendido canto, y del conuento,
Con que mi sentimiento,
En ruegos expresado,
Pedirte yo solia,
Me dieses un honrado compañero,
De corazon sincéro,
De pecho generoso, y de hidalguia
De genio y de costumbres; de manera,
Que en algo asemejarlo yo pudiera.

Con él yo confiado,
Esperaba hermanar mis sentimientos,
Y de mis pensamientos
Tener depositado,
En su profundo pecho,
Y de mis intenciones los secretos.
Nuestros mutuos afectos,

Asi formar podrian un pertrecho ,
En su libre efusion y confianza ,
Nacidas de su misma semejanza.

El mas puro consuelo
Probar asi esperaba de la vida ;
Que el alma desprendida
De amistad en el suelo ,
Qual dura cambronera
Vegeta en él , dexada sin provecho
En esteril barbecho ,
Donde consigo mismo se exâpera.
Mas la amistad á dos sincéras almas
Une , y sublima como excelsas palmas.

De ideas tan amables
Animado mi pecho , se prestaba
A quien me desdeñaba ;
O á quien mis amigables
Y sincéros anhelos ,
Con mirada reserva recibia ;
O de ellos se reia ,
En su interior taimado. Mis desvelos
A redundar venian en mi daño ,
Sin poderme servir de desengaño.

Antes bien inducido
De las dulces lisonjas de mi mente ,
Dexar yo finalmente
Mi deseo cumplido ,

Esperaba algun dia ,
Despues de muchas veces desechado.
Que un amigo encontrado ,
Siendo un grande tesoro , no creia
Hallarlo de barato , por tan raro :
Ni aunque mucho costase , fuera caro.

O bien si del acaso
Ser efecto debia , ó de fortuna ,
Con porfia importuna ,
Probar en mí otro caso
Semejante esperaba ,
Al que Orestes y Pilades probaron
Que tanto se estimaron.
Este tan dulce exemplo confirmaba
Mucho mas en su error mi fantasia ,
Que por fábula antigua se regia.

Engañado yo de ella
Iva en busca de amigo semejante
Al que siempre constante ,
Sin disgusto ó querella ,
A pesar de su suerte ,
En el hijo de Strofio encontró Orestes :
Por quien furias y pestes ,
Peores que las furias y la muerte ,
Por tierras provocó y por altos mares ;
La amistad endulzando sus azares.

Ni desistido hubiera

De hallazgo igual , mi ansioso pensamiento ,
En su ideal contento
Aunque correr debiera
La tierra , como Ceres
En busca de su amada Proserpina.

Joya tan peregrina
Hubierame costado mis haberes ,
Si al fin dado no hubiese con Cloréo ,
Que llegó á poner colmo á mi deseo.

De igual edad , y estado ,
De honesto porte , y genio semejante ,
De agradable semblante ,
Y proceder honrado ,
Cortado parecia
De mis ansias , y amor á la medida.

¡Cielo! ¡quán dulce vida
Con su fiel amistad me prometia!
Todo tener creia en tal hallazgo ,
Joya , tesoro , rico mayorazgo.

Con él mi pecho abria ,
En que podia ver mis intenciones ,
Y mis mismas pasiones ;
Pues nada le encubria ,
Teniendo por delito
De la sacra amistad qualquier cautela ,
Que en algo se recela.
Todo temor tenia yo proscrito ,

Aunque tomase el tono de discreto,
Y á mi amor acusase de indiscreto.

Con él las dulces horas
Del ocio, y del descanso dividia,
En tranquila armonía;
Y tomaban mejoras
Con nuestro tierno trato,
Con los sabios discursos, y razones,
Que en nuestros corazones
El cariño avivaban, y el sensato
Proceder que confirma en sus afectos
Los mismos que se advierten los defectos.

Con él, ¡ó quantas veces!
Coronaba de flores escogidas,
Las aras erigidas
A la amistad, que creces
Cada dia tomaba.
En aquel mismo bosque tambien juntos,
Sobre varios asuntos,
Nuestro plectro en tañer se ejercitaba;
Pues para colmo de mi dicha entera,
Era diestro en tañer sobremanera.

Tan grande era el contento
Que probaba en su hallazgo y su cariño,
Que como tierno niño,
Que su entretenimiento
Pone, en ceñir de flores

El templecito , y ara que levanta ,
Y en torno de ellos canta ;
Asi yo celebraba los honores
A la santa amistad , con grata mente.
Pero todo fué al suelo de repente.

¡ Dioses ! ¿ quién lo creyera ?
Ese tan dulce amigo , que tenia
Parte del alma mia ;
Que antes bien toda entera
La tenia á su grado ;
Que baratar podia á su alvedrio
Todo lo que era mio ;
Ese cruel amigo , me ha dexado ;
Antes bien me ha vendido , no en su enojo ,
Ni por venganza , mas por vano antojo.

¿ Por qué , ó cruel , la vida
Antes no me quitaste ? Aquesto fuera
Mejor , pues yo no viera
Mi dicha destruida ,
Con una accion tan fea ,
Que mucho mas que el daño , en que me enlaza ,
Mi pecho despedaza ,
Con el fiero dolor que me acarrea ,
Dandome á ver mi mayor bien creido ,
Por quien menos creyera , ya perdido.
Ni al perdido consuelo
Sucedió solamente el sentimiento ,

Viendo que tal tormento,
 De aquel me vino, ¡ó cielo!
 A quien yo amaba tanto,
 Por quien hubiera dado un reyno entero
 Con corazon sincero;
 Mas dispó tambien en mi quebranto,
 Las dulces esperanzas que abrigaba,
 De encontrar amistad, qual la buscaba.

Porque ¿cómo es posible
 Que haya ningun amigo, si Cloréo,
 Con proceder tan feo,
 Y tan aborrecible,
 Nuestra santa amistad ha quebrantado?
 ¡Ah! no es posible, no, pues tal ventura
 La oculta la natura.
 Por lo mismo, si veo algun dechado
 De amistad, digo luego: esos amigos,
 Solo son dos corteses enemigos.

Luego que acabó de cantar Alcimedonte, no pudieron dexar de aplaudir Mirtilo y Silvanio, el ingenio, gusto y habilidad que habia manifestado el mismo en aquella cancion. Sobre todos su padre Leucipo rebo-saba de ufano consuelo, pareciendole, que ninguno podia llegar á igualar á su hijo. Deseó Mirtilo preguntar á Alcimedonte, si era verdad que le hubiese sucedido aquel caso,

que habia significado en la cancion , y diciendole que si , comenzaron á travar discurso sobre la amistad , persistiendo Alcimedonte en decir , que no se encontraba verdadera amistad entre los hombres.

Mirtilo defendia lo contrario , llamando la atencion de los presentes con su disputa ; de suerte , que el mayoral Montano , deseoso de que Leucipo , y su hijo Alcimedonte oyesen á su zagal Mirtilo dixo á este , que seria mucho mejor que convirtiese en argumento de una cancion aquella misma disputa. No necesitó de mas Mirtilo , para pedirle el plectro á Alcimedonte , y recibido de él , lo comenzó á puntear , con que tenia en gran suspension los ánimos de los presentes , deseosos de saber lo que diria en contrario de lo que habia cantado el hijo de Leucipo. Luego dixo asi :

C A N C I O N.

No es tan rara en la tierra
 La sagrada amistad ; y si engañado
 Le mueve nueva guerra
 Tu plectro , Alcimedonte , derribado
 No se verá por eso
 Su simulacro , no formado en hieso.

Ni tampoco es el cielo,
Donde fuiste á buscarla , su alto asiento ;
Pues jamas dexó el suelo ;
Ni voló con Astrea al firmamento.
Mas tiene su morada
En los honestos pechos cimentada.

En ellos la fomentan
La honradez , la prudencia , y el decoro.
Y si todos no cuentan
Poseer á su grado tal tesoro ;
Tampoco meten todos
Su mano en la riqueza hasta los codos.
Ni porque á traiciones
Sujetos van los mismos soberanos ,
En las adoraciones
Que les dan desleales cortesanos ,
Del todo destruida
Es la fidelidad en esta vida.

Pues de una y otra exemplos
Admiré por mi mismo , que obtuvieran
Esclarecidos templos
De la pasada edad , donde se vieran
Todas dos veneradas
De tu dolor , y quejas extremadas.

Aquel que tan vilmente
Violó tu amistad y confianza ,
No es el solo imprudente

Que yerra, y que destruye la esperanza,
Que abrigaba tu pecho,
De dar á la amistad Augusto techo.

En quejas semejantes
Oirás prorumpir á otros amigos,
De amigos inconstantes,
Que despues se les muestran enemigos;
Pues la amistad rompida,
Suele verse en gran odio convertida.

Mas todos no se quejan
De iguales traiciones, é inconstancia;
Porque no todos dexan
Vacilar en sus pechos la constancia
Establecida en ellos,
Grabando la amistad sus sacros sellos.

Antes bien como roca
Suele ser, que aunque herida, no se mueve
Del rayo que la toca.
Ni aquesta imágen la amistad la debe
A Pilades, ni á Orestes,
Aunque por fabulosos los denuestes.

Testigo fué Agrigento
Que en Pithia, ni en Damón no vió mudanza,
A vista del tormento,
En que Damón sostuvo la fianza,
Hecha por Pithia ausente;
Quando aparece Pithia de repente.

Pithia está aquí , decia ;
Aqui teneis á Pithia el condenado.
Y gritando pedia ,
Que su amigo Damón fuese apartado
De la inminente muerte ,
Con que él quiso exímirlo de tal suerte.

Asombrado el tirano,
De porfia tan noble y tan constante ,
De cruel, en humano
Mudase de repente ; y al instante
Pide reconocido ,
En tan fiel amistad ser admitido.

Pero á tan alto grado
No llegan , ni aun las almas mas unidas.
Vive pues engañado
El que piensa , le son tambien debidas
Tales demostraciones ,
Que no todos son Pithias , ni Damones.

No tampoco por eso
Son todos ni Cloreos , ni Vellidos.
La amistad pide seso ,
Ni osa llegar á extremos tan subidos.
Loco por cierto fuera ,
Quien ser un otro Orestes pretendiera.
Quien á lo sumo aspira
De la amistad , á engaño anda sujeto.
¿ Quién en ello se mira ?

Ni tampoco se pide lo perfeto
A los pechos mortales,
Compitiendo á los solos celestiales.

El mismo que se queja
De la rota amistad, talvez ha sido
Causa, porque lo dexa
El que tambien se queja resentido.
La aborrecida culpa
En corazon ageno se disculpa.

Se soporten conviene
Los que vivir pretenden muy unidos.
Defecto que proviene
De sola indiscrecion, ó de descuidos,
Lejos de traiciones,
No debe desunir dos corazones.

De un traidor supo Augusto
Ganarse un fiel, y apasionado amigo.
Otros por un disgusto
Quieren ganarse luego un enemigo.
La amistad de la tierra,
Por propio displacer, no se destierra.

Sorprehendido quedó Alcimedonte de la
cancion de Mirtilo; mucho mas teniendo al-
gun concepto de su habilidad, y no esperando
que aquel zagal diese tales pruebas de su ta-
lento y saber, especialmente en argumento
forzado, con que se atrevió á contradecirle,

haciendolo de modo , que casi llegó á persuadir su ánimo con la sencilla fuerza de su elegante canto. Montano quedó tan hueco , y tan satisfecho , quanto Leucipo encogido , echando de ver las no esperadas ventajas , que llevaba Mirtilo á su hijo Alcimedonte , especialmente en la dulzura de su voz , y en la destreza de tañer.

Mas como la sorpresa y admiracion , que causó á todos Mirtilo , avivase en ellos los deseos de oir al otro zagal de Montano , que era Silvanio , le rogaron , quisiese decir tambien con el canto su sentimiento sobre la amistad. Escusóse Silvanio , diciendo , que asi Alcimedonte , como Mirtilo habian dexado exhausta la materia , á lo menos para su corto ingenio , que poco ó nada podria prestarle para otra nueva cancion sobre el mismo argumento , aunque su sentimiento sobre la amistad era diverso del de Alcimedonte , y del de Mirtilo , ó no enteramente el mismo.

Tantas mayores ganas excitó con esto Silvanio en los presentes de oir su diferente parecer. Habiendose rendido á las instancias que todos á una le hicieron , tomó , aunque no de muy buena gana , el plectro ; y despues de haber sacado de él diversos sonidos , como

si fuese buscando en ellos materia para su cancion, comenzó finalmente á decir así, pres- tandole todos mucha atencion.

C A N C I O N.

Presta, Musa, á mi pecho
Nuevo vigor, y rige este mi canto,
Por el aspero estrecho
De la amistad, que tanto
Detesta Alcimedonte,
Y Mirtilo encarece.
La senda de tal monte
No es facil; mas tampoco no florece.

Cada cosa sus grados
Tiene en la tierra que el mortal habita.
Todos se ven tomados,
Y en ellos acredita
Cada qual su talento.
Mas el que llega, es raro
Al mas sublime asiento,
Que á la amistad sincéra yo comparo.

Ni llamar suelo amigos
A los que lo son solo en medianía.
Ni urbanos enemigos,
Los que con cortesía,
Teñida en confianza,

Se tratan avenidos ;
Pues esto les alcanza
Solo nombre de atentos conocidos.

Todos llamanse á una
Amigos de barato , y por costumbre.
Tienese por fortuna ,
Entre la muchedumbre ,
El merecer tal nombre.
Mas llegando á la prueba ,
Hombre se muestra el hombre ,
Aunque costarle poco en serlo , deba.

De la amistad maldigo ,
Si debe mantenerla el sufrimiento.
¿ Con ello , qué consigo ,
Sino es desabrimiento ,
Disgustos , y amargura ,
De aquel de quien debiera
Solo esperar dulzura ?
Tal amistad la llamo de visera.

Pues en continuo choque
Mantener debo mi paciente afecto ,
Aunque me lo disloque
El error indiscreto ,
O el genio extravagante
Del amigo importuno.
Quien quiera pues , lo aguante.
Vivo mejor mil veces sin ninguno.

Llevar la semejanza
La amistad suele del amor mas puro.
Sin mutua confianza ,
Sin afecto seguro ,
Tierno , correspondido ,
Toda amistad qualquiera ,
Todo amor pretendido ,
En fria indiferencia degenera.

El interés cimenta
Los humanos afectos y pasiones.
En él hallan su cuenta
Todos los corazones
De amigos , y de amantes.
Por él se ven unidos ;
Por él se ven constantes ,
E inconstantes tambien , y desunidos.

Ni estas alteraciones
Se deben extrañar. Siempre son tales ,
Y como las sazones ,
Se mudan los mortales.
El interés se altera ,
Si se alteran sus fines.
Nadan de esta manera ,
Segun los mueve el tiempo , los delfines.

Pocos á la pureza
Llegan del interés , que tambien tiene ,
En sus miras nobleza.

Aquesta le conviene
 A la amistad mas pura ;
 Pero pocos la tienen :
 Por esto poco dura ;
 Por lo mismo los mas se desavienen.

¿Sin la correspondencia ,

Qué es el amor? ¿Qué es la amistad? Un trato
 De mera conveniencia ,
 Que se dá de barato ,
 Y que qualquiera alcanza.
 No hay amistad sin ella ,
 Como sin semejanza
 De condicion , tampoco sin querella.

Generoso ser puede

Con el amigo que un pesar le ha dado ;
 O el amigo que cede
 A un otro porfiado ,
 Podrá llamar amigo
 Al mismo , sin embargo
 Yo no lo contradigo ;
 Mas amigo no quiero con tal cargo.

A muchos poner veo

En la amistad su singular ventura.
 Y despues que entreveo
 Del hombre la natura ,
 Llámola gran tesoro.
 Mas todo lo que luce ,

Comunmente no es oro ,
Ni compro yo por tal lo que reluce.

Pero echar quiero el velo ,
Y borrar , sí lo puedo , estas verdades.

Asi me valga el cielo ,
Como á las amistades

Defraudar no pretendo
La opinion merecida :

De la opinion entiendo ,
Que segun ellas son , les es debida.

Mucho mas , que á mí mismo
Amaré yo al amigo , si lo encüentro ;

Por él del hondo abismo
Me meteré en el centro ;

Y por él de la suerte
Sufriré la mudanza ;

Ni de la misma muerte
Encarar temeré la ardiente lanza.

¡ O amistad ! que venero ,
Presentamelo tú. O si en Mirtilo ,

Me ofreces el primero ;
Con él en alto estilo ,

Aunque humildes pastores ,
Subir al firmamento ,

Harémos tus loores ,
En alas del mas tierno sentimiento.

Agradó sobremanera á todos esta cancion

de Silvanio, y mucho mas que la de Alcimedonte, y la de Mirtilo, por lo mismo que su estilo era mas pópular, y mas conformes sus sentimientos, á los que la aplaudian. El mismo Alcimedonte le envidiaba á Silvanio la facilidad escogida del ritmo, y su animada sencillez y elegancia, con que se grangeó Silvanio su aficion, y concepto, como tambien Mirtilo; de modo que resolvió hacerlos quedar otro dia en su casa, para tener la complacencia de oirlos cantar otras canciones, y de cantar con ellos.

Resonaba entretanto el zaguan, no solo con las alabanzas debidas á los tres cantores, sino tambien con las voces de las vecinas aldeanas, que avisadas por Leucipo de la llegada de los zagales, acudieron á baylar; á que se ofrecieron luego que cesaron los parabienes dados á los cantores. Vinieron ellas con sus amantes, ó con sus parientes; y no habiendo entre estos ninguno que se atreviese á acompañar el bayle con su canto en cotejo de aquellos que tan elegantemente acababan de cantar, quedó este cargo á Mirtilo, á Silvanio, y á Alcimedonte, que admitieron ellos de buena gana; y tomados los instrumentos, dieron principio al bayle, siendo el primero

Mirtilo, que lo animó con esta canción. Y

ANACREONTICA.

Zagala, no te fies
 Del modesto semblante
 De ese tu apuesto amante;
 Mas tampoco confies,
 Zagala en tu hermosura;
 Pues esta poco dura,
 Y el exterior modesto
 De amante, vase presto.

Como flor, la belleza
 Se pasa y desvanece.
 Asi desaparece
 La sumisa entereza
 De aquel, que si hoy te adora,
 Y tu piedad implora,
 Mañana, si es tu dueño,
 Te tratará con ceño.

Eres, mientras buscada,
 Adorada princesa;
 Tu reyno luego cesa,
 Luego que avasallada
 Te tenga el himeneo,
 Al ageno deseo.
 Cesan tambien los dones,

Y las adoraciones.

Tu burlada esperanza

En llanto se convierte;

Mas la mudada suerte

No sufre otra mudanza.

Mientras pues eres libre,

La fortuna te libre

De avasallarte luego

Al diosquito ciego.

Al amor decir quiero,

Que alhaga, y solicita;

Y á que le des incita,

Tu solo prendedero.

Mas guardate de hacerlo;

Porque si puede haberlo,

Lo mudará al instante,

En yugo muy pesante.

Dexa pues adorarte

Del importuno llanto,

Del sumiso quebranto

De aquel, que con tal arte

Espera merecerte.

Tú salta, y te divierte;

Opon al llanto risa,

Y con desden lo pisa.

¡Mas ay! que el viento lleva

Mis discretos consejos;

Y los rechaza lejos
Tu amor, que los reprueba;
Y ries entretanto,
No del ageno llanto,
Mas sí de mis verdades,
Que juzgas necedades.

Asi el amor te engaña,
Poniendo nuevo cebo
Al pecho del mancebo,
Que en lágrimas lo baña,
Y de ellas hace alarde.
Pero será ya tarde,
Quando haga fé tu llanto,
A mi adivino canto.

Cesó el primer bayle con la cesada cancion de Mirtilo, que fué recibida generalmente con quejas y reproches de los zagales que baylaban; por quanto en vez de tomar un argumento todo amoroso, y propio de aquel divertimiento, les habia cantado una cancion moral. Estas quejas no eran tan serias que no diesen motivo á Mirtilo de reir, y de complacerse, por haber dado aquella leccion á las zagalas. Ni era tampoco la misma cancion tan moral, que diese verdadero pesar á los ánimos de los amantes, que se quejaban en tono de chiste.

Esto sirvió de desahogo mientras descansaban , en vez del nectar que no habia , y que echaban menos Mirtilo y Silvanio , que probaron el de Aliso. Sirvieron tambien las quejas de los amantes de aviso á Silvanio para que les cantase otra cancion mas alegre , y enteramente opuesta á la de Mirtilo ; y que fomentase al mismo tiempo los amorosos y honestos sentimientos , como se lo rogaron. Estando pues para comenzar el segundo bayle , cantó Silvanio asi :

ANACREONTICA.

Tres cupidillos bellos
 Labran un corpiño ,
 De muy gracioso aliño ,
 Teniendo sus cabellos
 Caidos por la frente :
 Tan atentos estaban
 A lo que trabajaban ,
 Con ansia tan ardiente ,
 Que tomado á destajo
 Dixeras tal trabajo.

El Amor se afanaba
 Sobre ellos impaciente ,
 En darles priesa , y mente ,

Apoyando á su aljaba
El brazo desarmado,
Y de pies les decia,
Que el corpiño debía
Servir , luego acabado ,
Para la hermosa Filis ,
Prometida á Basilis.

Que ceñido de flores
El altar ya tenia ,
Donde Filis debía
Prometer mil amores
A Basilis su amante ,
Tierno y apasionado ,
Rico en mies y en ganado ;
Y que solo el instante
Para hacerlo esperaban,
Lo que ellos trabajaban.

Ellos muy afanados
Harbaban á porfia ,
El trabajo crecia
En puntos mal pasados ,
Como hechos tan de priesa :
Quando impensadamente
Llega allí de repente ,
Y el trabajo atraviesa ,
Un cupidillo alado ,
Doliente y congojado.

El al Amor decia ,
Que Filis inconstante ,
En aquel mismo instante ,
Sus pasos dirigia
De Vesta al sacro templo ;
Do con perjuro voto ,
Su juramento roto ,
Daria mal exemplo
A las demas doncellas ,
Pues son tan bobas ellas.

Apenas esto oido ,
Qual de avispa picado ,
El Amor enojado ,
Da de pie al mal cosido
Corpiño , en su despecho.
Con él los cupidillos ,
Tratados como ovillos ,
Rodaron largo trecho.
Y él dando el ala al viento ,
Se fué , qual pensamiento.

Mas viendo ya burlada
Por Filis su esperanza ,
Quiso tomar venganza ,
Dexandole clavada
En el seno una flecha ,
Que encendió sus amores.
Filis á sus ardores

Se abrasa ; ni aprovecha
Para apagar la llama ,
El llanto que derrama.

Ni ruegos ni lamentos ,
Con que de noche y dia ,
A Vesta le pidia ,
Que apagase el tormento
Que tanto la aquejaba ;
Pues su funesta suerte
La llevaba á la muerte.

Mas nadie la escuchaba ,
Sino la muerte sola ,
Que vino , y devoróla.

Temed , pues , ó doncellas ,
A vuestra ligereza.

Pues si el Amor no empieza
A encender las centellas
Tan presto , en vuestros pechos ,
Lo hará sin duda luego ;
Sin que contra su fuego
Aprovechen pertrechos.
El solo á las rendidas
Endulza las heridas.

Quanto fué desaprobada de los bayladores
la cancion de Mirtilo , tanto mayores alaban-
zas dieron á la de Silvanio ; pero Alcimedon-
te , que estaba impaciente por cantar tam-

bien la suya , hizo interrumpir las alabanzas, comenzando á provocar con el son avivado de su rabel á las parejas, sin darles apenas tiempo de descanso. No deseando tampoco tomarlo las zagalas , parearonse inmediatamente , y se prosiguió el bayle , cantando Alcimedonte esta cancion :

ANACREONTICA.

Mientras arde en las venas
 El juvenil aliento,
 De amor dulce fomento,
 Podeis hollar las penas,
 Si os acometen ellas;
 Pues pierden su pujanza,
 O graciosas doncellas,
 Al eco de la danza.
 Saltad pues á porfia,
 Y avivad el contento,
 Con el vivo concento,
 Que ánima á la alegría;
 Ya que el Amor ha dado,
 Contra todos pesares,
 Por remedio extremado,
 La danza , y los cantares.
 El armonioso paso

Vuestras gracias aviva ;
 Y la hermosura esquivá,
 Cobra donayre acaso,
 Del salto lisonjero.
 Toda la gentileza
 De vuestro pie hechicero ,
 Brilla en su ligereza.

 Hora los modos graves
 Sigais de la armonía ,
 Con noble bizzarria ;
 Hora ya los suaves
 Con vuestra veloz planta,
 Toma vuestra presencia
 Donosura que encanta ,
 Y prenda á competencia.

 Otras públicas fiestas
 El dulce amor no tiene.
 En estas os conviene
 Hacer alarde , en estas
 Explayar el donayre
 Del talle , y apostura ,
 Que dan resalte , y ayre
 Mayor á la hermosura.

 En estas permitido
 Os es travar las manos.

.....

 Quando Alcimedonte llegó á cantar has-

ta aqui , rompe su cancion y sonido , é interrumpe de repente el bayle , un trágico , é impensado suceso , que trocó aquel alegre divertimento en tétrica consternacion , y el gozo y contento , en llantos y lamentos. Como se habia esparcido en la vecina aldea la noticia del bayle que se hacia en casa de Leucipo , y de los diestros cantores que habian venido , acudia á ella mucha gente , y se iba allegando mucha mas despues que comenzaron á bailar.

Entre los pastores que llegaron , fué un mozo llamado Algino , hijo de un rico labrador , que galanteaba á una hermosa doncella llamada Cretéa. Habia pasado entre ellos palabra de casamiento , sin embargo de que Algino vivia con zelosas sospechas de que Cretéa estuviese apasionada por otro mozo llamado Piráno. No carecian de fundamento los recelos de Algino , por mas que Cretéa lo negase , pues habiala sorprendido dos veces hablando con él de noche , aunque desde la ventana.

No faltaban á Cretéa pretextos y razones para deslumbrar los zelos de su amante Algino , que á pesar de ellos no podia inducirse á echar de su pecho el ardiente amor que habia concebido á la hermosura de Cretéa. Antes bien persistia en amarla con violenta pa-

sion, avasallado como estaba de sus graciosos atractivos. Estos, animados de sus ingeniosas excusas, y sostenidos de nuevas demostraciones del cariño de la doncella, volvian á sosegar enteramente las sospechas de Algino siempre que le volvian á nacer, y encendian de nuevo la llama de su funesta pasion.

Asi vivia tiranizado de su amor el infeliz mancebo, fomentando un gran odio contra su supuesto rival, por lo mismo que éste le aventajaba en todas las prendas exteriores, que hicieran á Piráno un émulo terrible, y preferible en todo al infeliz Algino, si aquel fuera tan rico quanto éste lo era.

No ignoraba el mismo Algino, que la preferencia que habia merecido de Cretéa, á lo menos aparentemente en cotejo de Piráno, la debia solamente á sus mayores haberes; mas como esta persuasion perdia su fuerza con los alhagos y cariñosas expresiones de Cretéa, cobraba su entero vigor el propio concepto, y avivaba el odio y el menosprecio contra Piráno, hasta que su mala ventura, ó su loca pasion, lo llevó á casa de Leucipo, para interrumpir el bayle con la atroz tragedia que allí dió.

Porque luego que supo que habia bayle

en aquella casa , fué inmediatamente á la de su amada Cretéa , para darla el aviso , y para ir á baylar con ella. No la encontró en su casa por haber ido antes Cretéa con sus padres á la de Leucipo , de quien eran algo parientes , y que por lo mismo los habia convidado expresamente , para que fuesen á la fiesta.

Encontradose allí casualmente Piráno quando comenzó el bayle , y hallandose Cretéa sin compañero para baylar , se ofreció Piráno á baylar con ella , y ella aceptó inmediatamente su ofrecimiento , así por las ansias que tenia de baylar , en que presumia ser diestra , como porque la publicidad del divertimiento podia escusar el baylar con Piráno , y encubrir la inclinacion que le tenia , aun á los ojos del mismo Algino , en caso que éste llegase , como sucedió ; pues no habiendo encontrado á Cretéa en su casa , é informado en ella que habia ido con sus padres á la de Leucipo , volvió allá , azorado de sus deseos , y de la curiosidad de ver con quien baylaba Cretéa.

Por el camino se encontró desgraciadamente con otro mozo amigo suyo , que venia de casa de Leucipo , y que sabiendo sus amores y zelos , le dixo en tono de chiste amiga-

ble , aunque indiscretamente : que fuese allá , y que veria con que gusto y garbo baylaba Cretéa con Piráno.

Una mina no se enciende , ni rebienta con tan grande violencia , quanto el enojo y rabia ardieron en el pecho de Algino. Su furiosa pasion , cegada con el ímpetu del violento rencor y odio contra la desgraciada Cretéa , lo incita é impele á ir á vengarse de su descarada perfidia , corriendo como azorado tigre , y poniendo su vengativo pensamiento en el puñal que llevaba , resuelto á servirse de él , en caso que viese verificado lo que le acababa de decir su amigo.

Llevado así de su furiosa pasion , llega á casa de Leucipo ; busca con los ojos encendidos de rabia al objeto que deseaba , á la desventurada Cretéa , que caracoleando , y revolviendose con ligero donayre , y haciendo mil lindezas en pareja con Piráno , estaba bien agena de pensar que en aquella solemne fiesta , delante de tanta gente , y en aquel mismo instante , le amenazase la muerte por mano de su mismo amante Algino. Este á tal vista , arrebatado de su furor , acomete á Cretéa con encendida presteza , y le clava el puñal en su hermoso seno , de donde lo sacó teñido , y hu-

meando con la inocente sangre, para abrirse con él el paso á la fuga.

La infeliz Cretéa, herida repentinamente de aquel golpe mortal, cae en el suelo casi sin vida, acrecentando la sangre que la brotaba de la herida, el horror, el pasmo, y la consternacion de todos los presentes, que enagenados y aturcidos de aquella increíble tragedia, acudieron sin embargo, á remediar á la caída y moribunda doncella. Resonaba el zagan de los llantos y lamentos, especialmente de los padres y deudos de la desdichada victima, que de allí á poco espiró entre los brazos de su inconsolable madre, que allí mismo en el suelo, junto á ella, é inclinada hácia el cadaver, parecia quererle infundir con sus ardientes quejas y voces la vida, que acabó de perder con la vertida sangre.

Su muerte, haciendo vanos todos los esmeros en remediarla, encendió y exâsperó inmediatamente los ánimos de sus deudos, y del mismo Piráno, contra el cruel y bárbaro matador, yendo todos en busca de él, para vengar en su sangre la muerte de Cretéa. Montano, Mirtilo y Silvanio, no menos consternados que los demas, rogaron al inconsolable Leucipo, y á su hijo Alcimedonte, que

les permitiesen apartar su vista de aquel horrible espectáculo , retirandose á la majada. Executaronlo luego con gran dolor de todos tres , sumamente compadecidos de la desventura de Cretéa.

Consternados como estaban , y oprimidos sus corazones de la memoria de aquel funesto caso , no pudieron cerrar los ojos al sueño en toda la noche , pasandola desvelados , tratando entre sí de las especies que á cada qual le sugeria aquella lamentable tragedia , y resolviendo partir inmediatamente al siguiente dia.

Comenzaba ya á despuntar el alba en el oriente , quando levantados todos tres , disponiendose para partir , vieron comparecer al afligido Alcimedonte , que deseando detenerlos aquel dia , venia á rogarselo ; diciendoles que podrian acompañar al túmulo el cadaver de la malhadada Cretéa , y aliviar el ánimo de su padre Leucipo , en cuyo nombre les hacia aquella súplica.

No pudo negarse Montano á los ruegos y al llanto de Alcimedonte ; con él se encaminaron de nuevo hácia la casa de Leucipo , donde se hallaba ya amortajado el cadaver de Cretéa. Sus infelices padres habian

desaparecido. Toda la casa respiraba el duelo y horror de aquel fatal accidente. Llegaron luego los que habian de acompañar el cadaver procesionalmente á un sitio destinado por los padres de la misma Cretéa, que era un bosque que les pertenecia, vecino á la aldea, donde quisieron tener depositadas las cenizas de su hija.

Distribuyeronse entre todos los que habian de acompañar el féretro, coronas y ramos de ciprés. Montano, Mirtilo, Silvanio y Alcimedonte debian llevar en sus hombros el féretro, y cantar las exêquias á la difunta antes de enterrarla. Llevaban á este fin sus rabeles y cítaras pendientes del cuello con cintas negras, con que quiso hacer adornar los instrumentos Alcimedonte.

Luego que alzaron el féretro, comenzó á desfilar la comitiva, que era numerosa, hácia el bosque determinado. Donde hechas las acostumbradas ceremonias á la difunta, bajo la sombra de algunas encinas, que ofrecian un sitio muy á propósito para el túmulo, mientras se le abria la huesa, los cantores echaron mano de sus instrumentos, y de pies como estaban, comenzaron á tañer y á cantar sucesivamente las endechas siguientes.

E N D E C H A S.

MIRTILLO.

No pueden los mortales
Evitar en la tierra aquella suerte
Que les es destinada ;
Ni precaver la muerte ,
Ni los funestos males
Que asaltan á su vida desdichada.
¡Cretéa malograda!
Tu desventura graba en nuestra mente
Esta verdad funesta ,
Que en nuestro pecho aviva el sentimiento
Al ánimo doliente.
Bien te lo manifiesta
Nuestro llanto, aunque en vano, y el lamento
Con que invocamos á tu triste sombra ,
Baxo de aquesta sombra ,
Que ha de cubrir en esta sepultura
A los yertos despojos
De tus perdidas gracias y hermosura ;
A quienes solo pueden nuestros ojos
Dar tributo de llanto ,
Y el pobre don de nuestro flebil canto.

SILVANO.

¿Quién preverlo pudiera ,
 Que en sus amables creces de belleza ,
 Quando mas relucia
 El alba , anoheciera ,
 Que al suelo y al amor amanecia ?
 ¿Que en medio á la alegría
 La suerte armase el brazo de su amante ,
 Y como airada fiera
 A la infeliz Cretéa acometiese ;
 Y en su seno constante ,
 El cuchillo pusiera ,
 Y en su virginal sangre lo tiñese ?
 Todo el horror de tan atroz despecho ,
 Enagena en mi pecho
 Al ánimo asombrado , que no dexa
 Sino lugar al duelo ,
 A profundos suspiros , y á la queja ,
 Que agrava mucho mas el desconsuelo
 De quien por don postrero
 Solo dar puede canto lastimero.

ALCIMEDONTE.

¡Dioses! ¿Es devanco
 De mi atónita mente lo que pasa ?
 ¿O bien un sueño vano ?
 ¡Ah! que no se propasa
 Mi dolor , pues que veo ,

A pesâr de mi llanto, el inhumano,
El bárbaro y profano
Efecto del cuchillo, que ha cortado
Esa florida planta,
Que la vista hechizaba, y que ornamento
Era del fértil prado,
Donde ya no levanta
Su hermosa cabellera y cõpa al viento.
Antes bien destroncada cayó al suelo;
Ni queda ya consuelo,
Para quien con dolor la ve caida;
Y toda su belleza,
Y su graciosa pompa, convertida
En horror, que acrecienta la tristeza
De mi aquejada mente,
Que desharáse en llanto eternamente.

MIRTILO.

¿Quién no se prometiera,
En fuerza del debido sentimiento
Y compasivo llanto,
Devolverle el aliento
Vital, si concediera
El destino llegar el triste cantõ
Al reyno del espanto,
Como otro tiempo Orfeo condolidõ,
En busca de su esposa,
Pudo implorar los dioses infernales?

Pues aunque á eterno olvido
 Eche Pluton , de miseros mortales
 La suerte lastimosa ,
 De la tuya , ó Cretéa , se apiadára
 Si yo se la contara.
 Pues en la flor de tu hermosura y vida ,
 Fuiste barbaramente
 A una funesta muerte conducida,
 Víctima del amor mas inclemente ;
 Por quien la tierra y cielo
 Muestran acompañar á nuestro duelo.

SILVANO.

De velo tenebroso
 Cubrió la triste luna su semblante ;
 Y renovó la pena
 Con horror semejante
 Al que en su luminoso
 Rostro el sol expresó , en la cruel cena ,
 De atrocidades llena ,
 Con que retroceder lo hizo pasmado
 La mesa de Tiestes.
 Hacerse ví á la noche mas oscura ;
 Y en el techo asombrado
 De terror y amargura ,
 Gimieron los penates , que contestes
 Fueron , Cretéa , de tu aciaga muerte.
 Tu misma cruel suerte ,

Apiadarse parece arrepentida,
Aunque movió la mano
De tu bárbaro amante. Ella la vida
Quisiera devolverte, mas en vano;
Y su arrepentimiento
Le sirve tarde, de mayor tormento.

ALCIMEDONTE.

Sola tampoco ha dado
La noche y suerte indicio manifiesto
De su gravoso duelo,
Con llanto derramado,
Por caso tan funesto.
Mostróse entristecida el alba al suelo,
Y de su desconsuelo
Diónos clara señal ya amanecida,
Cubriendo sus albores
De triste amarillez. En su dechado,
Sostener afligida
No pudo, sus pasmados resplandores,
Viendolo yerto, el seno ensangrentado,
Y en él la herida por el hierro abierta;
De palidez cubierta
Su faz antes tan bella, y de sus ojos
Helada la viveza.
Y al ver ella á la muerte, de despojos
Tan ricos ir cargada con fiereza,
En tenebroso manto

Metió su frente, y prorrumpió en gran llantô.

MIRTILO.

Ni el alba solamente
 Con la noche la llora. El mismo dia
 Su luz entristecida
 Del féretro desvia,
 Desde su mismo oriente;
 Despues que en él reconoció sin vida,
 En su sangre teñida
 A la infeliz Cretéa, por quien antes
 Apresurar solia
 Al suelo su venida, revistiendo
 De luces radiantes
 El campo, en que seguia
 Las huellas de sus gracias; concibiendo
 En su pecho, por ella, los ardores
 Que otra vez los amores
 Le avivaron de Clicia. Mas ahora
 Apasionado y triste
 Estos campos no dora;
 Antes bien de tristeza los reviste,
 Y el dolor que concibe
 El monte con el llanto lo percibe.

SILVANO.

Ved como sus verdores
 Manifiestan el duelo concebido;
 Oid de esa corriente

El lamentable ruido.
Hasta las mismas flores
Torcer parecen su agravada frente,
Con ademan doliente,
Hacia el arroyo, que con lento paso,
No como antes corria,
Se encamina con flebil mormurio.
De tan funesto caso,
¿Quién no se dolería?
Las mismas aves vienen de alvedrio,
A unir sus tristes trenos, y concento,
A nuestro sentimiento;
Y parecen decir: Cretéa ha muerto
A manos de su amante.
Ved su cadaver yerto,
Y presa de la muerte su semblante,
Que antes nos parecia,
En la alborada, el precursor del dia.

ALCIMEDONTE.

¡ Clarísimo lucero
De estas selvas y campos, que apagado
Por tu cruel destino,
Has el suelo dexado
En llanto lastimero;
Puedas hollar el celestial camino;
Y en el seno divino
Para siempre ceñir tu hermosa frente,

De vivos resplandores !
Nosotros afligidos entretanto ,
Con acento doliente ,
Decimos tus loores ,
Acompañados de piadoso llanto ,
Y á la tierra rogamos , ó Cretéa ,
Que grave no te sea ,
Y que produzca flores , que al asiento
De tus restos mortales ,
Le sirvan de ornamento ;
Y tambien de memorias sepulcrales ;
Leyendo el que las coja ,
Tu nombre escrito en sangre en cada hoja.

Acabado este canto , depositaron el cadaver de Cretéa en la huesa que acababan de abrir los que habian acompañado el entierro. Despues que le renovaron con llanto los últimos adioses , le formaron el túmulo que cubrieron de grama. Hecho esto se volvieron todos á la aldea. Solo Alcimedonte , no satisfecho de las cantadas endechas , rogó á Mirtilo , y á Silvanio , quisiesen quedar allí un poco con él para cantar una Egloga en honor de la difunta.

No supieron ellos negarse á los ruegos de Alcimedonte , y se sentaron todos tres con Montano al pie del túmulo , para comenzar la

Egloga. Mas apenas comenzaron á sonar sus rabeles , comparece de repente un pastor por entre las vecinas encinas , que se llegaba hácia ellos con paso acelerado , alargando los brazos hácia el túmulo. Llevaba tendidos por el rostro sus cabellos , y todo él venia teñido de sangre.

Asustaronse todos á tal vista ; pero creció su pasmo y consternacion , luego que echaron de ver que tenia clavado en su pecho desnudo un cuchillo , y que gimiendo decia : ¡ ah ! yo la maté. ¡ Bárbaro de mí ! Ese es su túmulo. Ese lo será tambien del cruel y desventurado Algino. Era de hecho el mismo Algino el que esto decia. Alcimedonte , que no lo pudo conocer antes por estar tan desfigurado , lo reconoció entonces al oír que se nombraba , quando ya cerca del túmulo iba á precipitarse sobre él.

Levantanse entonces todos horrorizados , y acuden á socorrerlo , haciendoles olvidar su herida , y la mucha sangre que vertia , la cometida atrocidad con Cretéa. Llegandose á él Alcimedonte , le dixo : ¡ O infeliz Algino ! ¿ qué hiciste ? ¿ quién pudo inducir tu honrado pecho á cometer una accion tan bárbara , y tan detestable ? El impio amor , le respon-

de Algino, tendido como estaba ya de lado sobre el túmulo, y abrazado con él.

¡Ah! bien haces de preguntarlo, Alcimedonte, prosiguió á decir Algino, porque ¿quién hubiera podido creer que me induxese el amor á cometer tan fea y horrible barbaridad, sacrificando con mis propias manos á la misma á quien adoraba? A tí, ó desventurada Cretéa; á tí, que me tenias el corazón y el alma; que eras espejo de hermosura, hora cadaver yerto, é insensible. Insensible á esta escasa satisfaccion que vengo á darte, aunque con toda mi sangre y vida. Nemesis, ¡ah! Nemesis nos tenia destinada la union de solos nuestros cadaveres, en vez de aquella, ¡o muy infeliz de mí! que me prometia el himeneo.

¡O Alcimedonte! el atroz dolor que siguió á mi bárbaro delito, es el que acaba conmigo. Antes pues que la herida. . . ¡Cielos! yo muero. . . apiadate de Algino. . . une sus huesos á los de su adorada Cretéa. . . O victima infeliz del mas abominable amante. . . recibe mi alma arrepentida, y sea. . . ¡ah! Sin poder acabar espiró el desventurado Algino, despues de haber arrancado el cuchillo del pecho.

Mientras decia esto Algino , Montano , Mirtilo y Silvanio , iban por el bosque en busca de algunas yerbas para remediarle la herida. Mas él espiró al tiempo que llegaban, haciendo vanos sus esmeros. Alcimedonte , que estuvo allí presente á su aciaga muerte , aunque aterrecido de horror y de pasmo , inmediatamente que espiró fué á dar voces á los que habian acompañado el cadaver de Cretéa , y que se volvian á la aldea.

Aunque estaban ya algo distantes del bosque , como oyesen las voces que Alcimedonte les daba , y conociesen por sus repetidas y extraordinarias señas que habia alguna novedad , acudieron inmediatamente , curiosos de saber lo que era. Alcimedonte les cuenta , todo asustado , la venida de Algino al túmulo , y su muerte , y el encargo que parecia haberle hecho , de que uniese su cadaver al de Cretéa.

Revestidos todos ellos del terror que les causaba la relacion de Alcimedonte , acuden con él al túmulo , donde vieron con espanto al infeliz Algino muerto , y recostado sobre el túmulo mismo. Aunque Alcimedonte les renovó el encargo de que lo enterrasen con Cretéa , no quisieron condescender en ello dos

de los deudos de Cretéa que habia entre ellos, diciendo que de ningun modo lo permitirian. Consultando entonces los otros lo que debian hacer, resolvieron dar parte de aquella nueva desgracia á los padres y parientes de Algino, que se hallaban muy solícitos por él despues de su atroz hecho, por no haberlo podido encontrar, á pesar de sus muchas diligencias.

Sabida por ellos su muerte desastrada, y la oposicion que hicieron los parientes de Cretéa á su entierro en aquel bosque, se vieron precisados á enviar por su cadaver para llevarlo á otro bosque, que formaba porcion de su hacienda, donde fué enterrado, quedando larga memoria de su funesta tragedia por aquellos contornos.

Antes que se llevasen el cadaver de Algino, volvieron con Alcimedonte, Montano, Mirtilo y Silvanio, á casa de Leucipo, sin acordarse mas de la Egloga que ivan á cantar en honor de Cretéa, por el trastorno que les causó el tragico suceso de Algino. Montano no quiso detenerse mas tiempo, á pesar de las nuevas instancias que le hicieron Leucipo y Alcimedonte, de quienes se despidió para proseguir su viage, dando Alcimedonte á

Mirtilo y á Silvanio sincéras pruebas del amor que les habia cobrado , y del concepto y estimacion que conservaria á su habilidad y talento.

Por el camino tuvieron harta materia de que tratar con las funestas muertes de Cretéa y de Algino , cuya memoria no los dexó tampoco descansar sosegadamente en la siguiente noche , que pasaron en una cañada , donde llegaron antes de ponerse el sol , la tarde en que partieron de la casa de Leucipo.

Al otro dia , despues que el sol disipó el copioso rocío que cayó por la noche , y que decia Mirtilo haber sido el llanto de la noche por la muerte de Cretéa , continuáron su viaje capitaneando el numeroso ganado , á quien parecia instruyese la naturaleza del camino que habia de hacer , como sino necesitase de sus conductores , sin manifestar cansancio en tantos dias y horas de marchas continuadas.

En la que hicieron aquella mañana , proporcionandoseles el dar con un riachuelo , cuyas riberas estaban pobladas de muchos árboles , y de abundante pasto , quiso pararse Montano ; y luego que se sentaron junto á la orilla , rogó á Mirtilo y á Silvanio que cantasen alguna cosa alegre , que pudiese disipar ente-

ramente las funestas especies de Algino y de Cretéa.

Ambos á dos complacieron á su mayoral, conviniendo antes entre sí del argumento que debian tomar para la Egloga, que cantaron mientras pacia su ganado, y fué la que se sigue.

PROFECIA DE PROTÉO

SOBRE EL CASAMIENTO

DE LOS REALES INFANTES

DON GABRIEL,

Y DOÑA MARIA ANA VICTORIA.

E G L O G A.

MIRTILO, SILVANO.

MIRTILO.

Tendido el mar en calma, parecia

Hacerse espejo al sol en su carrera.

El viento descansado no bullia.

Solo con blanda risa, á la ribera

Las olas apacibles se llegaban
A besar á la arena. Allí las focas
De Protéo , esparcidas , descansaban
Entorno de la gruta , que altas rocas
Junto al agua encerraban ; y Protéo
Dentro de ella dormia á suelto sueño ,
Sobre el alga mullida , en que Morfeo
Llegó á cargar á su fruncido ceño.
Cerca de él ocupaba su cayado
Largo trecho en el suelo ; y él supinó
Ageno de pesar y de cuidado ,
Pues de ellos no se exênta un dios **marino** ,
Henchia de sus recios resoplidos
Toda la vasta gruta. Bien sabian
Medontino , y Biton (dos atrevidos
Y amigos pastorcillos , que solian
Apacentar su corta manadilla ,
Uno de chotos , y otro de corderos ,
En los pastos vecinos á la orilla ,
Fertiles en tomillo y en romeros)
Que estaba allí Protéo , pues lo vieron
De antemano llegar ; y de contado
Uno y otro allí mismo resolvieron
Esperar se durmiese descuidado ,
Para poder asirlo de repente ,
Y hacer que les contase adivinanzas.
No ignoraban que el mismo facilmente ,

Instruido en mil cuentos , y rondallas ,
Tomar solia formas de animales ;
Y que en leon y en tigre se mudaba.
Pero tambien sabian , que las tales ,
Eran vanos espectros , que dexaba
El mismo de tomar , si antes podian
Con vastagos atarlo de retamas.
Entrambos en su busca discurrían :
Y armado cada qual de sendas ramas ,
Acercanse pasito de la cueva ,
Mordiendo la risa ; pues Acanta ,
La madre de Biton , aquesta nueva
Virtud , tener les dixo aquella planta.
Oyendo pues que el viejo dios roncaba ,
De su profundo sueño apoderado ,
Entran juntos los dos ; y qual estaba ,
Tendido boca arriba , y olvidado
De las cosas mortales , se apodera
Cada qual de sus manos con gran tiento ,
Y las fueron uniendo de manera ,
Que no dió muestra el dios de sentimiento ;
Hasta que atado ya lo despertaron ,
Asidolo teniendo de aquel lazo.
Entonces ellos mismos , que lo ataron ,
Viendo verificado su embarazo ,
Predicholes de Acanta : O dios Protéo ,
Le dixerón , perdona la osadia ,

Pues solo esta nos vino de deseo
 De oírte un lindo cuento , ó profecía.
 Esto oyendo Protéo sacudido
 Del todo su esperezo soñoliento ,
 Al verse de aquel modo sorprendido ;
 O muchachos , ¿qué haceis ? ¿Qué atrevimiento
 Es este , les decia ? desatadme.
 Mas viendo que insistian con porfia
 Sobre el cuento ; soltadme pues , soltadme ,
 El cuento os lo prometo , ó profecía ,
 Si libre me dexais. Ellos lo hicieron ,
 Y el viejo les mantuvo la promesa.
 Lo que a queste contó , y ellos lo oyeron ,
 Silvanio dilo tú , pues te interesa.

SILVANO.

Ya mueve el pie dorado ,
 Desde el empireo asiento el himeneo ,
 De rosas coronado ,
 Les decia Protéo.
 Su tea esparce claros resplandores
 Dos coronas de flores
 El lleva en la otra mano ,
 Y en las alas del viento se encamina ,
 A donde unir destina
 A dos reales pechos. Tan ufano
 Jamas al suelo vino ;
 Ni se asomó á su rostro placentero

Tan casto y vivo gozo ; ni el camino
 Del cielo , él ilustró con luz mas pura ,
 Quanto ahora , que en toda su hermosura
 Se abre el claro sendero ,
 Hácia el real asiento ,
 Para dar á la union el cumplimiento.

El ara levantada

Ostenta el Manzanares en su orilla ,
 De joyas adornada.
 Muestran su maravilla
 Las ninfas en su rostro , y atavio ;
 Y á la deidad del rio
 Forman corona entorno ,
 Esperando que lleguen los esposos ,
 Que sus pasos ansiosos
 Mueven hácia el altar con rico adorno.

El amor los precede
 En alas de oro , con pausado vuelo ;
 El sus hermosos ojos ver concede ,
 Pues velo no los cubre , echando rosas ,
 De cuyo grato olor trasciende el suelo.

Las Gracias amorosas ,
 Ceñidas de brillantes ,
 Van ostentando el gozo en sus semblantes.

Cielo y tierra sonrie

A tan dichosa union ; y la natura
 Parece que se engrie ,

Vistiendo de verdura
 El manto augusto, con que muestra al cielo
 Este nuevo consuelo,
 Que antes le era negado.
 Con él ve recobrados sus derechos
 En los reales pechos,
 A quienes unir vuela desalado,
 Vestido de cambiantes
 El sagrado himeneo, que ya llega,
 Al paso que se allegan los Infantes.
 A santo amor sus pechos ya votados,
 El confirma en su afecto, y les entregà
 Las floridas coronas. Los collados
 Devuelven el contento
 Que esparce de las ninfas el contento.

De la misma alegría
 Participan los montes mas lejanos.
 Veriais á porfia,
 Asidos de las manos,
 Los sátiros, y faunos desgreñados,
 Con saltos concertados,
 Baxar de iniestas cumbres. Las florestas
 Con sus solemnes fiestas
 Resonar á lo lejos, devolviendo
 Sus alegres cantares,
 De rustica armonia acompañados,
 Y los mismos en torno los altares,

De Gabriel y Victoria , repitiendo
 Los adorables nombres y loores.
 Los insensibles troncos , animados
 De este mismo contento , los verdores
 De sus copas agitan ,
 Y á los saltantes sátiros imitan.

Las asperas laderas
 Del Ismaro y del Rodope , pobladas
 De plantas y de fieras ,
 No ostentan , animadas
 Del orfeico canto y su harmonia ,
 Tan sublime alegría ,
 Quanta aquella que ostenta ,
 Y muestra con razon el suelo Ibero,
 Con el feliz agüero ,
 Que el sagrado himeneo le presenta
 En los dos corazones
 Que acaba de enlazar su sacra mano.
 Oyerais aplaudirlo las naciones
 Que de envidiar dexaron la nacida
 Esperanza que ofrece al suelo hispano ,
 Gloria á su augusta prole esclarecida ,
 Y de acallar con ella ,
 De la diosa Lucina la querella.

MIRTILO.

Bien debieron quedar maravillados
 Esos dos pastorcillos , quando oyeron

Por voz de aqueſe dios , profetizadòs
 Hechos , que ellos ſin duda no entendieron.

SILVANO.

Los tuvo tan ſuſpenſos é imbuídos
 El divino Protéo con ſu canto ,
 Que dexaron caer inadvertidos
 Los lazos de retama , y entretanto
 Escabullirſe él pudo de repente ,
 Sin que ellos lo advirtieſen de ſus manòs ;
 Derritiendose en ellas , como en fuente
 Suele la nieve al ſoplo de ſolanos.

MIRTILO.

Su admiracion , Silvanio , no la extraño ;
 Pues oyendò de tí las mismas cosas
 Dexò ya de pacer eſte rebaño ,
 Prefiriendo á las yerbas mas ſabrosas ,
 Oir la profecia de Protéo.
 Oíla yo tambien de otros pastores ,
 Y dicen , que explicóla Alfeſibeo ;
 Y que como adivino , en los loores
 Se ſolia extender de eſos Infantes ,
 Que con el tiempo Eſpaña admiraria ,
 Diciendolos en versos elegantes ,
 Al ſon de ſu zampoña.

SILVANO.

¿ Y qué decia ?
 Pues eſo no lo oí.

MIRTILO.

Muy altas cosas ,
 Con que manifestaba que su mente ,
 Lo futuro , con voces misteriosas ,
 Leía de los años en la frente.
 De la real esposa celebraba
 El candor , la virtud , y dulce genio ,
 Que infundirle en su gremio se esmeraba
 La ilustre Lusitania. El claro ingenio
 Del esposo ensalzaba , á quien nacido ,
 Crió Minerva en su glorioso seno ;
 Por Apolo , y las Musas instruido.
 Que él á mucho tendria en el ameno
 Valle del Pindo , y en su verde falda ,
 Hacer oír el son de su concento ,
 Y llevar en su frente la guirnalda ,
 Por Clio entretexida á su talento.
 Que hermanado tambien á otros pastores ,
 Con sabia humanidad se prestaria ,
 Desde el real asiento , á los honores
 Con que en deuda la historia le estaria.

SILVANIO.

¡ Cosa extraña , Mirtilo , en este suelo ,
 Y ser testigo de ella yo quisiera !
 No en vano se predixo el gran consuelo
 Que España ha de probar. En la ribera
 Del claro Manzanares , este gozo

Podrán desahogar con sus canciones,
 Venideros pastores. Su alborozo
 Grande deberá ser. Y si los sonos
 De nuestros caramillos, la ventura
 Tuvieran de llegar á ser oídos
 De ese tiempo feliz; de su natura,
 Aunque humildes y toscos ellos sean,
 Los vieras aspirar con el contento,
 A concentos sublimes, que desean
 Ir en alas de fuego al firmamento.

MIRTILO.

¿Quién sabe lo que el tiempo nos reserva?
 Yo jamas de las cosas desespero.
 Tal vez para eso mismo nos conserva.

SILVANO.

Si así fuera, Mirtilo, ese cordero
 Remendado, que un año entero cuenta,
 A Pales yo prometo degollarlo.

MIRTILO.

Tendré de ello, Silvanio, cabal cuenta,
 Quiera la diosa Pales aceptarlo.

Fué tan grande el gusto que tuvo Montano de oír esta Egloga de sus zagales, que al cordero que habian ellos prometido á la Diosa Pales, les dixo que añadiría otros dos para que fuese mas solemne el sacrificio. Satisfechos Mirtilo y Silvanio de la complacencia y

liberalidad de su mayoral , quisieron manifestarle su agradecimiento cantandole otra Egloga. Mas apenas habia comenzado Mirtilo á decir los primeros versos , compareció una muger anciana , y cubierta de arapos , que con llanto rogaba á los pastores quisiesen apiadarse de ella y de su marido , que dexaba moribundo en una cueva poco distante de allí.

Compadecidos quisieron socorrerla , é ir con ella para remediar á su marido ; pero temiendo desviarse sobrado , se excusaron de ayudarla de otro modo que del que podian , ofreciendole leche y harina , que pudiesen servir de alimento á su marido. Instó ella diciendo , que la cueva estaba á corto trecho del camino que habian de hacer aquella tarde , y que el viejo no necesitaba de comestibles , sino de satisfacer á los deseos que tenia antes de morir , de verse con una persona , qualquiera que fuese.

Mirtilo , oido esto , se determina á acompañarla , y lo executa con beneplácito de Montano. Por el camino le decia la vieja que ella se llamaba Peribéa , y su marido Endemio , y el desgraciado motivo que tuvo el mismo para retirarse á aquella soledad , lejos del trato y comercio de los hombres. El modo como

habian vivido por muchos años en aquella cueva, y algunos casos que les habian pasado, asi con personas que llegaron casualmente á recogerse en su gruta, como con las fieras.

Especialmente le contaba de una cierva que hacia algunos años que vivia con ellos en la misma cueva, donde habia parido y criado sus tiernos cervatillos, y que aun entonces continuaba en estar con ellos. Movidó de esta relacion hubiera Mirtilo apresurado el paso, para satisfacer los deseos que le excitaba la vieja con sus noticias, sino le hubiera contenido la curiosidad de oirla, obligandole á seguir los tardos pasos de Peribéa, hasta que llegaron á un hermoso vallecito, de cuya hondura habia formado Endemio un espacioso llano entre las laderas de los collados que lo cerraban, formando paredes con piedras y ramos para contener las avenidas de las lluvias, que se desprendian de los collados, y que contenidas por aquellas paredes, depositaban en ellas la acarreada tierra y lama, que estancada allí, compuso, con la continuacion de aquel trabajo, el ancho campo que convirtió en huerto la industria de Endemio, cultivandolo con sus propias manos mientras la salud se lo permitia.

Aliviabalo en este su trabajo la mis-

ma Peribéa, y los dos se mantenian, con él, y con los frutos de las muchas plantas que allí puso en orden Endemio. Al pie de uno de aquellos oteros se veia la gruta, cuya boca dominaba lo largo de aquel valle. Mirtilo luego que la descubrió, dióse prisa en llegar á ella, ansioso de ver al viejo que Peribéa le habia descripto, y de saber lo que queria decirle.

Mas ¡quan diverso fué el espectáculo á la vista, de lo que se lo representaba en su fantasia! El viejo Endemio se hallaba tendido sobre un lecho de ramas secas, y de hojarasca. Allí á su lado estaba tendida la cierva en el suelo, sin moverse de él aun quando Mirtilo se acercó al lecho para ofrecerse al viejo, cuya vista especialmente, y la de la fiel y mansa cierva, le enterneció sobremanera.

Viendo que el viejo no respondia á sus voces, esperó que llegase Peribéa, á quien se habia adelantado Mirtilo. Llegada esta, se acercó al lecho, y le dixo á Endemio, que allí habia un pastor, que se ofrecia aliviarse, y satisfacer á sus deseos. No respondiendo tampoco á esto Endemio, hizo sospechar á Mirtilo que hubiese muerto. Para certificarse, le tocó, y le tomó los pulsos, que no dando in-

dicio alguno de vida, le confirmaron en su muerte; de la qual enterada Peribéa, comenzó á prorrumpir en llanto y en lamentos, manifestando con ellos el acerbo dolor que la muerte de su marido Endemio le causaba.

Procuraba consolarla Mirtilo; mas ella sin oír sus razones, decia querer acompañar en la muerte á su buen marido; que sin él, y sin su compañía en nada apreciaba la vida; que esto era lo que siempre habia pedido al cielo, de morir con él, y que esperaba que le seria concedido. Viendo Mirtilo que de nada aprovechaban sus exhortaciones para consolarla, ni para hacerle tomar alimento, que hacia dos dias que no probaba, como la misma le contó, esperaba moverla á ello, saliendo de la cueva para abrir la huesa, á fin de colocar en ella el cadaver de Endemio, haciendole este piadoso oficio.

Echó mano para esto de un viejo azadon que habia allí en el suelo, y salió de la cueva para cavar junto á ella la huesa. Luego que la tuvo cavada volvió á entrar, al tiempo que la cierva se salia. Sin molestarla acudió á tomar el cadaver para ponerlo en la huesa. Notó entonces que Peribéa estaba tendida en el suelo junto al cadaver de su mari-

do; y recelando que se hubiesen cumplido sus deseos de no sobrevivir á su marido, se acercó á ella para certificarse.

Hallóla de hecho muerta, quedando allí Mirtilo sin saber que hacerse á vista de aquellos dos cadáveres, que le representaban tan al vivo las muertes de Baucis y de Filemon. Ocurrióle que se hacia tarde, y que si se detenía se exponía á perder sus compañeros, si no iba á juntarse con ellos antes que cerrase la noche. Esperaba á mas de esto, que con tantoles aquel accidente, obligaria á Silvanio á volver con él para enterrar á los difuntos.

En fuerza de esta ocurrencia resolvió partir, y lo executó, acelerando el paso para poder alcanzar á los pastores antes que entrase la noche. Tomó á este fin el camino mas arriba, donde le pareció que podria dar con ellos. No le engañó su pensamiento, pues apenas traspuso dos oteros para salir á la cañada por donde esperaba que pasase el ganado, lo descubrió, dando voces á Silvanio para que le esperase.

Luego que le alcanzó le cuenta todo lo que le habia pasado en la cueva, y las muertes de los dos viejos, sin haber podido saber lo que Endemio queria decir, por haberle en-

contrado muerto quando llegó. Que habia dexado por enterrar los cadaveres , rogando á Silvanio quisiese ir con él para hacerles este piadoso oficio. Silvanio resolvió ir al dia siguiente antes del amanecer , y lo executó , llevando consigo al perro Melanto por temor de los lobos , no despuntando todavia los primeros albores , que solo comenzaron á rayar quando llegaron á la cueva.

Entrados apenas en ella , aun no habia satisfecho Silvanio su curiosidad , contemplando aquellos dos viejos muertos casi á un mismo tiempo , quando oyen un apresurado ruido de pisadas , como de corrida , acompañada de lastimeros berridos ; é inmediatamente ven entrar á la cierva con gran furia , perseguida de un gran lobo , que le iba á los alcances , y que se metió tras ella en la cueva. El perro Melanto azorado del ruido , luego que vió entrar al lobo , lanzóse á él. Mirtilo y Silvanio , aunque asustados , viendo á Melanto á las presas con el lobo , toma el uno el azadon , el otro un rastro viejo , y ayudan á Melanto á alcanzar aquel triunfo , logrando acogotarlo con sus repetidos golpes , mientras Melanto lo sujetaba.

Todo el tiempo que duró esta lucha , la

cierva estuvo postrada en el suelo temblando, y como gimiendo junto á los cadáveres de Endemio y de Peribéa, á quienes parecia implorase para que la defendiesen. Conmovidos de esta vista Mirtilo y Silvanio, pusieron á la trahilla al victorioso Melanto, temiendo que acometiese tambien á la cierva, á quien resolvieron dexar en libertad, en atencion á la amistad que conservó á los difuntos. A estos los enterraron juntos abriendo una huesa mayor, y se llevaron al lobo muerto.

Costóles esto mucho trabajo, por haberlo de llevar arrastrando hasta el primer otero que cruzaba el camino. Mirtilo fué entonces á dar aviso al mayoral Montano de su victoria, y á pedirle la yegua que traian en el ganado con los aperos, para poder cargar en ella el lobo. Dióselo Montano muy gozoso, y llegando á donde Silvanio le esperaba, cargaron el lobo, y lo llevaron en triunfo á su mayoral, que estaba ansioso de ver aquella presa.

Holgóse de hecho mucho quando lo traxeron sus zagales; mas como les era carga embarazosa para el camino, resolvieron quitar la piel al lobo, y colgarlo de un árbol, como lo executaron. Mirtilo, para que quedase memo-

ria de aquel hecho, quiso formar una inscrip-
cion con las guijas de un vecino barranco que
le iban trayendo los zagalillos, y que orde-
nadas en el suelo á manera de caracteres, com-
ponian esta decima debaxo del lobo que tenian
colgado del árbol.

D E C I M A.

Cuelga aqui este lobo fiero,

De la selva antes espanto.

Murió presa de Melanto,

Fiel guarda de un ganadero.

Si aqui llegas, pasagero,

No extrañes ver al cuitado

Del todo despellejado.

A mal tiempo le dió gana

De venir á buscar lana,

Do quedó bien trasquilado.

Hecho todo esto se pusieron en camino
con su ganado, llevando consigo la piel del lo-
bo que pusieron en triunfo sobre la yegua, y
que dió materia de largo discurso á todos los
pastores aquella mañana, hasta que llegaron
á un bosque muy sombrío, inmediato á una
aldea, donde se les presentó luego un ermi-
taño, que les pidió limosna para aceyte de la

lampara de la ermita que cuidaba, mostrándoles la caxuela en que recibia la limosna, que tenia la imagen de San Hilarion moribundo.

Montano que jamas habia oido tal nombre, preguntó ¿qué Santo venia á ser aquel? No sabiendo darle tampoco razon el ermitaño, sino diciendo que era un gran Santo, Mirtilo le dió cumplida relacion de su vida y muerte, que se le hacia muy sensible al mismo por temor del juicio, y en ademan de este temor estaba el Santo pintado en la caxuela del santero; lo que avivó de tal modo el estro de Mirtilo, que dixo á Montano que si queria cantaria una cancion al trance temeroso del Santo, á imitacion de otra que habia oido en Italia al mismo asunto, y de que conservaba algunas especies si no eran las mismas.

De contado vino bien Montano en oirla, y Mirtilo templado el instrumento, comenzó á decir asi:

CANCIÓN.

Cese pues el ruido
De bulliciosas fuentes y de vientos,
Y den todos atentos
Respetuoso oido

A los graves acentos
 Del viejo venerable, que postrado
 En el desnudo suelo,
 Sus ojos alza al cielo,
 Y en ellos muestra el llanto consternado.
 Muere, y le pesa que morir no pueda,
 Que el temor se lo veda,
 Y lo tiene amarrado al pobre lecho,
 Y el alma helada en su angustiado pecho.

No quiere quedar ella
 En su asilo, ya casi destruido,
 Mas tomar el partido
 De salir no se atreve, y se querella
 Consigo misma, y su temor admira,
 Y aunque luego animosa
 Quiere manifestarse, se retira.
 Ya las alas despliega, pero vuelve
 A plegarlas á un tiempo temerosa;
 Pues del todo á partir no se resuelve.
 Ya, ya los labios toca
 Esforzada, atrevida,
 Y asomada se ve casi á la boca,
 Mas luego envilecida,
 Se vuelve dentro á prolongar la vida.

Asi tal vez sucede,
 Que el tierno paxarillo desde el nido
 Dar al viento no puede

El ala aunque se esfuerza ya atrevido;
 Que el plumage crecido,
 Y el natural deseo á ello le incita.
 Pero no asegurado
 Del ardor que le excita,
 Por mas que á ello instigado,
 Del circunstante vuelo
 De la madre afanada, que el anhelo
 De seguirla le infunde, sobreviene
 El temor de caer que lo detiene.

Toma de aqui motivo
 San Hilarion de avergonzarse, y luego
 Casi enojado, su temor esquivo
 Con rigido sosiego
 Reprende y vitupera;
 Y en esforzar se esmera
 Al alma, que repugna de mal grado
 Al fuerte sentimiento
 Que en su pecho esforzado
 Despierta la virtud con nuevo aliento,
 Y asi le dice, con severo acento.

¡ Vil y desventurada!
 ¿Y aun rehuyes la muerte? ¿Y aun entre estos
 Miembros, diré, ó bien restos
 De vida desdichada,
 Seca armazon de huesos descarnados,
 Alzar osan la frente

El temor y esperanza ? Mas en vano
Los debiles costados
De la cascada máquina , y cadente
Del edificio humano ,
Formado con el polvo de la tierra ,
Defienden á un afecto renitente ,
Que en un pecho decrepito se encierra ,
Dolorosa prision de vida amarga :
Pues larga edad es solo grave carga.

¿ Por qué pues afligida

Rehusas el morir una vez sola ,
Tú , que asi trabajada
Has vivido muriendo en esta vida ,
Cien años sepultada ,
Cien años triste y sola ?
¿ Dónde está , dónde está aquella esperanza ,
La fé , y aquella dulce confianza ,
Mezclada y animada del anhelo
De ver tu Dios , y de volar al cielo ?

Ansiosa de ese asiento

Antes , para volar alas pedias.
¿ Cómo es que mudas hora pensamiento ?
¿ Cómo es que lo que antes pretendias
Tan presto lo aborreces ,
Y desees lo que antes no querias ?
¿ Y cómo muchas veces
Combatido piloto

De la saña del mar , y viento ayrado ,
Despues de trabajado ,
Con baxel casi roto ,
Y á la vista del puerto deseado ,
Dexarlo quieres , y probar la suerte
Tantas veces probada ?
¿ Y con un pie en el cielo , y en la entrada
De la vida inmortal , temes la muerte ?

Asi al alma decia

Hilarion con consternado llanto ,
Pues la muerte temia ,
Aunque habia vivido el mismo tanto.
Mas ni vive entretanto ,
Ni acaba de morir ; y el sentimiento
Le acrecienta el tormento ,
Como lo prueba aquel que renitente ,
Ni bien vive , ni muere enteramente.
¡ O quan dura partida ,
Y quanto al hombre cuesta
De la vida mortal la despedida !
Es el morir la cosa mas funesta.

Habr  tal vez alguno ,

Que de su corazon con desden fuerte ,
Arroje de la muerte
Al temor importuno ,
Y que tal vez la llama
Desde la misma cama ,

Antes que ver le dexe su semblante ,
Para hacer presa de él. Pero al instante ,
Que se muestra vecina ,
Hácia el temor toda grande alma inclina.

Luego que Mirtilo acabó de decir esta cancion , se la alabó mucho Silvanio. Oyóla tambien con gusto Montano; pero las alabanzas que le daba por ella no eran tan sincéras, quanto las que le solia dar por otras canciones humildes que él preferia á las sublimes , por no gustar ni entender sus bellezas. Fueron grandes las expresiones de admiracion que hacia el ermitaño despues de haber oido la cancion de Mirtilo , olvidandose de instar por la limosna que no le habian hecho los pastores.

Antes bien perdió de ella enteramente la memoria quando Montano dixo á sus zagales que le cantasen otra cancion de las que le gustaban, semejante á la que les hizo interrumpir el dia antes la llegada de la vieja Peribéa. Condescendieron Mirtilo y Silvanio con los ruegos de su mayoral, que acompañaba el ermitaño con sus instancias , muy ansioso de oirles ; y comenzaron á cantar esta Egloga , que quiso empezar Silvanio sobre argumento que deseaba, á fin de hacer explicar á Mirtilo acer-

ca de sus amores , de que hasta entonces nada le habia dicho.

DESENGAÑO DEL AMOR.

EGLOGA.

SILVANO , MIRTILO.

SILVANO.

Extraño á la verdad , Mirtilo mio ,
 Que siendo la costumbre de pastores ,
 Do quiera que los junta su alvedrio ,
 Celebrar con el canto sus amores ,
 O bien dar de ellos á su suerte quejas ;
 Tú nada de los tuyos hasta ahora
 Hayas dicho á Silvanio. Ni te quejas
 Del amor , ni mencionas á pastora
 Ingrata ni leal , pues bien pudiera
 Alguna merecer tu dulce acento ,
 Y en ese pecho despertar siquiera
 De amor algun suave sentimiento.
 Lo extraño tanto mas , por quanto creo
 Que no hay pecho mortal que en sí no sienta ,
 Segun lo oi decir , y segun veo ,
 Leve ó recia que sea su tormenta ,

Que levanta el amor en nuestros pechos.
Titiro el mantuano , no lo ignoras ,
Con amoroso canto satisfechos
Dexaba sus afectos , y las horas
Ociosas del pacer entretenia ,
Por las selvas cantando el dulce nombre
De su amada Amarilis que lo huia ,
Pero que dió á su canto tal renombre.
Y aunque tan grande fué no desdeñaba
De repetir él mismo las canciones
Del pastor siciliano , que encantaba
De Síbaris los bosques con sus sonos ,
En concento amoroso. ; Y tú Mirtilo ,
Serás el solo que cantar no quieras
Al dulce amor , que solo es el asilo
Y alivio de las penas lastimeras ?

MIRTILO.

O Silvanio , otro tiempo el amor era ,
Como lo suele ser muy comunmente ,
La primer ansia , y la leccion primera ,
En que ocupaba mi engañada mente.
Ni con tal gana el ciervo mas sediento
Corre á la fuente ; ni con tanto esmero
Se fatiga y afana el lobo hambriento
Por quebradas , en busca de cordero ;
Ni anda el mismo cordero tan ansioso
De la mostrada sal y del tomillo ;

Ni la abeja de flor , no tan buscoso
 Va por sembrado el libre paxarillo ,
 Quanto yo de zagala , qual solia
 Pintarmela el amor , y el senaimiento.
 Mas siempre de lo vivo á lo pintado ,
 Hallé gran campo en medio , pues que falta
 El sentimiento á la mejor pintura.
 Y esta es , Silvanio , no pequeña falta ,
 Si á faltar llega á la mejor figura.

SILVANIO.

No lo niego Mirtilo ; mas ¿ qué quieres
 Significar con eso ? Falta acaso
 Sentimiento amoroso á las mugeres ?
 ¿ No hay hermosas zagalas , que en el caso
 Que tu afecto ó pasion les descubrieras ,
 Tal vez no se mostráran insensibles ?

MIRTILO.

Hay de todo Silvanio , en todas eras ;
 Ni eso pongo entre cosas imposibles.
 Mas no soy tan dichoso , ó no lo he sido ,
 Quanto tú con Cratíla.

SILVANIO.

No lo extraño
 Si buscaste el afecto á esas beldades ,
 A quienes la ambicion en nuestro daño
 Engrie con el luxo en las ciudades ,
 Y al puro amor destierra de sus pechos.

No así en el campo , en donde la natura
Mantiene siempre puros sus derechos ,
Y hermana la inocencia á la hermosura ,
Y el humilde candor á la llaneza
Del mas sincéro afecto compañera.
Aqui no necesitas de riquezas ,
Ni bien de tanto esclavo , ó de venera ,
Para hacerte estimar y amar sin galas ,
Que son del vano amor vanos señuelos.
No ánima la ambicion á las zagalas ,
Ni á eso se levantan sus anhelos.
Un cayado , y un ható de corderos ,
Con un sayo , aunque pobre , son bastantes
Para unir los afectos mas sincéros ,
Y hacer así dichosos dos amantes.

MIRTILLO.

Eso mismo , Silvanio , me ha obligado
A huir de aquehas torres y edificios ,
En que se admira al luxo entronizado.
Aqui tener espero mas propicios
La suerte , y el amor : el desengaño
Siempre es del hombre la mejor escuela.

SILVANIO.

Debo contodo confesar que extraño
Esa tu gran reserva , ó bien cautela ,
En ocultarme el nombre y los desdenes
De la que rehusó corresponderte.

¿No se puede saber? ¿Acaso tienes
 Pactado de antemano con tu suerte,
 No decirlo á las selvas, ni á un amigo,
 Que guardarte supiera tal secreto?

MIRTILLO.

Jamas hice tal pacto; ni contigo,
 Que me das tantas pruebas de discreto,
 Guardo ningun secreto. Si deseas
 Saber su nombre, llamase Silana.

SILVANO.

¿Y esa te desdeñó?

MIRTILLO.

Para que veas
 Lo que puede el capricho en muger vana,
 Pospusome á Mopsopio, tuerto, y chico
 De estatura y de ingenio, y hombre anciano.

SILVANO.

¿Pero debió sin duda ser muy rico?

MIRTILLO.

No extrañarás tampoco si el milano
 Solo atiende á la presa: viva ó muerta,
 Aunque sea cadaver corrompido,
 Se ceba en él, pues ni tampoco acierta
 En distinguir de gustos.

SILVANO.

¿Y has tenido
 Tan gran pesar por ello?

MIRTILLO.

¡ O dioses! tanto
Llegó amargar mi pecho , que la muerte
Menos sensible fuera al gran quebranto
Con que vi sepultada aquella suerte
Que coronar mi afecto prometia.
Pero rasgó tambien el sentimiento
El velo del engaño , que cubria
Los ojos de mi vano entendimiento.
Exênto entonces de un amor tirano ,
Supe apreciar las selvas , y la vida
Que llevó el mismo Apolo , de Silvano ,
Y de Pan , y de Pales preferida ,
A la que angustia tanto en las ciudades
La ambicion turbulenta con el luxo ,
Y tantas estudiadas vanidades
Como allí con el oro ella produjo.
Dar desde entonces resolví al olvido
El nombre de esa ingrata , que hora solo
Te nombré , porque oirlo has tú querido ,
Ni pacto alguno en ello yo viólo.

SILVANO.

Te lo aprecio , Mirtilo , pues me has dado
Motivo de segura complacencia.
Porque al fin , si tu amor ha naufragado
En esa ciudadana turbulencia ,
Te acogiste á las selvas , donde puedes

Disfrutar una vida soberana,
Y esperar de barato las mercedes,
A que dió tanto precio esa Silana.

Mientras Mirtilo y Silvanio cantaban esta Egloga, los estaban oyendo en aquel mismo bosque, aunque algo apartados, un joven caballero, y su esposa, que se llamaban Nicio y Terea, y eran dueños de aquel sombrío bosque, á donde ivan acaso á recrearse en su amena sombra. Pero sintiendo que acabasen tan presto de cantar aquellos pastores, que los habian embelesado con su canto, y deseosos de oirles alguna otra cancion, se encaminaron hácia ellos, al tiempo que dispuesta ya la comida, formaban rancho los pastores y el ermitaño, convidado por Montano, para hacer la salva, siendo esta la limosna que quiso hacerle, en vez de la del aceyte, sobre que lo motejaban los pastores quando llegaron aquellos dos lindos esposos.

Montano al verlos comparecer, mostróse con ellos comedido, ofreciendoles aquel pobre manjar. Agradecieronlo ellos diciendo, que dexarian el mejor manjar del mundo por oir cantar de nuevo á los que los habian embelesado tanto con la cancion pastoril que acababan de oir. Dixeronles los zagales que sino

mandaban otra cosa, podrian dexar satisfechos sus deseos luego que hubiesen acabado la comida.

Para prueba de nuestro aprecio y agradecimiento de vuestra atencion, dixo la amable Terea, esperaremos aqui sentados junto á vosotros; diciendo esto lo puso en execucion, haciendo sentar tambien á su lado á su marido Nicio. Asi travaron muy gustosa conversacion con los pastores, dando materia el ermitaño, á quien ellos conocian, y pávulo para el motejo, el aceyte porque iba pidiendo; hasta que acabada ya la comida, Mirtilo y Silvanio tomaron sus rabeles, con que los dos se acompañaban, siendo primero Mirtilo á cantar de por sí esta

ANACREONTICA.

Quando en el oriente
Se dexa ver la aurora,
Que campo y selvas dora;
Sobre la tierra el monte
Parece que levanta
Su encaramada frente
Hácia el brillante oriente,
Cuya vista lo encanta.
Pues tan resplandeciente
El alba ver se dexa,

Que de envidia se aleja,
 La luna entristecida,
 Huyendo de corrida;
 Y de corrida envuelve
 En nubes su semblante;
 Ni al Latmio hácia su amante,
 Los tristes ojos vuelve.
 Huye tambien tras ella
 El brillante lucero;
 Escondese primero
 Toda luciente estrella,
 Y sola resplandece
 El alba, que embellece
 Dorando el vasto suelo.
 Saludanla las aves
 Con gorgéos suaves.
 Rebosan de consuelo
 Los despiertos pastores.
 Por cuevas eminentes
 Riendo van las fuentes,
 Y desplagan las flores
 Su seno aljofarado,
 Y sus gratos olores,
 Al céfiro avispado,
 Que vuela por el prado,
 Pidiendoles amores.
 Las plantas las primeras,

Sus verdes cabelleras
Levantán hácia el cielo,
Como regocijadas.
Las Gracias guirnaldadas,
Se dexan ver sin velo.
Salen también las diosas
De los bosques y rios.
Los sátiros cabrios
Se coronan de rosas,
Y están todos atentos
A los dulces concertos,
De Pan, que en el collado
Su caramillo suena,
Haciendo más amena
En el suelo callado,
Con su dulce armonia,
La alborada del dia.

Mas si en vez de la aurora,
Vuestro hermoso semblante
Dexareis ver, señora,
A la luna brillante;
¡ Quanto mas presto huyera!
¡ Quanto mas presto viera
El suelo anohecido
Al dia amanecido!

Encantados quedaron aquellos señores
de la viveza de la pintura, y del colorido de

la dición , con que animó Mirtilo su ana-
creontica ; y Nicio , que era muy instruido ,
le decia que no habia oido cosa tal en su li-
nea. La hermosa Terea , á pesar de su son-
roseada modestia , agradeció á Mirtilo su li-
sonjera cancion , sin cesar Nicio en las alaban-
zas que le daba por el gusto y primor poéti-
co que manifestó Mirtilo en ella.

El estro de Silvanio , avivado con aque-
llas alabanzas , tomó asunto semejante para su
cancion , exigiendolo asi la presencia de aque-
llos señores , á quienes dirigió el canto , di-
ciendo asi :

ANACREONTICA.

Luego que Citherea
Con su Adonis amado ,
Por el bosque sagrado
De Pafos , se recrea ;
Un enxambre de amores
Esparcen por el viento
La risa y el contento ,
Y perfumes de flores.
Ella fuego respira
De divina hermosura ;
El gracia y apostura ,

Que Venus misma admira.

Entrambos trenzas de oro

Dexan al ayre sueltas ,

Que aumentan desenvueltas

El juvenil decoro ,

El donayre , y lindeza

De vivos atractivos ,

De vivos incentivos ,

En su mutua terneza.

Adonis hechizado ,

Con ella se endiosa ;

Y hechizada la diosa

Del mozo endiosado ,

Uno en el otro apura ,

Con sus tiernas miradas

De niñas abrasadas ,

La suprema dulzura ,

Que envidian desde el cielo

Los pechos celestiales ,

Que probar los mortales

No pueden en el suelo.

En uno y otro seno

Arden los sentimientos

Depurados , y exêntos

De todo afan terreno ,

De toda impura pena ,

De zelos , de pasiones ,

Con que los corazones
El amor encadena.

Absorto , enagenado
Del mas supremo gozo ,
El adorado mozo ,
En vano no adorado ,
Toda la dicha siente
Que el corazon encierra.
A sus ojos la tierra
Y el cielo juntamente ,
Del todo se anonadan ,
Que en golfo de delicias,
Que endulzan sus caricias ,
Entrambas almas nadan.

Si en vez de Adonis , viera
A Nicio , Citherea.
Si Adonis , á Terea
Presente ver pudiera ,
¡ O quanto yo temiera ,
Que toda su hermosura ,
Que toda su dulzura ,
A la vuestra cediera !

Si Nicio quedó maravillado de la elegancia y hermosura de la cancion de Mirtilo , no lo quedó menos de la de Silvanio , formando de uno y otro un superior concepto. Correspondian á su admiracion las alabanzas que

les daba , como tambien las expresiones de su agradecimiento. Unia tambien las suyas la hermosa Terea ; pero valiendose del derecho y autoridad que le daba su sexô y su elogiada hermosura , rogó á los zagales que no quisiesen privarla tan presto del sumo gusto y placer que le daba su canto.

Aunque Montano quiso excusarse diciendo que se les hacia tarde para continúar su viage , insistió ella tanto , que se vió precisado el mayoral á condescender con sus ruegos, diciendo á Mirtilo que cantase uno de los lindos cuentos que sabia. Mirtilo , volviendo á tomar el rabel que habia dexado , comenzó á puntearlo otra vez , y luego cantó asi :

LA PROMESA DE BATO.

IDLIO.

Quando Apolo regía
 Por los pastos anfrisios las vacadas
 De Admeto , confiadas
 A su divinidad , que él encubria
 Baxo el pellico y pastoril presencia ,
 Consigo mantenía
 Uno , entre otros zagales ,

Que Bato se llamaba ,
De gruesa corpulencia.
Mas este no era el solo de los males
En que Bato pecaba ,
Pues era algo mas grueso de conciencia.

Esto no lo ignoraba
El sagaz Dios Mercurio , que prendado
De una hermosa torada ,
Que mansa y sosegada
En un valle pacia algo apartado ,
Y que Bato aquel dia
A su cargo tenia ,
Robarsela resuelve , y de contado
A Bato se presenta ,
Y sin ningun embozo le declara ,
Ser él el Dios Mercurio , y lo que intenta ;
Que en ello no repara ,
A trueque de dar marro al Dios Apolo.

Bato que estaba solo ,
Al querer de Mercurio no resiste.
Disculpar esperaba
Su poca ó ninguna resistencia ,
Del dios á la presencia ,
Que en aquel hurto insiste.
El dios , que penetraba
Del zagal las traidoras intenciones ,
Dos toros le promete , y otros dones ,

Si callar tambien él le prometia
El hurto y la persona que lo hacia.

El zagal complacido

Los dos toros acepta satisfecho,
Y dexa que Mercurio á su buen grado
Se lleve los demas , mientras su pecho
Fomentaba un afecto fementido ,
Pues desde luego piensa en disculparse ,
Faltando á lo que tiene prometido.

De otro modo excusarse ,
Por cierto , con Apolo no pudiera.

Gozoso de este engaño ,

No temiendo algun daño
Del divino ladron , ni que volviera ,
Creyendo que estuviese ya bien lejos ,
Que harto que hacer tenia
En poner en buen cobro lo robado ,
Que al fin no eran conejos ,
Comienza allí sentado como estaba ,
En aquel valle herboso ,
A contemplar gozoso
Al uno y otro toro que pastaba ,
Con paso sosegado ,
Allí delante de él : y eran aquellos ,
Que el dios dado le habia ,
De toda la torada los mas bellos.

Mucho se complacia

El perjuro zagal, poniendo en ellos,
 Con los ojos su alegre pensamiento;
 Ni de mirar se hartaba,
 Muy ufano y contento,
 Sus grandes lomos, sus rollizos cuellos
 Que al yugo destinaba;
 Sus colgantes papadas,
 Sus recias piernas, y pezuña hendida;
 De sus torvas miradas
 La negra brillantez, y la blancura
 De su nevada piel; la larga cola,
 Hasta el suelo caída,
 Que remataba sola
 En negro espeso fleco,
 Con que estaban batiendo sus costados.
 Tan bellos ellos, y tan bien formados,
 Que mejor no lo fueran en pintura.
 Bato tambien muy hueco,
 De vista no perdía
 Los cuernos tan bien surtos y encorvados:
 Antes bien los hacia
 De muy galanas cuentas y castillos
 Asegurado asiento.
 Ya contaba las vacas, y novillos
 Que de ellos nacerian. La riqueza
 Que pudiera sacar si los vendia.
 Mas ponía tambien el pensamiento

En esconderlos luego ; pues veia ,
Que hizole don Mercurio de lo ageno.
Esto mismo algun tanto
Arredraba en su seno
Todas sus esperanzas concebidas.

Mas Mercurio entretanto ,
Para probar si Bato mantenía
Las promesas habidas ,
Depuesta su figura y su semblante ,
Se viste la de Apolo ;
Pero tan semejante ,
Que engañára á la madre que pariólo.
Su misma cabellera , su apostura ,
Su juvenil figura ,
El ayre y gentileza de su cara ,
Y su misma estatura.
Para que nada al gran ardid faltára ,
De su cuello , pendiente
La citara traía.

Y empuñado el cayado ,
A Bato se presenta de repente ,
Con ayre y ademan de congojado ,
Aunque dentro la risa se comia ,
Diciendole : dí , Bato , ¿ qué se han hecho ,
Los toros que aqui habia ?

Bato muy satisfecho ,
Aunque no poco en su interior turbado ,

Le responde afanado :
¡O Apolo! el Dios Mercurio , cuyas trazas
No puedes ignorar , aqui ha venido ,
Y se los ha llevado ,
Haciendome severas amenazas
Si chistaba , y el hurto descubria.

Apenas esto oido
Del dios , que en otro aspecto se encubria ,
Contra Bato enojado
Por su traidor descargo ,
Con que á sus mismas barbas fementia ,
Quebrantando tan presto la promesa ;
No pudo sin embargo
Contener la sonora carcajada ,
Que en aquella dehesa
Resonó largo trecho ,
Dexando consternado el pensamiento ,
Por la fé violada ,
En el confuso pecho
Del perjuro zagal , que en un momento
Ve , que el supuesto Apolo se transforma
En su primera forma ,
Y que qual antes era ,
A sus ojos atónitos se ostenta.

Pero ya no reia ,
Que la risa en mirada muy severa
Mudóse de repente ,

Con que luego le dice : ¿ Y esa cuenta
Haces , perjuro Bato ,
De la palabra dada ?
¿ Y á mí mismo con ese desacato
Descubres el delito , y la torada ,
De valde no robada ?

No dixo mas Mercurio ; pues mudado
Dexó con esto solo á Bato en piedra
Que del toque han llamado ,
Porque en ella se apura lo que medra
El oro con el cobre quilatado.
Montano está seguro ,
Que no halles mas ningun zagal perjuro.

No acababa de salir Nicio de su admiracion y sorpresa , con esta nueva cancion de Mirtilo ; ni sabia que alabar mas , si las gracias y buena diction , ó la elegante facilidad de las mismas , ó la viveza de su pintura ; pues todo habia inundado su ánimo de un gozo y complacencia tan eficaz , que dixo á Mirtilo que lo coronára por el principe de los poetas si estuviera en su mano. Aprobaba la graciosa Terea todo lo que decia su marido Nicio , añadiendo las gracias á los pastores ; pero dixo á su marido inmediatamente , que manifestase de hecho á los mismos su agradecimiento.

El reconocido Nicio, dandose por entendido, echó mano del bolsillo, y regaló toda la plata que llevaba en él á los pastores. Habiendo sido Silvanio el primero en aceptar, y agradecer lo que le entregó el generoso caballero, dió motivo al honrado Mirtilo para no rehusar tampoco el don, por no dexar sonrosegado á su amigo Silvanio, ni desayrado al caballero. Bien sí, despues de haberlo recibido, y dado por ello las gracias á Nicio y á Terea, lo repartió inmediatamente entre los dos zagalillos Metisco y Sabino, diciendo que ellos lo tenian mucho mas merecido, por quanto les servian mientras ellos cantaban.

Reservó una moneda para la caxuela del ermitaño, y para el aceyte de la lampara de San Hilarion, que recibió el santero con chistosas expresiones. Silvanio, movido del exemplo de Mirtilo, hizo lo mismo, dexando mas maravillados á los caballeros, que conociendo por aquella accion que aquellos pastores eran de condicion y carácter superior al que su trage y exercicio manifestaba, sintieronse impelidos de la curiosidad á hacerles algunas preguntas sobre las sospechas que tenian. Mas el mayoral Montano impaciente por ponerse luego

en camino , no les dió tiempo para ello apresurando la partida. Con esto se despidieron , dandose mutuamente las gracias, entre las quales tomaron los pastores el camino , dexando en el bosque á los generosos caballeros.

Sobre la generosidad y aprecio que les habian manifestado los mismos , tuvieron materia de que tratar aquella tarde Mirtilo y Silvanio , especialmente sobre las gracias y hermosura de Terea , envidiando Mirtilo á Nicio la posesion de tan cumplida esposa. Pero Silvanio le decia , que no tenia porque envidiar á ninguno la mas cabal esposa , teniendo á su Cratila. Sirvióles esto de grato entretenimiento aquella tarde , hasta que al entrar en un ameno valle , donde habian determinado pasar la noche, los sorprendió el son de un rabel , con que acompañaba su canto un pastor á la sombra de unos fresnos , que formaban un hermoso bosque. Pararonse allí mismo para oir lo que cantaba sin verlo , y oyeron que decia asi en la continuacion de su canto.

C A N C I O N .

Vuestro dichoso estado ,
¡ Quanto envidia , ó pastores ! pues exêntos
De ambicioso cuidado ,
Sin locos pensamientos ,
Lejos de la codicia de ciudades ,
Por verdes soledades ,
Llevais la vida sin zozobra y pena ,
Que de vuestra llaneza es muy agena.

Vuestro honesto deseo ,
En los valles y montes se complace ;
Lo que os es de recreo ,
Eso mismo y no mas os satisface ;
Sin aspirar á dignidad , ni á honores ,
Ni á vanos resplandores ,
Por quienes los mortales se fatigan ,
Y á fin de conseguirlos los mendigan.

Los bosques y los prados ,
En que rien las yerbas y las flores ,
Los sombríos collados ,
Y sus varios verdores ,
Los deliciosos valles , y de fuentes
Las parleras corrientes ,
Son solo los graciosos coliseos
Que llenan sin pesar vuestros deseos.

Monte , y campo resuena
 Del son de vuestros dulces caramillos ,
 Y pastoril avena ,
 Que provoca á cantar los paxarillos.
 Vuelven tambien los valles vuestro canto ,
 Sin eco del quebranto ,
 Que no conoce vuestra quieta vida ,
 Por la suerte , ó fortuna ya perdida .

Si tal vez los lamentos
 De vuestros pechos salen , en las alas
 De suaves concetos ,
 Dulces lamentos son á las zagalas ;
 O por sobrado castas , ó inocentes.
 Mas no porque en sus frentes
 Muestre el perjuro amor una apariencia
 Que desmiente su pérfida conciencia .

Ni porque sacudido
 Todo puro y sincéro sentimiento
 A su estado debido ,
 Solo aspiran al vano lucimiento ,
 Y á la gala y cortejo aunque profano .
 Ni porque en su liviano
 Y taymado interior ellas fomenten
 Los vendidos amores que no sienten .

Quanto , quanto , ¡o pastores
 De vuestra vida envidia la ventura !
 Sin afan ni temores

Vivis , como os lo enseña la natura ,
 En paz dichosa , y en segura calma.
 Ni perturba á vuestra alma
 Envidia agena , ni conoce el daño
 De la torva malicia , y de su engaño.

Vuestra sola riqueza ,
 Y la sola envidiable , es el ganado.
 Vuestra misma llaneza ,
 Os sirve de virtud ; y vuestro estado
 Asiento es de la dicha : Los corderos
 Vuestros solos esmeros,
 Preferibles á todos los anhelos ,
 Que hasta á los mismos reyes dan desvelos.

¡Oxalá yo supiera ,
 O pudiera romper los fuertes lazos ,
 A que como una fiera ,
 Tiene aherrojados la ambicion mis brazos !
 Entonces yo gozara aquellos bienes ,
 Que envidia en vuestras sienes ,
 Pues donde la inocencia y paz anida ,
 Allí reyna la dicha de la vida.

Aunque el ganado de Montano se iba
 extendiendo por aquel ameno valle , quan-
 do Mirtilo y Silvanio comenzaron á oir aque-
 lla cancion del pastor que no veian , por es-
 tar dentro del bosque , descuidaron entera-
 mente de las ovejas , encargandolas á los za-

galillos para poder estar mas atentos al canto; é hicieron luego señas á Montano, para que acudiese á oír tambien la cancion de aquel pastor, pues iba dirigida á la vida pastoril, y en alabanza de la misma. Esto fué motivo para que quedasen allí todos tres de pies, prendados del canto, y deseosos de conocer al cantor.

Inmediatamente pues que acabó de cantar, apresuraron el paso hácia el ameno bosquecillo, que estaba á corta distancia. Al pie de uno de aquellos fresnos que lo componian, descubrieron á un lindo mozo sentado, y en traje muy decente, que tenia todavia el plectro en las manos en ademan de querer cantar otra cancion.

Pero volviendo él la cabeza hácia el ruido del apresurado paso de Mirtilo y de Silviano que llegaban, los vió y saludó diciendoles: ¡o amigos! bien venidos seais. Si hubierais llegado un poco antes hubierais oido vuestros loores, y los de vuestro dichoso estado, aunque toscamente cantados; pero ciertamente nacidos de la persuasion de mi ánimo y de mi afecto. Mas ya que la suerte me proporciona este dichoso encuentro, venid acá, si no os debe ser molesta mi compañía; pues tendré

á lo menos el consuelo de entretenerme con vosotros, ya que me falta esfuerzo y resolucion para imitaros.

Para que no haya ni respetos ni etiquetas, sabed que me llamo Dalisio, y que soy vuestro amigo si me queréis recibir por tal. Con vuestras cordiales expresiones, dixo entonces Mirtilo, obligais sobre manera, Dalisio, nuestros reconocidos afectos. Os las tenemos ciertamente en gran cuenta, y aprovechandonos de la amistad que nos ofreceis, aqui estamos dispuestos á daros todas las pruebas de nuestra estimacion, y del aprecio que nos mereceis, pues oimos vuestra cancion toda entera, por la qual echamos de ver vuestra habilidad, y los sentimientos que animan á vuestro pecho en favor nuestro, y de la vida que llevamos.

Me dais un zagal motivo para que mucho me complazca, asi por saber que oisteis mi cancion, como tambien porque manifestais que os entendeis de poesia. Algo nos entendemos de eso, dixo Mirtilo, y nos exercitamos en cantar Silvanio y yo siempre que llegamos á descansar en nuestras jornadas. Si es así, dixo Dalisio, gustaré mucho de oiros, y recibiera en ello particular favor.

Deseamos complaceros, Dalisio, dixo Mirtilo. Si quereis que sea ó cancion ó egloga, la podremos cantar juntos, puesto que el tiempo nos promete una noche muy plácida. La egloga la cantaremos, mas primero deseára oiros una cancion. Oidla pues, dixo luego Mirtilo, y pidiendole el plectro que tenia en la mano Dalisio, y que él le entregó inmediatamente, comenzó á decir asi :

CANCION.

¿Visteis jamas las fuentes
 Que baxando por asperas quebradas,
 De silenciosos fresnos asombradas,
 Y pinos eminentes,
 Corren precipitadas
 Con saltos susurrantes, y á porfia,
 Con rapida osadía,
 Parece que pretendan los raudales
 Ir en pos del sosiego que les falta?
 Dalisio, á los mortales,
 Cuya opinion exálta
 Sus inquietos deseos,
 Llevan asi sus propios devaneos.
 En su desasosiego,
 Asi corren ansiosos y afanados

Por la tranquilidad. Con sus cuidados
Buscan solo el sosiego :
Pero siempre llevados
De su ambicion , por asperos pendios
Con nuevos desvarios
Sin cesar corren , pero siempre en vano.
Sin tampoco imitar las mismas fuentes ,
Que llegadas al llano ,
En sus mansas corrientes ,
Toman la semejanza
Del ánimo á quien rige la templanza.

Sin esta en vano esperes
Hallar la dicha en valles y en collados ,
De deliciosas plantas asombrados ,
Ni probar los placeres ,
Que en regir los ganados
Te promete tu libre pensamiento.
Pues sin el sentimiento
De la templanza , que en tu firme pecho
Sufoque del honor los incentivos ,
Y ponga en él pertrecho
Contra los atractivos
Del mundo y su riqueza ,
En vano apreciarás nuestra llaneza.

Es, no hay duda , el asiento
De la tranquilidad , el espacioso
Campo , el valle sombrío, el monte ayroso.

Aqui puro contento ,
Aqui dulce reposo
Halla , y prueba tambien la fantasia ,
Con la grata armonía
Del eco de los sonos , y balidos
De ovejas y pastores ,
O de mansos ruidos
De fuentes , y de arroyos placenteros ,
Que son del alma objetos hechiceros.

Mas sin conocimiento
De la moderacion , que todo anhelo
De la ambicion sufoque , aquel consuelo
Que prueba el pensamiento ,
Se muda en desconsuelo ,
Y agrava mucho mas las mismas penas ,
Y las recias cadenas
Con que á la libertad del alma tiene
La vanidad atada en las ciudades.
Y el que libre no viene
A estas soledades ,
En ellas , si , se place , y las admira ,
Mas vuelve al fasto y luxo en que suspira.

Bien así como suele
El ave que sacada de su nido ,
Sin haber todavia conocido
Lo que tanto le duele
Despues haber perdido ,

Es á saber su libertad amada ,
En la prision dorada ;
A ella de tal modo se aficiona ,
Que aunque abierta la saque su deseo ,
Parece que pregoná
En su breve recreo ,
La libertad del campo tan ansiada ;
Mas luego vuelve á su prision pintada.

Poco menos que atónito quedó Dalisio de la cancion de Mirtilo. Vuelto en sí de la dulce sorpresa en que lo tuvo con su canto : amigo , le dice , me habeis enagenado , y sorprendido de manera , que echasteis á tierra la opinion que tenia de mi habilidad. Recibid mis parabienes , y creed que no van exén-tos de la justa envidia á que sois acreedor. Os aseguro que no esperaba tal cosa de la boca de un pastor.

No lo digo solamente por la viveza de la pintura de vuestro estilo , sino tambien por los sentimientos con que lo animais ; corrigiendo , por decirlo asi , lo que manifesté en mi cancion , pues parece que á este fin tomasteis el argumento de ella. Os debo sin embargo las gracias , pues me disteis tal leccion con modo tan dulce y tan amable ; porque siendo yo muy inclinado á la vida del campo , no supie-

ra resolverme á abrazarla del todo, aunque mis funestas circunstancias me lo permitieran.

Verdad es que paso en el campo la mayor parte del año, donde cuido de mis haciendas, de las quales es parte este valle y bosque en que nos hallamos; pero no sé desamparar la ciudad durante el invierno, con que pruebo lo que insinúasteis, que á pesar mio vuelvo á la prision de la pompa y del luxo, en que suspiro y padezco no poco.

Si asi es, dixo Mirtilo, en nada os toca el argumento de mi cancion. No todos deben, ni pueden, aunque lo deseáran, hacer vida de pastor ni de labrador. Basta que no teniendo otras ocupaciones ni empleos, se ocupen en cuidar por sí mismos de sus haciendas, que es la propia y mas noble ocupacion del hombre. Antes bien, haciendolo como lo haceis, sois mas envidiable; pues sintiendoos inclinado á la labranza, y al cultivo del campo, lo haceis por solo recreo, y no forzado de la dura necesidad, como los pobres jornaleros.

¿Envidiable me llamais? ¡Ah! exclamó Dalisio, lo fuera, no hay duda, si me hubiera sido mas propicia la suerte en mi casamiento, y no tan contraria y cruel como la expe-

rimento. Extraño á la verdad , dixo Mirtilo , que la probeis tan contraria como decis , en medio de vuestras comodidades y riquezas. Esas son cabalmente , respondió Dalisio , la causa principal de mi desventura.

Aunque nació bastante rico , para no echar menos las mas holgadas comodidades de la vida , quiso mi padre casarme antes de tiempo , con una señorita muy rica , á fin de que yo y no otro , se aprovechase de la ocasion , que temia perder mi padre , si ella se casaba con otro. Sus miras fueron causa de mi mayor desgracia , aunque estaba bien lejos mi padre de imaginarse que pudiera tener tan funesto efecto la riqueza que me traia en dote la misma.

Era ella de igual edad á la mia , y de notable hermosura. Se hizo , y se concertó el casamiento entre los padres de entrambos , antes que ni ella ni yo tuviesemos noticia de nuestra fatal union , que tan desgraciada habia de ser. Se efectuó sin habernos antes visto , ni conocido. Bien es verdad que su hermosura quitaba á mi inclinacion y afecto todo motivo de disgusto : mas Emirena , que asi se llama , sentia al contrario , suma aversion para conmigo , sin saberos yo decir el

motivo ; á no ser que veais vosotros en mi exterior alguno que yo no veo , para que me aborreciese tanto como me aborrece ; pues de mis sentimientos y de mi trato , estoy asegurado que no la dí jamas motivo para ello.

No por cierto , dixerón á una Mirtilo y Silvanio. Antes bien , continuó á decir Mirtilo , vuestra presencia y fisonomía pueden prender , lejos de toda adulacion , á qualquiera doncella , mucho mas acompañadas de vuestros caudales. Vuestros sentimientos nos dan á ver tambien la injusticia del genio opuesto de vuestra esposa.

Oxalá , dixo Dalisio , fuese solo oposicion de genio , y no positiva odiosidad , y aborrecimiento casi invencible. Mi mismo tierno y apasionado amor , mis mas afectuosas demostraciones me grangeaban mayor aversion y desprecio de la misma ; de modo que llegó á tomar ella la resolucion de encerrarse en un monasterio , en que prefiere la clausura , y su perdida libertad y comodidades de su casa , á mi compañía , que dice serle aborrecible y detestable.

Es por cierto un caso , dixo Mirtilo , que debe causar maravilla , y que os hace al mismo tiempo acreedor á nuestra compasion ; mu-

cho mas recayendo en un sugeto de tan amables prendas , como lo sois vos. ¡Dioses! ¿Y estas uniones han de ser indisolubles? Veis-me aqui pues , continuó á decir Dalisio , infeliz y miserable para todos los dias de mi vida. Casado , sin muger ; soltero , con todas las obligaciones de casado ; amante , y tierno marido de una muger , que se hizo religiosa sin serlo , y sin quererlo tal vez ser ; y que tal vez pide al cielo mi muerte , para encontrar otro marido ; mientras yo pido al mismo , no otra esposa , sino la misma , aunque con diversos sentimientos.

¡Ah! Serán antes oídos sus ruegos que los míos. Oxalá lo sean ; porque , ¿para qué quiero yo una vida que debo llevar en continuo quebranto , pesar , y desconsuelo? Solo el campo , amigos , me sirve de algun alivio , y sobre todo la poesia , con que suelo desahogar los pesares de mi ánimo á la sombra de las plantas , que mucho me recrean , y en que me solazo. Por lo mismo me alegro que la fortuna os haya traído aqui , porque así podré gozar vuestro canto , y unir tambien el mio al vuestro si quereis ; pues si mal no me acuerdo , dixisteis que tambien Silvano es diestro en tañer y cantar.

Aunque de mucho no deba compararme ni con vos , ni con Mirtilo , dixo entonces Silvanio ; pero por complaceros sacaré fuerzas de mi rudeza. Vamos , pues , dixo tambien el impaciente Montano , que habia llegado rato antes , y oigamos como os desempeñais todos tres , ya que parece que queréis cantar juntos. Dalisio dixo que cantaria si comenzaba Mirtilo. Este se excusaba queriendo dar la primacia á Dalisio ; mas no queriendola este aceptar de ningun modo , ni Silvanio tampoco , se vió precisado á comenzar Mirtilo , diciendo al son de los rabeles :

EL CONJURO.

E G L O G A.

MIRTILO , DALISIO , SILVANIO.

MIRTILO.

Dalisio , hora que Febo se apresura ,
 Al fin de su carrera luminosa ,
 A encubrir de los montes al altura
 Su roja faz , en llama esplendorosa ,
 Y que la noche oscura

Desplega al cielo su estrellado manto,
Enviando el espanto,
Entre sombras envuelto, al mudo suelo;
He aquí, que ya en el cielo
Su plácido esplendor la luna ostenta,
Y á cantar nos convida;
Pues las sombras ahuyenta
De este valle, y con ellas los temores
Que ceden á sus dulces resplandores.
Veis que la despedida
Dieron las aves al huido día,
Y descansa en silencio su armonía.
Mas dormidas no estan, que sus oídos
Tienden á nuestro canto,
Abrigadas ya todas en sus nidos
Esperan que Silvanio, y tú, Dalisio,
Hagais de aqueste bosque alegre Elisio.

DALISIO.

Si de la amarga pena que en mi pecho
Se abriga, y lo devora,
Pudiese el sentimiento
Dexarte de algun modo satisfecho,
Yo imitára, Mirtilo, el dulce canto
De Filomena, que de noche llora,
Y á los cielos implora
Con sus trenos suaves, y lamentos,
Remedio de aquel mal que no lo tiene.

Mas hora me conviene ,
 Sin favor de las musas , ni del cielo ,
 Que con rudos acentos ,
 El triste canto imite
 Del buho , que amedrenta á todo el suelo ,
 Dando funesto agüero á las zagalas ,
 Si llega á descansar sobre sus techos ,
 Y en ellos plega sus pesadas alas ,
 Funesto indicio á sus medrosos pechos.

SILVANO.

Quanto mayor fomento ,
 Darás , Dalisio , al mal , y lo contemples ,
 Tanto mayor tormento
 Te dará su memoria renovada.
 Conviene que lo temples
 No con yerba buscada
 En epidauria selva : no se cura
 Con yerbas de los pechos la amargura.
 Mas bien sí con el canto ,
 Y al son de tu rabel , cuya armonía
 Absorba , pues lo puede , ese quebranto ,
 Y enxugue ese tu llanto ;
 Pues no creo que al fin tan grande pena
 Debas á tu Emirena.
 Con el pastor Ideo
 No fué á Ilion por mares fugitiva ;
 Ni se prendó tampoco de Theséo.

Todo tu mal es el mostrarse esquivá.

DALISIO.

¿Y ese mal te parece

Silvanio, tan tamaño en un amante,

Y en amante marido, que fenece

De amor aborrecido á cada instante?

Otro mal no quisierá

A mi odiado enemigo,

Si otro enemigo mio conociera,

Que esa enemiga mia,

Que reconoce en mí su fiel amigo.

Este valle es testigo,

Las veces que las flores recogia,

Para formar con ellas á su frente

Olorosa guirnalda, pues la ingrata

Desdeñaba las joyas del oriente,

Los dices de oro y de labrada plata,

Que mi afecto con mano respetosa,

Pensando complacerla, la ofrecia.

Mas ella desdeñosa,

Todas estas ofertas rehuia,

Y preciosos presentes:

¿Quánto mas las guirnaldas de esas flores?

¿Quánto mas los corderos inocentes,

Si alguna vez nacia con colores

Remendado el vellon en mi majada?

Mas á que fin, si nada

Ni mis ruegos , ni el llanto aprovechaba ,
En que me desahacia
Las veces que á sus plantas me postraba ,
Si menos insolente , consentia
Verme á sus pies postrado suplicante ,
Como un extraño amante.
Mas ella como roca ,
Batida de las olas , ó qual peña ,
Entorno de la qual su mormurio
Hace sentir el rio ,
Sin desplegar su boca
Con cara zahareña ,
Quedaba allí ; ó sus pasos revolvía ,
Y el alma me partía ,
Dexandome allí yerto ,
Qual estaba , postrado y mas que muerto ,
Y en los ojos quajado el grueso llanto.
; Ah ! que no odiaba tanto
Al deforme Ciclope Galatea !
Ni tan contrario instinto la natura
Dió al lobo , y al cordero , ni tan fea
De aparecido aspecto la figura
Parece al que contempla consternado
Su erizada melena ,
Quanto yo desdichado ,
A los ingratos ojos de Emirena.

MIRTILLO.

¡ Quánto apiado tu pena ,
 Triste Dalisio mio ! si pudiera
 Esta mi humilde avena
 Aliviar con su son tu sentimiento ,
 Yo contigo estuviera ;
 Ni de tu mal quitara el pensamiento ,
 Hasta que consiguiera
 Este fin suspirado de mi pecho .
 Tiene en él tu dolor este derecho .
 Y si mi humilde canto
 Pudiese tambien tanto ,
 Que en tu Emirena amada
 Dispertase el afecto que te debe ,
 Haria mi morada
 El claustro , en que se oculta , y donde bebe
 El agua turbia de tu injusto olvido .

DALISIO.

Antes verás unido
 Al Ebro con el Betis , y abrazado
 Al Abila con Calpe ; tan crecido
 El humilde cantueso y el madroño ,
 Quanto el pino y el cedro levantado ;
 Y mudada en otoño
 La primavera , ó en ardiente estío ,
 Antes que su restio
 Y odioso sentimiento mudar pueda

Esa ingrata Emirena en amor mio.
El amor ya perdido
En pecho de una esposa
No se recobra mas : ni harás que ceda
Al llanto , ni al lamento ,
Mucho mas si se ha en odio convertido.
No recabara aquesto tu contento ,
Aunque tan poderosa
Fuera tu lira , quanto la de Orfeo.
Este mismo deseo
Imposible , y cruel , en mí fomenta
Para mi mayor duelo ,
El mismo ciego amor que lo acrecienta ,
Sin dexarme probar ningun consuelo.

SILVANO.

¿ Quién tampoco creyera
Posible en este suelo , que probase
Una estatua de piedra sentimiento ,
Y que luego animada concibiera ,
Y la prole nacida ella criase
A sus maternos pechos ? Sin embargo
Probó Pigmalion este portento.
Fruto fué el niño Pafos de un deseo ,
Mas que el tuyo imposible.
Ni tampoco posible
Pudiera parecer al mismo Orfeo ,
Dar á su canto y lira el alto encargo

De recobrar su Eurídice perdida ,
 En la region temida
 De todos los mortales. Mas su llanto
 Pudo aplacar al rey del negro averno ,
 Que se rindió á su suave canto.
 No desespere tanto ,
 Dalisio de tu amor , de tu esperanza.
 Sujeta está á mudanza
 Toda muger que no baxó al infierno.

DALISIO.

Mudarse pueden ellas
 Mucho mas que los vientos. Mas no esperes
 Ver , Silvanio , en mugeres ,
 Del odio ó del enojo las centellas ,
 En centellas de amor jamas mudarse.
 Antes pudiera darse ,
 Que renacieran , hechas ya ceniza ,
 De los antiguos senos
 De sepulcros , que acaso desentierra ,
 Metidos en la tierra ,
 El labrador , con el luciente arado.
 Esto caracteriza
 La mudanza de amor en esos pechos ,
 Que solo no se muda , ya mudado.
 Constantes solo en esto , y satisfechos ,
 Permanecen agenos
 De afecto , que una vez han arrojado.

Y qual rio llevado
 De su curso á la mar , atrás no vuelve
 Aunque monte encumbrado
 Se oponga á su corriente ,
 Pues entorno del mismo se revuelve
 Buscando por los lados la salida
 Con su rauda avenida ;
 El odio , y desamor de esta manera
 Se opone á la razon de quien quisiera
 Inspirarle el afecto que no siente.

MIRTILO.

¿Has probado curarla por ensalmo ,
 O con algun conjuro ? pues me acuerdo
 Que el adivino Aftalmo
 Curó de esta manera á Doralice ,
 Muy desenamorada del marido.

DALISIO.

¿Y ese , ó Mirtilo , es un remedio cuerdo ?

MIRTILO.

¿Qué importa que lo sea , ó no , si dice
 Bien al mal el remedio conocido ?

DALISIO.

Aunque ahora yo quisiera ,
 ¿Dónde hallar ese Aftalmo ?

MIRTILO.

Aqui lo tienes.
 Si quieres , que comience yo el conjuro ,

Voy á darle principio.

DALISIO.

En hora buena.

MIRTILO.

Mas primero conviene que tus sienes
Esten muy bien cubiertas de verbena.

DALISIO.

¡O cuitado de mi ! ¿ dónde encontrarla ?

MIRTILO.

O quando no , es forzoso , si conviene ,

(Este remedio es mucho mas seguro

Para poder mudarla)

Que echas á tus espaldas á puñados

Quanta mas grama puedas de estos prados.

Y que digas gritando por tres veces ,

Pero con pecho fuerte ,

Que á Emirena aborreces ,

Mucho mas que á la muerte.

Y que aunque ella te amase arrepentida ,

Será de tí la misma aborrecida.

Y mienstras harás esto ,

Yo cantaré de presto

El conjuro. Silvanio á tí entretanto

Alargará la grama.

SILVANIO.

Aqui estoy.

DALISIO.

Ea pues comience el canto.

MIRTILO.

Ya sus greñas Sileno , y frente enrama
 Con pámpanos unidos al sarmiento ,
 Y sobre su jumento ,
 Mal sentado , y beodo titubea ,
 Y á una ninfa nisea ,
 Que le da vaya , dice , que es locura
 Amar á quien desama ,
 Y mas á quien desdeña.
 Baco desde una peña ,
 Que lo está contemplando con gran risa ,
 Aplaude á su cordura ,
 Diciendo ser verdad , que es gran locura
 Amar á quien desama. Luego á prisa
 Los sátiros riendo esto repiten ;
 Y saltando compiten
 Entre sí , á quien dirá con voz mas dura ,
 Que amar á quien desama es gran locura.
 Hora , Dalisio , debes por tres veces
 Decir , lo que tengo insinúado ,
 Que á Emirena aborreces.

DALISIO.

A fé no puedo mas de rebentado.
 Es trabajo mayor que el que pensaba ,
 Echar asi esta yerba.

SILVANO.

Asi curaba

Aftalmo de ese mal. Del mismo modo

Vas á curar, Dalisio ; mas advierte

De decir el conjuro.

DALISIO.

Aunque cansado,

Y sin aliento , lo diré contodo.

Escucha. A par de muerte

Te aborrezco , Emirena :

Y aunque quisiera mi propicia suerte

Remediar á mi pena ,

Volviendote amorosa,

Me serás siempre odiosa ,

Quanto yo te lo he sido.

MIRTILO.

¡ O vientos ! al oido,

De Emirena llevad este conjuro,

Ni lo detenga el muro

Do la misma se encierra ; mas le toque

El corazon de suerte , que ella invoque

El nombre de Dalisio. Tu entretanto

Vuelve á decir , Dalisio , mas de veras

Lo que dixiste ; mas gritando tanto ,

Que te puedan oir desde el aldea.

SILVANO.

Mas no debes por eso detenerte.

Aqui tienes mas grama.

DALISIO.

Asi pues sea ,

O Emirena, aunque amarme ahora quisieras,
No pudiera ya amarte , ni quererte ;

Pues á par ya de muerte

Te aborrezco , ni curo el ser amado.

MIRTILLO.

Basta , Dalisio , basta. Estás curado.

Atónito quedó Dalisio quando con la conclusion de la egloga y del canto de Mirtillo, echó de ver toda la ingeniosa traza. Pues aunque desde el principio tenia ya por juego y burla aquel conjuro , no veia el ingenioso fin que habia de tener ; ni se persuadia que aquello habia de tener la menor fuerza para aliviar su pasion. Pero vió de hecho, que una frusleria consigue á las veces , por juego, lo que no se puede recabar de un apasionado afecto con muchos años de serio contraste , y de sufrimiento.

Silvanio, que no esperaba tampoco aquel éxito del meditado conjuro de Mirtillo , quando oyó la conclusion de su canto , echó á reir en el mismo ademan en que se hallaba de suministrar la grama á Dalisio. Luego preguntó á Mirtillo, ¿si creia que Dalisio hubiese

curado con aquello? No hay duda en eso, respondió Mirtilo, si dixo de veras el conjuro que acaba de proferir.

Mientras Mirtilo decia esto, Dalisio, echando de reves la grama que tenia en las manos, acudió á darle un abrazo, diciendo: si no estoy curado del todo, la memoria de vuestra traza me servirá de la mas eficaz leccion. Mas este no es lugar á proposito para manifestaros mi agradecimiento. Vamos á mi granja, que está aqui cerca, donde podreis descansar esta noche con alguna comodidad, pues es ya tarde.

Montano, que estaba allí con ellos, á quien comprehendia tambien este convite, y que habia oido con gran complacencia la egloga de sus zagales, se excusó con Dalisio sobre su convite, diciendole que no podia desamparar su ganado; pero que podrian ir los cantores, que lo merecian, ciñendose él á darle las gracias por su generoso ofrecimiento. Llevóse entonces Dalisio á Mirtilo y á Silvanio, á quienes dió en su granja una cena abundante y gustosa. En la misma les manifestó con sus amigables y sincéras expresiones, el aprecio y estimacion que hacia de sus personas, y de su gusto en la poesia, ma-

nifestandoles al mismo tiempo las sospechas que tenia de que no fuesen lo que aparentaban en su traje, y exercicio.

Dió con esto motivo á entrambos, para que le hiciesen la confianza de la resolucion que hicieron de renunciar á todas sus pretensiones honrosas, á que prefirieron la paz y la tranquilidad de la vida pastoril. Creció con este descubrimiento de los zagales la admiracion de Dalisio, y el mayor aprecio que formó de los mismos. Esto fué causa de que alargasen sobre cena la conversacion, mas de lo que permitia su cansancio, y la temprana partida que habian de hacer al dia siguiente.

Amanecido este, despues de haber dormido pocas horas en la granja de Dalisio, se despidieron de él agradeciendole su generosa acogida. No menos agradecido se les mostró Dalisio, haciendoles algunos regalos para el camino, que tomaron inmediatamente hácia el valle, donde encontraron á Montano, que los esperaba para partir, levantandose ya el sol sobre el horizonte.

Aquella mañana tuvieron Mirtilo y Silvanio harta materia con que entretener amigablemente el ocio del camino, con la memoria de Dalisio, de su desgraciado casamien-

to, y de las generosidades que usó con ellos el mismo, hasta que llegaron, pasado el medio dia, á un ameno vallecito, que formaban dos lomas vecinas la una de la otra, y pobladas de arbustos, desde donde veian á corta distancia la ciudad de Mérida. Sobresalian entre la yerba y maleza de aquel valle los cimientos de un antiguo edificio destruido; y se veian esparcidas por el suelo varias piedras que parecian pedazos de columnas, y de paredes.

Llegados los zagales á aquel sitio, como sabian que Montano no les perdonaba la cancion, mientras los zagalillos aderezaban la comida, Mirtilo, antes que Montano los exhortase á cantar, dixo á Silvanio, que le venia estro de cantar una cancion á aquellas antiguas ruinas, y á las que le presentaba la ciudad de Mérida, que tenian á la vista, con los monumentos de los Romanos que allí se conservaban.

Silvanio se lo aprobó, como tambien Montano, luego que Mirtilo le insinuó el argumento; y tomando el plectro, de quien parecia sacar tonos muy fuertes, comenzó á decir asi:

CANCION.

¿Quién será aquel que vea ,
Sin ceder al terror , esas ruinas ,
De que el duro zarzal se enseñorea
Erizando sobre ellas sus espinas ?
Ved como las insulta impunemente
Esa veloz , rástrera lagartija ,
Que sobre ellas levanta osada frente ;
Donde la misma fixa ,
Como señora su ocultado nido.
Mortal desvanecido ,
¿ Y á su vista pondrás tu pensamiento
En las torres de viento
Que la ambicion y gloria
Prometen erigir á tu memoria ?
¿ Quién dirá lo que fueron
Esos marmoles rotos , que ni aun forma
Conservan de aquel ser que recibieron
Del arte y del cincel , que los transforma
En excelsos asientos de grandeza ,
Que provocar parecen encumbrados
De mil futuros siglos la lenteza ?
¿ Por qué pues derribados ,
Y rotos , y esparcidos por el suelo ,
Ni aun dexan el consuelo

De saber qual ha sido su figura ?
 Su macizada altura
 En portentoso hechizo ,
 ¿Dónde está? ¿Dónde estaba? ¿qué se hizo?

¡O imagen lastimera
 De la humana ambicion ! ¡O yerma escuela
 De virtud! ¿por qué aqui no considera
 Su fragil ser aquel que se desvela ,
 Y apremia á su afanado entendimiento
 Para hacer de esa mole destruida ,
 Y de sus duros restos , el cimiento
 De mole mas crecida ,
 Con que él espera eternizar su nombre ?
 ¿Pequeño y mortal hombre ,
 Diciendo no te están esas ruinas
 De memorias latinas ,
 Y excelsos coliseos ,
 Quales son los humanos devaneos ?

Estas deformes piedras ,
 Que hora dan á un pastor escaso asiento ,
 De entallados laureles y de yedras
 Asiento tal vez fueron , y ornamento
 De algun sangriento triunfo ó de victoria ,
 Que puso la cadena al pie de España ,
 Y destruyó sus pueblos ; ó memoria
 De mas humana hazaña.
 ¿Mas quién fué el vencedor , y qual la mano ,

Y el nombre del Romano
 Que aspiraba á tal gloria? ¿y quién lo sabe?
 ¿Y tanta ambicion cabe
 En los mortales pechos,
 Que en polvo y nada se han de ver deshechos?
 ¿Y á este fin se despojan
 Las provincias, se asuelan las ciudades,
 Se deguelan los pueblos, y se arroján
 Sus cenizas al viento, y crueldades,
 Que hacen aterecer al sentimiento,
 Ensayan los feroces vencedores?
 ¿Dónde está tanto exelso monumento
 De esos fieros honores?
 Vibró el tiempo contra ellos su guadaña,
 Y su altura tamaña
 Al suelo luego vino. Su gran huella
 Asentando sobre ella
 Aquel alado anciano,
 Parece diga con desden ufano:
 En valde el hombre espera
 Ver cansado jamas mi poderio.
 Cebo de mi furor es su altánera
 Y loca presuncion, y es desvario
 Verme sacio jamas de altos estragos,
 Y de inmensas ruinas. Yo, si quiero,
 Hundo los montes en profundos lagos,
 Y agotar del Ibero

Pudiera los raudales. Las ciudades
 En vastas soledades,
 A la vista espantosas, yo transformo.
 Yo la tierra reformo,
 Con sus generaciones,
 Y trato como á insectos las naciones.

De esta máquina inmensa,
 Que por bóveda tiene el firmamento,
 Desharé yo la travazon. Mi ofensa
 Sentirá hasta su mismo fundamento.
 Sacaré de su asiento al Océano,
 De su prision los vientos, que azorados
 De mi saña, é impelidos de mi mano,
 Asombrarán los hados
 Con la ruina de la tierra, y cielo
 En su rápido vuelo,
 Haré chocar los astros y planetas
 Con ayrados cometas.
 Las caidas estrellas
 Se apagarán so mis triunfantes huellas.

Con este brazo mismo
 De las reliquias del deshecho mundo,
 Extendere mi lecho en el abismo.
 Cubriré de tinieblas su profundo
 E inmenso seno, en donde yo tendido
 Pondré á los pies del trono omnipotente,
 Junto á la eternidad, sobre el olvido.

Mi coronada frente.
¿Y ese átomo mortal, en fragil losa
Su nombre grabar osa,
Creyendo así extender su nombradía,
Y su gloria valdía,
Mas allá de la muerte,
Y así exímirse de mi brazo fuerte?
¿Al indiscreto anhelo
De su mezquina vanidad no espanta
Ese esteril elecho, y anapelo
Que su barba uno y otro audaz levanta
En paredes de templos derruidos,
De deshechos teatros y de termas,
Que solo sirven ya desconocidos,
Por esas tierras yermas,
De encaramado asiento al cabrahigo,
O de seguro abrigo
A la zorra, que asoma su cabeza
Entre el alta maleza,
Que siembra allí mi mano
En mayor fisga del poder Romano?
Sin decir mas, al viento
Volvió el tiempo á tender sus grandes alas,
E huyó á par del ardiente pensamiento,
Que dexa atras las disparadas balas.
Al grave impulso de su pie cayeron
Los restos de teatros, templos, y urnas.

Ahullaron las sombras , que salieron
Con las aves nocturnas
De los rotos lucilos , y con vuelo
Atolondrado , el cielo
Hinchian de sus lúgubres chillidos ,
Viendo caer sus nidos ,
Y lóbregas mansiones ,
Templos de Augustos , Claudios , y Nerones.

Jamas quedó tan espantado y atónito el mayoral Montano , quanto al oír cantar á Mirtilo esta grandiosa y sublime cancion. Porque revestido Mirtilo de la magnificencia y grandeza del argumento , infundia tal vigor al son y al canto , que parecia levantarse de la piedra en que estaba sentado.

Igual impresion hizo en Silvanio , que acabó de persuadirse de las grandes ventajas que le llevaba en la poesia. A tenor de esta persuasion le alabó la cancion , diciendole que no habia oido ni leido otra cosa mas sublime , y que le parecia no poderla aventajar otra alguna. Eran muy diferentes las expresiones de Montano ; pues á pesar de su gran conmozion , no apreciaba del todo aquellos asuntos tan sublimes , que posponia en su juicio á las otras canciones ; en que entraban selvas , pastos , ganados y pastores.

Por lo mismo no quedando enteramente satisfecho de la cancion de Mirtilo , rogó á Silvanio que cantase otra sobre argumentó mas ameno. Pero Silvanio , que estaba penetrado del vigor y grandeza del estilo , y de las vivas imagenes y expresiones de la cancion de Mirtilo , se excusó diciendo que no sabia ya que cantar despues de la cancion de Mirtilo. Sugirióle Montano que cantase un cuento , semejante á los que sabia Mirtilo.

Silvanio , aunque de mala gana , condescendió con sus instancias , y cantó el siguiente Idilio.

EL RAPTO DE EUROPA.

I D I L I O.

Oye , pues , ó Montano ,
 El hurto mas famoso en este suelo ,
 De una hermosa princesa ,
 A quien el soberano
 De los dioses robó. Que allá en el cielo
 Hacia tambien presa
 El amor en los pechos celestiales.
 Mas esós dioses eran ideales ,
 Que aquella edad fingía.

La misma sin embargo los honraba
Por orden de la diosa Idolatría.

Esta entonces reynaba,
Quando el dios de los dioses, el Tonante,
Se enamoró de Europa,
Que así aquella princesa se llamaba.
Y luego que tragó en preciosa copa
La ponzoña de amor con la ambrosía,
Determinó al instante
Robarla, mas de un modo extravagante,
Y que solo cabia
De Jove en la sublime fantasia,
Pues tomar quiso del cornudo toro
La forma y semejanza,
De sí mismo olvidado, y del decoro
Que competia al que los rayos lanza.

Mas antes de tomar aquesta forma,
Llama al hijo de Maya,
Al alado Mercurio, á quien informa
De su intencion, mandandole, que vaya
A la sidonia playa;
Y que hácia el bosque ameno, que allí habia,
Encamine al instante una torada
Que no lejos pacia.
Esto dice, y tomada
En aquel mismo punto la figura
De un hermoso novillo,

Se mezcló en la torada en derechura,
Que en forma de sidonio zagalillo,
Mercurio encaminaba
Hacia el mandado bosque. Allí se hallaba
Con algunas doncellas,
Solazandose Europa : allí con ellas
Las flores de aquel prado
Cogia muy gozosa , y muy agena
Del lance meditado ,
Del toro , que venia por la arena ,
Con paso muy ufano ,
Como quien á los otros precedia ;
Y como convenia
De la tierra , y del cielo al soberano ,
Que en aquel nuevo aspecto se encubria.
Al verlo las doncellas ,
No huyeron de él ; pues él les infundía
Admiracion , y afecto á su figura.
Antes bien todas ellas ,
Prendadas al instante
De su mansa hermosura ,
Querian contemplarlo á su talante.
Y reparar hacia
Una á otra su pelo , semejante
En color , á las perlas , que traia
Europa por adorno en su cabeza ;
Su desenvuelta forma ; la belleza

De sus astas, qual ambar transparente,
 Que en arco se encorvaban,
 Sobre su lisa frente,
 Como el que suele la menguante luna.

Asi mismo admiraban
 En sus ojos brillantes,
 El tierno, dulce, y amoroso fuego
 De su amabilidad, y del sosiego;
 El color de sus niñas, semejantes
 Al vivo azul del cielo. Ni ninguna
 De reparar dexaba,
 Que él mismo lo animaba
 Con mirada tan mansa, y hechicera,
 Que Europa la primera,
 Una flor con la mano le alargaba.
 Mas era á Europa á quien el dios buscaba,
 Y que se prometia,
 Si tenerla en su dorso conseguia.

A este fin pues, doblóle las rodillas
 Para adorarla, si; pero no tanto,
 Quanto para obtener aquel intento,
 Que él mismo le infundia,
 De sentarse por juego en sus costillas.
 Y luego que le vino el pensamiento
 A la inocente Europa,
 Lo executa, y se sienta en sus espaldas,
 De las otras doncellas ayudada.

Qual compone las aldas
De la encogida ropa;
Qual sostiene á la misma, asegurada
De la bondad de aquel novillo amante.

Mas en el mismo instante
Se levanta, y escapa con la presa,
Gritando la princesa
Ayuda á sus doncellas,
Que á sus gritos reian divertidas
De la traza del toro, á quien seguian,
Porque ninguna de ellas
Se imaginaba entonces, que pudiera
Suceder, lo que luego, sorprendidas,
Vieron que aconteció, con maravilla
Y espanto de las mismas, que en la orilla
Vieron del mar meterse el veloz toro,
A Europa se llevando:
Y que metido ya en la mar, gritando
En vano la princesa adolorida,
Iba por él nadando,
Como delfin con agitado anhelo,
Rebosando su pecho de consuelo,
Quanto mas la inocente, é incauta Europa,
Gritando por remedio,
A sus robustos cuernos se amarraba,
Y los pies retiraba,
Viendo bañar su ropa,

Ya de la mar en medio ,
 Las espumosas olas , que movia
 El toro , que en su curso las partia.

Al alegre mugido ,
 Que arrojó entonces , vieras á porfia ,
 Salidos de repente
 Las ninfas , y tritónes , que al sonido ,
 De sus roncás bocinas ,
 Del dios omnipotente
 El triunfo esclarecido celebraban.

Y las ninfas marinas
 Decian con el canto
 A la princesa sollozante , y triste ,
 A quien acompañaban :

Desiste , ya , desiste ,
 Europa , de ese llanto ;
 No conviene ese duelo
 A la que por esposa
 Del dios de tierra y cielo ,
 La suerte venturosa ,
 Destina. Si lo ignoras ,
 El dios á quien imploras
 Te lleva , y te conserva ;
 Y hacerte se reserva ,
 Esclarecida madre ,
 Del hijo que por padre
 Conocerá al Tonante.

Creta, que está delante
De tí, es tu Reyno. El lecho
A tu angustiado pecho,
Las horas aparejan;
El sagrado himeneo
Hace que te entretexan,
En el valle Rethéo,
Las ninfas la corona.
Adornará tu zona
Virginal la gran cuna,
Que recibió nacido
A Jove tu marido;
Sepas pues apreciar tan gran fortuna.

Aquesto que cantaban,
Confirmóselo Jove, ya llegado
Al suelo deseado;
Do las Ninfas Rethéas la esperaban,
Que acallaron su espanto.
Al gozo cedió el llanto;
Obtuvo así su intento
Hecho su esposo el dios del firmamentó.

Agradó sumamente á Montano este lindo cuento de Silvanio, como él lo llamaba, y que en su aprecio preponderaba á las graves y sublimes canciones de Mirtilo, quando las cantaba. Ni se recató de decirlo de nuevo á Mirtilo, para obligarlo á que le cantase otras

semejantes á las amenas que solia. Comieron luego , y sin detenerse mas tiempo prosiguieron su viage , deseosos de llegar aquella noche á la majada del mayoral Comante , que era muy amigo de Montano , y que le habia precedido algunos dias en su trashumacion.

Encontraronse con él accidentalmente , quando volvia del pasto. Recibióles con gran gozo y regocijo de entrambos , como tambien de los zagales , teniendo Mirtilo el gusto de conocer al zagal de Comante , llamado Silvio , de quien le habia dicho de antemano Silvanio , que era muy diestro en cantar y puntear el rabel ; lo que fué motivo para que travesen luego amistad entre los dos.

Daba morada de invierno al mayoral Comante un rico labrador llamado Absinto , que tenia su alqueria cerca de la majada que le alquilaba. Era su familia numerosa , y en ella contaba cinco doncellas. Avisadas estas de la llegada de los pastores Mirtilo y Silvanio , ocurrióles luego el bayle , é hicieron de modo , por medio del zagal Silvio , que su madre convidase á los llegados Mirtilo y Silvanio , para divertirse aquella noche con el bayle ; convidando para ello , á escondidas de su padre Absinto , á dos familias de ricos labra-

dores vecinos suyos , que no tardaron á comparecer en número competente.

Mirtilo , Silvanio y Silvio , habian de ser los cantores , que llegaron con sus instrumentos ; y formadas luego las parejas , con tácita condescendencia del labrador Absinto , comenzó la danza , siendo el primero Mirtilo en acompañarla con esta cancion :

ANACREONTICA.

Tras la fatiga viene
El descanso , zagales ;
Ni en llanto siempre , y males
La suerte al hombre tiene.
Holgarse , pues , conviene
Al que trabaja y suda ,
Mientras que no se muda
La suerte , que en mil modos
Nos acomete á todos.

No siempre ve sus mieses
El labrador taladas :
Ni siempre en las majadas
Deguella el lobo reses.
No siempre en sus reveses
Es constante la suerte ;
Y en ello nos advierte ,

Que quiere dar relaja
Al que suda y trabaja.

Premio de los sudores

Es el divertimiento,

Y aquel grato contento

Que inspiran los amores ,

Que con premios mayores

Endulzan la esperanza ;

Mas que no los alcanza ,

Sino el sudor de aquellos ,

Que trabajan por ellos.

En esta liza quiere

Ver el amor los pechos ,

Adquirir los derechos

Que solo aquel adquiere ,

Que baylare , y bebiere ,

Y bebiere de modo ,

Que sin quedar beodo ,

Solamente lo quede

Del premio , que él dar puede.

¿A qué esos premios vanos

De laurel , y de encina ,

Que en la guerra destina

Mavorte á los humanos ,

Crueles , é inhumanos ?

En tan funesto juego

De aceros , y de fuego ,

Se ensaye su esperanza ,
Mas la nuestra en la danza.

En aquesta , mejores
Conquistas nos promete
El dios , que hace juguete
A esos conquistadores ,
Y á todos sus honores ,
De sus agudas flechas.
Zagala que desechas
Las quejas de un amante ,
¿ Querrás no ser triunfante ?

Solo á tu rendimiento
El promete victoria ;
Pero toda la gloria
La convierte en contento
Mayor , que el que da Marte
En combate , en que parte
Tiene el estrago y susto.
¿ Quanto mas vale el gusto ,
De verte vencedora ,
Presa , de quien te adora ?

Esta cancion de Mirtilo dió fin al primer bayle , que comenzado á disgusto del labrador Absinto , dió luego priesa para que se acabase el segundo , no queriendo mas larga zambra en su casa ; con lo que quedaron algo mortificadas las doncellas , que sin embar-

go comenzaron el segundo bayle , acompa-
ñandolo Silvanio con esta cancion :

ANACREONTICA.

Luego que á todo el suelo
De Arcadia el cierzo cubre ,
Pasado ya el Octubre ,
De repentino yelo ;
Pan inmediatamente
Aparta su ganado
A pasto mas templado ,
Y pasa el inminente
Invierno , en las entrañas
De elevadas montañas.

De las selvas vecinas
Los faunos allí llegan
Con las ninfas , que allegan ,
De flores campesinas ,
Y frutos coronados ;
Y alivian con la danza
Del tiempo la mudanza.
Ni otros son los cuidados ,
Que tienen noche y dia ,
Que alegrarse á porfia.

Lo que los faunos hacen
Nosotros , pues , lo hagamos

Baylemos , y bebamos ,
Que en ello se complacen
Las gracias , los amores ,
Y nuestra diosa Pales.
Arrojemos , zagales ,
Del pecho los temores ,
Lejos de la majada ,
Con danza concertada.

Baco no de otra suerte ,
Del tiempo en la aspereza ,
Ahuyenta la tristeza ,
Y salta , y se divierte
Con el viejo Sileno ,
Y sus sátiros todos ,
Alegres y beodos ,
Pues ninguno en su seno
Admite sino el vino :
Mas esto es desatino.

Pues danzan sin concierto ,
Como movidos cueros
Al son de los panderos ,
Y en tanto desacierto ,
Que toman á las cubas ,
Por ninfas , y bacantes ,
Donde estrujaban antes
Ellos mismos las uvas ;
Y allí se rompen ellos

Los cuernos , y los cuellos.

Danzar de esta manera ,

Zagalas , es locura ,

Vuestra desenvoltura

Armoniosa y ligera ,

Encanta y enamora ,

Quando la veloz planta

Del suelo se levanta ,

Y en seguir se acalora

La medida y concento ,

Del son del instrumento.

Acabada esta cancion , y con ella el bayle , no quiso de hecho Absinto que pasase adelante , con nuevo disgusto de las doncellas. Con esto no pudo cantar su cancion el zagal Silvio. Mirtilo y Silvanio , vieronse precisados á volver con él á la majada , donde quedaron los dos mayores , Comante y Montano , que no gustaban de bayles. Alegaronse de ver volver sus zagales antes de lo que esperaban , especialmente porque habiendo hecho Montano mil elogios á Comante de su zagal Mirtilo ; con ello le habia despertado las ganas de oirlo , y pudo satisfacerlas mas presto con su llegada.

Tuvieron antes su cena , que fué muy divertida , y acabada ya , rogó Montano á Mir-

tilo que cantase una cancion. Mirtilo se excusó diciendo que estaba algo ronco , como lo estaba de hecho ; pero que sin embargo acompañaria á Silvio , y á Silvanio á cantar una egloga , en que no debiese tener gran parte. Comante aceptó la excusa , y Silvanio dixo entonces , que pondria en trotes á Mirtilo de quedar atras en la cancion , aunque no estuviese ronco , y aunque comenzase la egloga como quisiese. Mirtilo , queriendo hacer la prueba comenzó á cantar asi :

LOS DICHOSOS AMANTES.

E G L O G A.

MIRTILO, SILVIO, SILVANIO.

MIRTILO.

¿Silvio, no te parece,
Que el cantar encerrado en la majada,
Tanto al alma no agrada,
Quanto á la sombra de un ameno prado
O arroyo serpenteado,
Que su seno enriquece,
Corriendo apresurado

Entre yerbas y flores , mientras pace
 El ganado tranquilo á sus anchuras,
 En donde sentir hace
 Su canto el verderon y el pintadillo,
 Resonando tambien por las honduras
 El canto de pastores,
 Que al son de su suave caramillo
 Celebran sus amores?

SILVIO.

No lo niego , Mirtilo. Mas ni flores
 Dan todas las sazones ,
 Ni se visten las selvas de verdores ,
 Quando los regañones
 De las cimas del Oca se desprenden,
 Y las nieves envian.
 Ni frutos siempre crian
 Las plantas , ni tampoco el vuelo tienden ,
 Ni siempre escuchar dexan
 Las aves , que se alejan
 De aqueste suelo , su gustoso canto.
 El gusto que mi oido
 Percibe del cantar de los pastores ,
 No lo quilato tanto
 Por el lugar frondoso , y divertido ,
 Quanto por el sonido ,
 Aunque sea en majadas inferiores
 A esta , que amenizas con tu acento.

¿Oyeras con contento,
 En las selvas del Menalo, ó de Gnido
 El pesado concento
 De Bavio y Mevio, y de otros semejantes?

MIRTILO.

Los cantos disonantes,
 Siempre son, Silvio, ingratos; ni quisiera,
 Aunque de Tempe fuera
 En los amenos bosques, ó de Gnido,
 Concederle mi oido.
 Un disonante canto es gran tormento.
 Mas un dulce concento,
 Hacese mas gustoso
 En un lugar sombrío y delicioso.

SILVANO.

Hasta ahora ninguno te lo niega.
 ¿Quieres, Mirtilo, acaso,
 Cantar á tu placer á cielo raso?
 Podemos pues salir de la majada,
 Y todos tres sentados en la vega,
 Que toda está por cierto muy sombría,
 Con esta noche fria,
 De un sutil ciercecillo regalada;
 Y hacer nuestra armonía
 Mas gustosa á tu oido, y la tonada,
 Si aqui por encerrada,
 Debe agradarte menos. Esto fué

Mejor que no pasarla con razones.

MIRTILO.

Silvanio, las canciones

A materia qualquiera,

Se pueden hermanar. Mas si aborreces

La disputa en el canto, aunque solia

Altercar varias veces

Menalcas con Dameta, la porfia

Cederá al argumento que indicares;

Y cederá al instante;

Puedan nuestros cantares

Agradar á Montano, y á Comante.

SILVANIO.

Si debo dar principio como amante,

Será por mí Cratíla la primera

Celebrada, y serálo la postrera:

Pues ella es en la tierra

Mi tesoro mayor, que no trocara

Por quanto aquella encierra

En sus ricas entrañas. Desdeñara

La preciosa tiara

Llevar de Creso en mis reales sienes,

Si debiera llevarla yo sin ella.

¿Qué son todos los bienes,

En su cotejo, del entero suelo?

La esplendorosa estrella,

Precursora del alba en claro cielo,

Es mucho menos bella ;
 Y el alba misma la mas bella , y pura ,
 Aunque á mi lo mas bello me parece ,
 Tanto no resplandece
 A mis ojos , quanto ella en la hermosura
 De su amabilidad , que solo adoro ,
 Y que al cielo yo imploro
 Conserve á este su amante enardecido.
 Llevad mi canto , ó vientos , á su oido.

SILVIO.
 Aunque por su bèleza ,
 Tanto en la Grecia y Frigia celebrada ,
 Por dos veces robada
 Helena fuese del pastor Idéo ,
 Y del fuerte Theseo
 Y aunque la misma Grecia conjurada ,
 Toda su fortaleza
 Pusiese , en recobrar tal hermosura ;
 En gracia , y apostura ,
 Y en donayre de talle , no pudiera
 Ser ella con mi Elidia comparada.
 Por ella desechara
 A Venus misma , aunque me presentára
 A Pafos , Amatunta , Idalio , Gnido
 Llevad mi canto , vientos , á su oido.

SILVANO.
 Apolo no amó tanto ,

Por cierto , á la engendada de Peneo ,
 En laurel transformada ,
 Honor y prez del canto :
 Ni tampoco de Alfeo
 Lo fué tanto Arethusa , aunque mudada
 En veloz fuente huyese ,
 Y él tambien veloz rio , la siguiese
 Baxo del mar abriendosele senda ,
 En su ansiosa contienda ,
 Hacia el suelo , á quien bate y ladra Scila ,
 Quanto amada es Cratíla
 De quien de ella se ve correspondido.
 Llevad mi canto , vientos , á su oido .

SILVIO.

Ni fué del mismo Apolo
 Coronis tan amada , ó del Tonante
 Calisto , aunque en el polo
 Colocada se vea , como estrella ,
 Guia siempre propicia al navegante :
 Ni de Pan fué Siringa tan querida ;
 Y aunque fuese mas bella
 Hersedes del Dios Mercurio sorprendida ,
 En tanto amor tenida
 No fué ni esta , ni aquella ,
 Ni la otra de algun dios , quanto adorada
 Es Elidia de Silvio , y estimada ,
 Y él adorado de ella , y atendido .

Llevad mi canto , vientos , á su oido.

SILVANIO.

Tan dulce y regalada ,

No es al ardiente prado en el estío

Lluvia continúada

Con suave susurro ; ni el rocío

A las yerbas y flores ya crecidas

Tanto alegría y ánima ; ni al cansado

Y sediento pastor , apetecidas

Son tanto en clara fuente

Las aguas cristalinas ,

Que contar dexan las menudas chinás,

Que rien en su fondo transparente ,

Quanto al pastor Silvanio la mirada

De su Cratíla amada ,

Vibrada con suspiro enternecido.

Llevad mi canto , vientos , á su oido.

SILVIO.

Ni tan apetecido

Y buscado de abejas

Es en valle el tomillo ya florido ,

Y el florido romero ;

Ni se complacen tanto

En el salobre pasto las ovejas ;

Ni el hambriento cordero

En ubre retesada ; ni á pastores

Tanto las buenas crias satisfacen ,

Y el ingenioso canto ;
 Ni la copiosa mies á labradores ;
 Ni á duros segadores
 Recrea tanto , baxo sombra amena
 El son de dulce avena ,
 Y el mas dulce licor de buen sarmiento ,
 Quanto á Silvio contento ,
 Gustoso , satisfecho , y regalado
 Dexa Elidia las veces , que querido
 Lo llama , y adorado ,
 Mirandolo con ojo algo encendido.
 Llevad mi canto , vientos , á su oido.

SILVANO.

Mientras que sus corrientes
 Llevarán á la mar entre verdores
 Los rios y las fuentes ;
 Y mientras que la tierra dará flores ,
 Frutos , y sombra las frondosas plantas ,
 Lluvias las nubes , y los mares peces ;
 Y mientras , que sus creces
 Renovará la luna ; y sus albores
 Mostrará al suelo el alba renacida ,
 A mi hermosa Cratila parecida ,
 A esta amaré : ni tantas
 Podrán ser las mañanas de mi vida ,
 Que apagar vean de mi amor ardiente
 La llama , que su afecto en mí ha encendido.

Pues arderá en mi pecho eternamente,
 Ni el suyo se verá disminuido.
 Llevad mi canto, vientos, á su oido.

SILVIO.

Antes hácia sus fuentes
 Volverán de la mar entre verdores
 Las baxadas corrientes;
 Y dexará la tierra de dar flôres,
 Frutos, y sombra las frondosas plantas,
 Lluvias las nubes, y los mares pecés;
 Y paradas sus creces
 Antes verá la luna; y sus albores,
 Negará al suelo el alba renacida,
 A mi querida Elidia parecida,
 Que dexé Silvio de adorarla: y quantas
 Podrán ser las mañanas de mi vida,
 Acrecentar verán mi amor ardiente,
 Con la llama que el suyo en mí ha encendido.
 Y si durar pudiera eternamente,
 Lo viera eternamente mas crecido.
 Llevad mi canto, vientos, á su oido.

SILVANO.

¿Mas como es, que no canta
 Con nosotros Mirtilo? ¿por qué calla?

MIRTILLO.

Acertaste, Silvanio; pues no es tanta
 Ni podrá jamas serlo la ventura

De este pecho, que se halla
 Sin amor, ni hermosura,
 Ni afecto de zagala, que provoque
 Mi plectro y voz al canto;
 Ni que mi corazón tampoco toque
 Con mirada leal y afectuosa.
 ¡ O suerte venturosa
 La vuestra, pues aquesto se os concede !
 ¡ Quanto, amados pastores,
 Os envidia ! Esa dicha ; á quién sucede
 Sino á vosotros, que encontráis amores
 Sincéros, y constantes
 En zagalas amantes ?
 No conocí á ninguno
 Que esté, como vosotros, tan pagado
 De su afecto apreciado,
 Antes bien con su flebil é importuno
 Canto, oigo á todos fatigar al viento,
 A los bosques y valles, y á las fuentes,
 Con sus quejas ardientes,
 Como si sentimiento
 Hubiesen de tener de sus amores,
 Siempre desatendidos ;
 Y apiadar sus dolores,
 Pidiendoles alivio, con gemidos,
 Del mal que los arrastra á cruel muerte.
 Mas si acaso la suerte

Me tiene tal ventura reservada,
Y del todo á la vuestra semejante,
Vereis entonces á Mirtilo amante,
A su zagala amada
Celebrar con acento,
Que atras dexára el vuestro, y que pudiera
Aventajar no solo
Al mismo Lino, y al divino Apolo,
Mas que allá en la alta esfera,
Ved quan grande es mi aliento,
Paráse en su carrera
Al luminar mayor del firmamento.

Complacieronse mucho los dos mayores Montano y Comante, con la egloga que acababan de cantar sus zagales. Montano especialmente rebosaba de complacencia, por quanto todo el canto de Silvanio redundaba en alabanza de su hija Cratíla, prometida esposa á Silvanio, que manifestaba al mismo tiempo con sus amorosas alabanzas el grande y ardiente afecto que la tenia. Todos contentos y satisfechos, se acostaron y durmieron placidamente.

Al dia siguiente se despidieron de Comante, y de Silvio su zagal, los pastores que debian continuar su derrota; pues Comante quedaba ya allí de asiento á pasar el invier-

no en la majada de su amigo Absinto. Partieron despues de haberle dado muy afectuosas demostraciones de cariño y aprecio á Silvio, de cuya destreza iban tratando Mirtilo y Silvanio por el camino, ajenos de encontrar en él la extraña aventura que les aconteció á poco mas de una legua de la majada del mayoral Comante.

Ivan juntos Mirtilo y Silvanio, como lo tenian de costumbre, hablando amigablemente de las especies que les iban ocurriendo, quando al baxar una pequeña cuesta, para entrar en un espacioso valle con su ganado, vieron que la subia un caballero andante, que tal se les antojó por su extraña figura. Llevaba empuñada una larga lanza, estando montado sobre un recio frison, que asi él como el caballero, en su extraño trage indicaban que no eran de la tierra, aunque su vestido parecia en parte al antiguo español.

Confirmó en la formada opinion á los dos zagales el mismo caballero, quando llegó á encontrarse con ellos; pues les dixo, en una especie de xerga, que solo entendian por discrecion, encarandoles el mismo la lanza: *Tratenedes; porque si non, os infilzarei como os figos. ¿Quieines sois voisotros, cabailleiros de*

las Casteillas? Quedaron parados allí, y sobre manera sorprendidos Mirtilo y Silvanio, no solo de la extraña figura de aquel caballero, sino tambien del mas extraño cumplimiento que les hacia encarandoles la pica.

Parecia que quisiese decir que se detuviesen, y dixesen quienes eran, porque sino los ensartaria como higos. Silvanio, confiado en Mirtilo y en Montano, y en los dos zagalillos, que baxaban ya la cuesta, estuvo tentado de cerrar con el caballero, descargandole un fiero golpe con la porra de su cayado. Pero Mirtilo, que era algo mas reportado que él, y que desde luego tuvo á aquella figura por algun forastero perdido y borracho, le respondió: si señor, somos caballeros de Castilla, aunque sin frison, y aunque nos vea con el cayado en las manos. ¿Qué se le ofrece á v. md.?

Que me digades, replicó él, *si potrei encontrare, quaiqueidunas noivas supersticioines que disfaicer en la tieirra.* Mirad con que nos sale, dixo el impaciente Silvanio, este don botija, ó don cuero; ¿si hay supersticiones que deshacer en la tierra? Mirtilo, que echó de ver que se le encendia el enojo al caballero por el reniego de Silvanio, lo preten-

dió apaciguar , preguntandole si era por ventura desfacedor de supersticiones , como Don Quixote de tuertos. Si , dixo él , aunque no del todo sosegado : *e iai porto disfaitas alcuinas : mas son pequeñas , e ando buscaindo oitras maiioresis.*

Mirtilo , curioso de saber los disparates que habia podido cometer , le preguntó : qué supersticiones eran las que habia deshecho. El caballero , muy serio sobre su frison , le respondió : *Hoi quitaido a dos hermintaños las alforjais , e lois hei mandaido a traibaijare. Hou trovato a dous mendicos , que andai van a cursaire lais cienciais , e lois hou mandaito a buscaire un oficio. Hou trovato. . . .*

Iva á proseguir el caballero ; mas Silvanio perdida la paciencia , lo interrumpió diciendo : ¿ y no podremos saber , que casta de páxaro sea v. md. señor don mogiganga? Oido apenas esto por aquel fantasma , se enciende en colera , y embistiendo á Silvanio con la lanza , le dixo : *foillon mal criaido.* Pero Silvanio , que ya se temia aquella embestida , por lo que le dixo , le ganó la accion , quando iba á terciar él la lanza para acometerlo , descargandole un gran golpe con el cayado , que viniendo á caer sobre el pescuezo del caballo ,

se azoró este tanto con aquel fiero golpe, que apretó á correr furiosamente cuesta arriba, llevandose al montado caballero, de modo que parecia que llevase diablos á la cola.

Mirtilo, y el mayoral Montano, que estaban casi delante de él, se salvaron del ímpetu del arranque del frison, aunque Montano, que estaba allí embobado, contemplando aquella extraña figura, sin entender lo que decia, estuvo á punto de dar en el suelo con el empujon que recibió de soslayo. Luego que volvieron en sí de la sorpresa y admiracion en que los dexó á todos el desaparecido caballero, convinieron en que era algun forastero borracho, sin poder atinar por la xerga que hablaba, de que nacion fuese.

Continuaron su camino, en que tuvieron harta materia de que hablar entre sí, con aquella inesperada aventura. Llegaron, pasado ya el medio dia, á un hermosísimo prado, á quien cerraba por el occidente una gran peña cubierta toda de muchos vastagos de floridos arbustos, que se desprendian de su cima. Junto á ella habia algunos alcornoques, á cuya sombra se sentaron los pastores junto al remanso cristalino en que bullia el manantial, nacido de la raiz de la misma peña, y que

saliendo del remanso , formaba un arroyuelo que iba serpenteando entre la yerba de aquella amena hondura , en que se hallaban. Luego que se sentó Montano , dixo : ¡ Este si que es gustoso asiento en que Mirtilo se complacerá mucho de cantar una linda cancion ! Es asi , Montano , dixo Mirtilo , que el sitio , no solamente convida , sino que tambien merece que cantemos una cancion en su loor. Ea pues , cantadla , dixo Montano , pues la oiré con gusto. Mirtilo y Silvanio convinieron entre sí sobre el argumento de aquel ameno sitio , y templados sus rabeles , comenzaron á decir alternativamente.

CANCION.

MIRTILO.

O delicioso prado ,
 Que á nosotros erráticos pastores ,
 En tus nativas flores
 Nos ofreces asiento regalado ,
 Dulcemente asombrado ;
 Asi jamas del cierzo los rigores
 Despojen á estas plantas de verdura ;
 Mas su hermosura ,

Conserve entera sin que lo aqueje abicho
 La primavera, ni de ambicion lo que me
 Y el dulce aliento ¡Quán gran consuelo!
 Del blando viento; Prueba aquí el alma,
 Y eternamente seas la demora Que en dulce
 Digna de hermosas ninfas, y de Flora. Tu para

SILVANIO. Que la alborza,

O deliciosa fuente, Y lo infunde desco
 Que tan ameno sitio nos ofreces, De gozalla e
 En prado que enriqueces En
 Con el puro licor de tu corriente. ¡Amable!
 Puedas eternamente De la natura la mayor
 Permanecer en tus bullentes creces, Que crece
 Sin que entepé á tus aguas duro hielo. De la
 Mas siempre el suelo, En su florida orilla
 Su yerba, y flores, ¡Quán habrás que no apr
 Con tus licores Del alma, que detras,
 Riegue tu marcha Que el pensamiento
 Libre de escarcha, Tiene en mirate
 Y seas de los Faunos la morada, ¡Nacer sin
 De pastores, y ninfas deseada. Coner sin ella

MIRTILLO. Tan pura y bella

¡O prado delicioso, Y hacedo espejo á
 Ameno, y fertil trono de natura! Que con tu
 Quán suave dulzura MIRTILO
 No prueba el corazón, del que reposo; ¡
 Toma aquí en tu verdura, ¡Aquí á tu sombra,

Sin que lo aqueje anhelo codicioso,
 Ni de ambicion lo apremie algun desvelo!
 ¡Quán gran consuelo
 Prueba aqui el alma,
 Que en dulce calma
 Tu quietud goza,
 Que la alborozas,
 Y le infunde deseo solamente
 De gozarla en tu seno eternamente!

SILVANO.

¡Amable fuentecilla,
 De la natura la mayor riqueza,
 Que eres de la belleza
 De la virtud, imagen sin mancilla!
 En su florida orilla
 ¿Quién habrá que no aprecie la pureza
 Del alma, que retratas, y el contento,
 Que el pensamiento
 Tiene en mirarte
 Nacer sin arte,
 Correr sin ella,
 Tan pura y bella,
 Y hacerte espejo á estas frondosas plantas,
 Que con tu casta claridad encantas?

MIRTILO.

¿Quién habrá, que no olvide,
 Aqui á tu sombra, ó venturoso prado,

Todo sublime estado,
 Con que su dicha el ambicioso mide,
 En el oro anhelado ;
 O bien con los honores , con que pide
 A la suerte , lo cifra en alto empleo ?
 ¡ Ah ! ¡ qual deseo
 Mas santo y puro ,
 Que mas seguro ,
 Mas satisfecho ,
 Al mortal pecho
 Tenga en dicha tranquila y sôsegada ,
 Que aquel , que inspira al alma tu morada !

SILVANO.

Aquí no luce el oro ,
 Mas tampoco deslumbra al pensamiento ,
 Que en el entendimiento
 Se afana solo por lograr tesoro ;
 Con que su sentimiento ,
 Avasalla , con mengua del decoro ,
 Que en su ser libre conservar debiera ;
 Como pudiera ,
 Si en este asilo ,
 Dulce y tranquilo ,
 O clara fuente ,
 Su sabia mente
 Aprendiera á estimar la mejor vida ,
 De ningunas pasiones combatida.

MIRTILO. Todo sublime esto

Aquí tampoco llega lo dicho en que
 La fraude, ni el engaño; ó la malicia
 De esa misma codicia, y honores
 O de la envidia, que jamas sosiega,
 En aquel bien que vicia, ¡Ab! ¡Ab!
 Porque es ageno, y la desasosiega.
 La paz solo aquí reyna, y la dulzura
 De la natura,
 En la pureza
 De su riqueza
 Verde, y amena,
 Que el alma llena,
 Sufocando en la misma los deseos
 De todos esos necios devaneos.

SILVANO. Que en el entend.

Tampoco el insolente
 Tumulto, ni el bullicio de gentío
 Turba aquí, ó mansa fuente;
 Mas solo tu suave mormurio,
 Que conforta la mente,
 Y le enseña ser grande desvario
 El afanarse en esta mortal vida,
 Por la subida
 Del alto puesto,
 Que quita presto,
 O bien la muerte,

O bien la suerte,
 Que una y otra á porfia á los mortales
 Truecan sus bienes en mayores males.

MIRTILO.

Ni aquí las quejas llegan
 Del olvidado docto, ó pretendientes,
 Que se desasosiegan
 Por dignidad, y honores eminentes,
 De que ansiosos reniegan,
 Importunando á yentes, y vinientes.
 Oyense solamente de las aves
 Trinos suaves,
 Dulces gorgéos,
 Que los deseos
 Del alma apagan,
 A quien halagan,
 Y alegran mucho mas, que los recreos
 Que ostenta el fasto en grandes coliseos.

SILVANO.

Oyese mucho menos,
 O clara fuente, aquí en tu quieto asiento
 El eco de los truenos
 De la guerra, y del arte violento,
 Que los hombres, agenos
 De humanidad, aprenden con contento,
 Porque instrumentos son de sus honores;
 Solos pastores

Con sus sonidos,
 Y los balidos
 De su ganado,
 Aquí en tu prado.

Dulces anuncios dan de paz dichosa,
 Al alma, que á tu sombra se reposa.

MIRTILO.

Puedas ameno prado,
 Y tú tranquila fuente, á otros pastores

Inspirar sentimientos en su estado,
 Que todos los honores

Les hagan posponer á su cayado,
 Y tu tambien, ó solitaria peña,

Al alma enseña,
 Que nada vale,

Nada equivale
 En esta vida,

Siempre afligida,
 A la tranquilidad, y paz del pecho

De la sola natura satisfecho.

SILVANIO.

Puedas tambien, ó fuente,
 Y tú prado florido, á otros zagales,

Con sentimientos tales
 Hacerlos venturosos: pues la mente,

En bienes ideales
 De honor, y gloria, busca vanamente

Su dicha verdadera , y la mas pura ,
Que la natura
Dar solo puede ,
Que no concede ,
Ni la fortuna ,
Ni suerte alguna ,
Mas sola la virtud , aunque en su estado
Viva el hombre sin gloria , y olvidado.

Embobados los zagalillos Metisco y Sabino de la dulzura y tonada de aquel nuevo canto de Mirtilo y de Silvanio , descuidaron enteramente de la comida que tenian dispuesta , y de que se hartaron los perros. Perdonóles Montano aquel descuido en atencion al enagenamiento en que le tuvo al mismo aquella cancion , que le agradó sumamente , como tan propia de su gusto , y que tanto halagaba á su amor propio.

Pero para no quedar ociosos mientras los zagalillos entendian de nuevo en disponer la comida , rogó á Mirtilo que cantase uno de sus lindos cuentos , como le habia cantado Silvanio el dia antes el cuento de Europa. Mirtilo condescendió con la peticion de su mayoral , y cantó el siguiente Idilio.

A R G O S.

IDILIO.

No fué sola , Montano ,
Objeto del amor del gran Tonante
Europa , como oiste ; que otras hubo
Del alto soberano
De los cielos amadas , de semblante
Y apostura tal vez no menos bellas.
Io entre todas ellas ,
Tal vez la mas hermosa , tambien tuvo
La misma desventura ,
De agradar al señor de tierra y cielo :
Pues suele muchas veces la hermosura
Ser don funesto , y causa de gran duelo.

Asi lo probó Io violada :

Porque Juno irritada
Contra Jove , queriendo de él vengarse ,
En vaca transformóla ,
Para desenojarse ,
Y hacerle ver á Jove el poderio
De sus divinos zelos.
Ni á esto se ciñeron sus recelos ,
Pues luego que mudada en vaca viola ,
Y en no muy linda vaca ,

Para que no cayese en otra flaca ,
Con un nuevo extravio ,
Dióla en guarda á un pastor , Argos llamado.
Pastor muy celebrado
Por su rara cabeza , en que tenia
Cien ojos por detras , y por delante ,
Y tambien por los lados ;
Y por todos veia ,
Pues toda su cabeza era semblante ,
A una bola de vidrio semejante ,
Como habreis tal vez visto en los mercados ,
En que se representan mil figuras ,
Por sus muchas molduras ,
En que se reduplican los objetos.
Ni mas ni menos pues era la cara
De ese pastor , que estaba siempre en vela
De la vaca fiada á su cautela ;
A quien siempre seguia con su vara ,
Porque mientras que quietos ,
Y dormidos tenia
La mitad de sus ojos , centinela
Con los otros hacia ,
Por temor , que la vaca desdichada ,
No le fuese robada , ni tocada
De Jove , que sentia
Aquel agravio á su soberania.

Cansado finalmente

De mostrarse á la tierra tan paciente ,
Y de ver á su Ió muy amada ,
Con cuernos coronada ,
Al Dios Mercurio llama ,
Que era su trujaman muy diligente ,
Y le dice que mire por su fama ,
Matando al pastor Argos , que impedia ,
Que volviese la vaca á su figura ;
Porque muerto el pastor , luego podria
Devolverle su pristina hermosura.
Mercurio lo executa ,
Mas no era cosa facil dar la muerte ,
Sin sangrienta disputa ,
Al pastor , que era fuerte ,
Y fiero , y atrevido en sus enojos ,
Si primero no hacia
Cerrar al sueño todos sus cien ojos.
Y como parecia
Mejor , y mas seguro este partido ,
Abrázalo Mercurio ; y de contado
De pastor algo viejo
Toma el aspecto ; empuña su cayado ,
Y armase de una flauta , y buen cuchillo :
Para sonar aquella ,
Y éste para matarle ya dormido ,
Cortandole el gallillo.

Esto esperaba en fuerza del sonido

De la flauta , y con ella
 Desposando un gracioso cuentecillo ,
 Cuyo dulce concento
 Pudiese adormecerlo enteramente.
 Asi determinado ,
 A Argos se presenta de repente ,
 Sonando el instrumento ,
 Con modo tan suave y delicado
 Que parecia adormecerse el viento.

Argos del son suave enamorado ,
 Dicele , si sabia
 Unir una cancion á su armonía.
 Esto fué cabalmente
 Lo que el sagaz Mercurio pretendia.
 Y diciendo que si , que la escuchase ,
 Canta inmediatamente ,
 Como el Dios Pan amase
 A la ninfa Siringa ; y como en ella
 Obrando el odio contra un dios tan feo ,
 Pues era el dios cabron , y ella doncella ,
 Huyese como gamo de ligera ,
 Desde el monte Liceo ,
 Do la vivió , hasta la placida ribera
 Del Ladon , a quien ella suplicaba ,
 Que del feo Dios Pan , que la seguia ,
 La conservase entera.

Compadecido el rio , que sentia

El afan de la misma, convirtióla
En un cañaveral junto á su orilla.
Y Pan que quando asióla
Creyó que la tenia muy segura,
Vido con maravilla
Crecer en tantas cañas sus cabellos,
Y toda su figura
Tambien mudarse en cañas, como aquellos.

Mientras esto cantaba

El Dios Mercurio, vió que ya dormia
Gran parte del enxambre de los ojos
Del pastor, que escuchaba,
Y prometiose luego los despojos
De aquel miron extraño, con su muerte,
Si la cancion seguia.

A plañer, pues, prosigue aquella suerte
Infeliz de la ninfa transformada
En una nueva planta, y el gran duelo
Que Pan tuvo por ello; y que al instante,
En su gran desconsuelo,
De una caña cortada,
Formar quiso una flauta, ó caramillo,
Pues es casi lo mismo, ó semejante;
Y fué el primer flautillo
Que escucharon las selvas. Los pastores
Cantan con él por esto sus amores.

Acabado no habia

El Dios Mercurio este gracioso cuento,
Quando vió á su conuento
Al pastor de cien ojos tan dormido,
Que nada ya le oia
De quanto le decia.
Entonces atrevido
Lo acomete, lo mata, y pone á Io
En libertad; y en su primera forma
El mismo la transforma,
Dandole Jove aqueste poderio.

Mas Juno vivamente resentida,
Quando supo este fecho,
No pudiendo volver al muerto vida,
Mudólo en su despecho
En un hermoso pavo,
Y puso sus cien ojos en el rabo.
Cola, decir queria,
Perdonad este error á la armonía.

Gran gusto tuvo Montano de oir este hermoso cuento de Mirtilo, y perdonó de mejor gana el descuido á los zagalillos. Entretanto, dispuesta por ellos la comida, la tuvieron mucho mas sabrosa con las especies de los cien ojos del pastor Argos, que los pavos llevan en la cola. Acabada la comida continuaron su viage, en que freqüentemente encontraban otros pastores, que ya habian llega-

do, para pasar el invierno en aquellos pastos.

Como era la primera vez que Mirtilo llegaba allí, extrañaba mucho ver aquel rico y fértil suelo, y Reyno, poblado solo de advenedizos pastores, sabiendo él que era una de las provincias más pobladas y florecientes en tiempo de los Romanos, como lo indicaban las muchas ruinas, y admirables vestigios que allí quedaban, del poder, industria, y grandeza de aquel pueblo, para siempre memorable.

De esto trataba Mirtilo con Silvanio, maravillándose que de tantos años atrás, no se hubiese jamás pensado en remediar la falta de población de aquel suelo, capaz de tantos millares de habitantes, que con su industria, comercio, y artes, acrecentarian su riqueza natural, que por sí sola sería muchas veces mayor que la que España percibía de todos sus ganados; pues por grande que fuese la utilidad de las lanas, y de las crías, no equivaldría de mucho á solo los productos que pudieran dar tantos terrenos valdíos, y destinados á los pastos, si en vez de estos estuviesen poblados y cultivados. Que sería también mayor la riqueza que sacaría de los productos de las artes, y del comercio, á más

de la de la labranza , si tuvieran competentes habitantes que los exercitasen.

A esto añadia Mirtilo , que le parecia padecer engaño aquellos que atribuian la falta de poblacion de aquel Reyno á los ganados , y á los fueros de los ganaderos que los conducian á invernarse ; pues juzgaba que esto era , al contrario , efecto de la despoblacion misma , y no causa de ella ; por quanto los ganados se llevan á donde hay pastos abundantes en terrenos de clima templado , y no á los cultivados y sin pastos para abastecerlos.

Que las ciudades y pueblos no se destruyeran para convertirlos en apriscos de ovejas ; y que de hecho estas no irian mas á Extremadura , si este Reyno estuviese enteramente cultivado , como no van á otros Reynos de igual temple y clima , y de pastos igualmente buenos , ó tal vez mejores , por no ser sus terrenos valdios ; ó que á lo mas irian allá sin fueros , como van algunos pastores á los Reynos de Valencia y Andalucía á pasar el invierno.

Decia tambien que España no perderia sus lanas , aunque cesasen las trashumaciones de los pastores , como no las perdian Inglaterra , donde no habia tales emigraciones inver-

nales. Que aun dado el caso que perdiesen su mejor calidad , quedando los ganados en sus nativos pastos , esta pérdida que creia existir solo en la preocupacion , como tantas otras de los pueblos , quedaria resarcida con muy superiores ventajas.

Que las lanas españolas eran ya estimadas y celebradas en tiempo de los Romanos , sin que entonces fuesen los ganados á pastar solo las yerbas extrañas. Que tampoco se disminuiria su número , que antes bien pudiera ser mayor , y mas felices y seguras las crias , si se repartiesen los ganados por haciendas , teniendo cada labrador el número competente de cabezas que pudiera sustentar en sus campos y prados. Que las lanas merinas eran excelentes , sin ser trashumadas ; y que los forasteros percibian con su industria mayores ventajas de las lanas españolas , que los Españoles mismos ; que la copia de lana fina no faltaria jamas para abastecer los naturales que pudieran vestirla , y para el comercio ; y que para el número mayor de los menos ricos , seria siempre aventajada la que se criase sin trashumaciones.

Muchas otras razones apuntaba Mirtillo sobre esto , y sobre los medios de la pobla-

cion de aquel Reyno , renovando á Silvanio la memoria de la profecia del adivino Ortón, que entonces no les pareció tan extravagante, quanto la vez primera que se la oyeron cantar al pastor Elpino.

Asi entretuvieron los dos aquella tarde el ocio del camino , que se les hacia mas gustoso , sabiendo que al dia siguiente habian de llegar al termino de su viage , y aquella misma tarde á la majada del mayoral Taltilo , sobrino de Montano. Tambien procedia la complacencia que probaban por ello , de ser el mismo Taltilo mozo muy diestro en cantar y tañer. Lo que fué tambien motivo para que se complaciese asimismo el mayoral pariente de Montano , de la llegada de aquellos diestros zagales , luego que le dixo Montano la habilidad de su zagal Mirtilo , pues á Silvanio ya lo conocia.

Con esto , luego que descansaron , deseó Taltilo oir al nuevo y elogiado zagal , y le rogó que quisiese cantarle alguna cancion. Excusóse Mirtilo diciendo , que jamas habia sentido en sí menos estro y ganas de cantar que entonces ; que sin ellas sabia muy bien , que la cancion no podia ser animada ; pero que tal vez le vendrian si el mismo Talti-

lo se las excitase con su canto. Si ha de ser así, dixo Taltilo, no tengo dificultad; pues mis deseos son que empleemos el tiempo en este divertimento. Sabe bien Montano que el canto es mi pasión: y así, bien ó mal, allá vá, á trueque de oír mejores canciones de vosotros. Tomado entonces el rabel, cantó á su son esta

ANACREONTICA.

Amor, yo no te pido
 Honores, ni riqueza;
 Ni excelente destreza
 En canto, ni en sonido;
 Pues sé, que estas mercedes,
 Tampoco las concedes.
 Ni te pido ganados,
 Ni prosperadas crias;
 Aunque esto lo podrias,
 Porque lo generado,
 Hasta los mamantones,
 De tu deidad son dones.
 Solo de tí quisiera
 Una cabal esposa;
 Mas no sobrado hermosa,
 Pues en esto pidiera
 Un mal, qual lo seria,

Hermosa en demasia.

Pero tampoco fea,
Porque mal peor fuera,
Para quien la tuviera.

Bien sí quiero que sea
Antes que hermosa, afable,
Graciosa, linda, amable,

Y de sutil cintura,
Con seno relevado,
De color delicado;
Y elegante estatura,
Sobre pie sostenida
Del tuyo á la medida.

Que tenga sobre todo

Ojos negros y bellos;
Cuyos rubios cabellos,
Atras dexen el codo.

Otro dote no quiero,
Que este suple al dinero.

Mas nada de esto pido,
Sino es un dulce genio;
Y aunque no gran ingenio,
No importa, que no ha sido
La muger fabricada
Para docta y letrada.

Tampoco presumida
La quiero, ni habladora,

Pues en altercadora
 Degenera. Y sufrida,
 Y paciente, y sincera,
 Antes yo la quisiera.

De la modestia amiga

No de supersticiones
 Que en sanos corazones
 Causan grande fatiga,
 Aquesto yo decia
 Al Dios Amor un dia,
 Con ruego tan prolixo,
 Si acaso era factible.

¿Sabeis lo que me dixo?
 Pastor, es imposible.

Mirtilo y Silvanio alabaron la cancion de Taltilo, de que se complació sumamente Montano, cantada especialmente por un sobrino suyo, á quien amaba mucho. Volvieron todos á instar á Mirtilo para que cantase la suya, mas él volvió á excusarse, rogando á Silvanio que cantase antes. Hizolo Silvanio de buena gana, picado del argumento de la cancion de Taltilo, á quien quiso contraponer la suya, diciendo de este modo:

ANACREONTICA.

Junto á la clara fuente
 De Limira , que baxa
 Por la loma de Andaja ,
 Y corre velozmente.
 Por tu parral , Montano ,
 Estaba yo tañendo ,
 Al Dios Amor pidiendo
 Esposa de su mano ,
 Pues darmela podia ;
 Y así yo le decia .

Amor , dame una esposa
 Dulce , amable , modesta ,
 Fiel , sumisa , y honesta .
 Si ser también hermosa ,
 Y graciosa pudiera ,
 ¡ Quánto mas la amaria !
 ¡ Quánto mas te estaria
 En deuda , si así fuera ,
 Mi grato sentimiento ,
 Con mi mayor contento !

Y si hacendosa fuese ,
 Industriosa , y casera ,
 ¡ O quánto mejor fuera !
 Mucho mas si tuviese

La prenda de callada,
 Y el alma semejante
 A su hermoso semblante ;
 Prudente , moderada ,
 De la labor amiga ,
 Y del ocio enemiga .

Esto al Amor decia ,
 Cantando yo sentado ,
 Mientras que tu ganado ,
 Montano , allí pacia ,
 De Andaja la ladera ,
 El eco repitiendo ,
 Lo que iba yo diciendo ,
 De la misma manera ,
 Hasta el mismo sonido
 De mi rabel herido .

Quando allí de repente
 El Amor se presenta ,
 Y mi gozo acrecienta ,
 Sorprehendiendo á mi mente ;
 Pues dixome al instante :
 Pastor , queda otorgado
 Tu voto. Ese dechado
 De hermosura elegante ,
 En Cratíla lo tienes .
 No pidas otros bienes .

Aunque Montano se complació mucho

con la canción de su sobrino Taltilo, agradóle mucho mas la de Silvanio, por ir dirigida en alabanza de su hija Cratila. Las alabanzas que le dió Taltilo, manifestaban que quedaba en concepto mayor de la que antes habia cantado; y se aumentó con estos deseos de oír á Mirtilo, que á pesar de su mala gana, no pudiendo dispensarse de cantar la suya, la dixo finalmente así:

A N A C R E O N T I C A.

¿P or ventura, pastores,
 En un ser diferente
 Mudóme de repente
 El dios de los amores,
 Para que no le pida,
 Lo que le habeis pedido?
 ¿Cómo es, pues, que ha perdido
 Mi mente escurecida
 El estro, y que me encuentro
 Del abismo en el centro?
 ¡Dioses! ¿qué me sucede?
 Perdí de todo el tino.
 Decidme, ¿qué camino
 Hallar mi musa puede,
 Para llegar do antes,

Oia vuestro canto ?

¿ Mas yo deliro tanto ?

¿ En tan pocos instantes

Llegar pude al profundo

Del invisible mundo ?

Pastores , socorredme ,

Que ando perdido , y solo :

Y tú , divino Apolo ,

Y vosotras , tenedme

Só vuestro amparo , Musas.

¿ Mirtilo desdichado !

¿ En qué funesto estado

De ideas tan confusas ,

Y locas , te has metido

En ave convertido ?

¿ Mas dónde estan las alas ?

Verdad es , que yo canto ;

Mas no vuelo entretanto ,

Aunque me esfuerzo ; y malas

Son siempre para el vuelo

Las plantas con abarcas.

¿ Ahora , pues , te embarcas ,

Para un extraño suelo ,

Y aqui dexas Taltilo ,

Al cuitado Mirtilo ?

¿ O Silvanio ! me ampara ,

Que Taltilo me dexa ,

Y á otro mundo se aleja ,
Y en ello no repara.

¡ Qué será de mí loco !

¿ Y quién tendrá cuidado

De este desventurado ,

Si Silvanio tampoco

De socorrerme cura ,

En esta mi locura ?

Iré como las fieras

Por valles , y collados ;

Y unido á los venados ,

Por frondosas laderas ,

De solitarios cerros ,

¡ Me veré perseguido ,

Como Acteon lo ha sido ,

De los voraces perros

De la diosa Diana ,

En edad tan temprana !

Mas no seré tan bobo.

En vez de hacerme ciervo ,

Transformaréme en cuervo ,

O bien en grande lobo ;

E iré tras las ovejas

A hurto de pastores ;

Y siempre las mejores

Llevaré yo entre cejas.

¿ En lobo yo mudado

Qual Licaon? ; mal hado!

Antes me haré Bacante

Pues así iré cantando ;

Con el sistro , y baylando

Al gran carro delante ,

En que Baco tirado

De tigres , complacido

De mi canto y sonido ,

Querrá , que coronado

De pámpanos yo sea ,

Con mi ninfa Níséa.

Esta será la esposa ,

Que el amor me destina ;

¡ O ninfa peregrina ,

Bella , quanto graciosa

¿ Qué me quereis , zagales ?

¿ Atarme como loco ?

No , no , esperad un poco ;

Pues me devuelve Pales

El seso , y la cordura ;

Cesó ya mi locura.

Ved si soy desdichado ;

Pues el amor me veda ,

Que ni aun pedirle pueda ,

Lo que á tí te ha otorgado ,

Silvanio ; y lo que dixo

Ser de todo imposible ,

Haciendose visible,
A Taltilo. Me rijo
Por esto , que á no pocos
Los vuelve el amor locos.

Cantó Mirtilo esta cancion con ayre tan serio , y tan verdaderamente alocado , que Taltilo y Silvanio , y el mismo Montano , llegaron á temer que se hubiese vuelto loco de hecho , y se levantaron para hacerle algunos ademanes que lo amedrentasen. Entonces fué quando les dixo Mirtilo cantando , que se detuviesen , pues Pales le habia vuelto el juicio. Fué por lo mismo mayor la complacencia que tuvieron todos , atendida la impresion que hizo en sus ánimos , asi toda la alocada cancion , como el remate de la misma , por el que echaron de ver el fin á que queria aludir Mirtilo con el tomado argumento de locura.

Confesóles Mirtilo que se vió necesitado á tomar aquel argumento , por no hallar que decir de presto en su fantasia , sobre la peticion que quiso hacer tambien al amor , á semejanza de las que ellos hicieron. Dieronle sin embargo las gracias , pues á pesar de las dudas en que los tuvo , los habia divertido , despues que las acabó de disi-

par enteramente. Luego que desahogaron estos afectos con divertidas expresiones, fué Taltilo el primero en convidar á los zagales á cantar una egloga entre los tres. Condescendieron Mirtilo y Silvanio, y volviendo á templar sus rabeles dixeron así, comenzando Taltilo.

LA VIDA PASTORIL EN COTEJO CON LA URBANA.

E G L O G A.

TALTILO, MIRTILO, SILVANIO.

TALTILO.

¿Cómo es, dulce Mirtilo,
Que dexado el concurso de ciudades,
Y los divertimientos ruidosos,
Con que de sí hace alarde la cultura,
Buscar quisiste asilo
En estas despreciadas soledades,
En donde la natura
Solo presenta objetos silenciosos,
Y tristes á la vista, acostumbrada

A complacerse solo en el boato ,
Y ostentoso aparato
Del vano lucimiento ?
Sin duda estar no debes muy contento
De la suerte abrazada ,
Conduciendo el ganado de Montano ;
Raras veces el hombre
A un inferior estado se acostumbra ,
Mucho menos al rustico , y villano ,
Que a queste honroso nombre
Suele allí merecer la pastoria
De la urbana hidalguia ,
Y su ambicion ufana , que deslumbra ,
Y engrie los humanos sentimientos ,
Que á los altos asientos
Aspira siempre , y levantarse anhela
Sobre los mismos vientos.
Tal vez esto lo hiciera ,
Si allá volar pudiera , como vuela
El aguila altanera.
¿ Qué es pues lo que te induxo ,
Mirtilo , á despreciar la pompa y luxo ?

MIRTILO.

La libertad del alma , y de la mente ,
Que pude finalmente ,
No sé como , exêntar de la atadura ,
Con que á las dos sujetas las tenia

La ambicion orgullosa , antes que el bozo ,
 Con que distingue al sexô la natura ,
 Me descubriese mozo.

Tan temprano á la incauta fantasia

La ambicion avasalla.

Esto , Taltilo , fué , lo que á mi pecho

Restituyó su noble señorío ,

Con que hora satisfecho

Entre el ganado vivo ; entre el qual halla

Mi corazon la paz y la dulzura ,

Que el trato y la cultura ,

Y su vano bullicio

No dexaban gozar á mi alvedrio ,

Del ageno esplendor avasallado.

Tanto engaña , Taltilo , el frontispicio

De un excelso edificio ,

En que se vé el honor idolatrado.

TALTILO.

¡ O mozo afortunado !

Tú , pues , ¿ cómo , Silvanio , te exímiste

De todas esas graves dependencias ,

Con que dicen que tiene la fortuna

Avasallado al hombre , que persiste

En pedir á la misma conveniencias ,

Y eminentes honores ,

Incensando á este fin sus ricas aras ?

Tendrás , no hay duda alguna ,

Aqui entre los pastores
Una dicha mas pura ; otros contentos
De las penas exêntos ,
Que enturbiar suelen siempre los de aquellos
Que los reciben solo de su suerte ,
En excelsos empleos , y riqueza.
Pues dicen que son raras
Las almas que allá quedan satisfechas ,
Aun antes de la muerte ,
De sus mismos honores y grandeza.
Pueden bien sus cabellos
Perfumar con aromas peregrinos ,
Y arrastrar seda en oro entretexida.
Pueden bien , desdeñando las cosechas
De su nativo suelo ,
Consumir las de tierras extranjeras ,
En transparentes barros de los chinos ,
O tal vez en vaxilla de oro , ó plata.
Pero al fin en aquesta mortal vida
No es mayor el consuelo
Del rico , que del pobre. Se quilata
La dicha por el gozo , no por eras ,
Ni por inmensos campos , ni caudales :
Pues ni aquellos , ni aquestos , de los males ,
De las mismas pasiones engendrados ,
Exîmen á los miseros mortales.
Antes bien les aumentan los cuidados ,

Los disgustos , y enfados ,
Que angustiar suelen su ideada dicha ,
Que á la postre en desdicha
Ilustre y luminosa degenera.
Mas si de esta manera
Debiera yo ser grande , y acatado
De envidiosos respetos , y zalemas ,
Antes quiero olvidado ,
Y pobre en apariencia , las extremas
Partes del suelo hollar con mi ganado ,
De cuidados exênto ,
Que verme triste en un brillante asiento.

SILVANO.

Mas no todos , Taltilo ,
Fomentan ese mismo sentimiento ,
Ni al que á mí , y á Mirtilo ,
Nos apartó del vano lucimiento ,
Y empuñar el cayado
Nos hizo , y preferirlo á los honores.
Vi á muchos muy ufanos y contentos ,
En luminoso estado ,
A la luz de sus mismos resplandores ,
Descubrir pensamientos ,
Que mostraban tenerlos oprimidos.
Y tal vez en pesares
Mortales sumergidos ,
No volvieran por eso á sus hogares ,

Ni á un estado sin lustre , aunque dichoso.
No suelen juzgar todos venturoso
Aquello que nosotros tal creemos.
El pescador sus remos ,
Sus nasas , y garlitos amar puede.
El pastor sus ovejas , y majada.
Mas rara vez sucede ,
Que estos mismos reputen tan sobrada
Esta su gran ventura ,
Que preferirla quieran á los bienes ,
Y á las comodidades ,
En que la suerte las ufanas sienes ,
Corona en las ciudades ,
De ricos poderosos ,
Con rayos del honor , y de la gloria ,
Que eternizar prometen su memoria
En fastos luminosos.
Y si acaso la vista no me engaña ,
Descubro de Mirtilo en el semblante
Sorpresa semejante ,
A la de aquel que extraña
Oir de tí , Taltilo , esos consejos ,
Dignos de un sabio de la antigua Atenas ,
Y no de quien tan lejos
Estuvo de ella , que aun su nombre ignora ,
Y de su patria apenas
La extension sabe , y do su Rey demora.

MIRTILO.

A la verdad me tiene sorprendido
 Su discurso, sabiendo que Taltilo,
 De pastores nacido,
 Sin conocer más mundo que aquel suelo,
 Que corre su ganado,
 Entre el mismo educado,
 Mostrase tan sublimes sentimientos.

TALTILO.

Mas dexaráslo de extrañar, Mirtilo,
 Quando sepas, que Eumélo,
 Zagal que fué muy virtuoso, y sabio,
 Que mi padre tenia,
 Enseñarme solia,
 Y darme esos sublimes documentos,
 Y á ellos avezar mi tierno labio.
 El me infundia horror á las ciudades,
 Y al luxo, y ambicion, que allí domina,
 Como á todas sus altas vanidades.
 Ensalzaba al contrario la dulzura
 De la paz en la vida campesina,
 Y su preciosa libertad, exênta
 De servil atadura,
 Con que el urbano trato, y la costumbre,
 Y el ansia turbulenta
 De crecer á porfia,
 Suelen tener en dura servidumbre

A todo ciudadano ,
Que en su cortesania
Acata , qual deidad , al honor vano ,
Que les fabrica allí su fantasia.
Contabame tambien los graves daños ,
Los enredos , y engaños ,
A que allí los sujeta de continuo
La envidia , y la malicia ,
Con la ansiosa codicia ,
Que sobre las ruinas del vecino ,
Quisiera hallar camino
Para abarcar honores , y riqueza.
La agitacion de todas sus pasiones ,
Las miras solapadas
Que llevan siempre en ellas. La dureza
Y odiosidad que engendran en sus mentes ,
Y en sus desvanecidos corazones ,
Las varias opiniones ,
Si se hallan encontradas ,
Solo por ser de sesos diferentes.
No extrañes , pues , Mirtilo , si yo alabo
Tu determinacion , y tu venida
A estas soledades ,
Dexadas las ciudades ,
Y aquella odiosa , y turbulenta vida ,
Que allí llevar se suele : pues al cabo ,
La dicha que allá van á buscar tantos ,

De sus ciegos deseos engañados,
Aqui la encontrarás mas facilmente.
¡ O mozos fortunados !
Aqui podreis vivir tranquilamente ,
Y á la sombra sentados
De ameno bosque , junto á clara fuente ,
Desafiar con vuestros dulces cantos
A la fortuna , y todos sus favores.
Aqui sereis señores
De quanto ella os negó , lo despreciando ,
Y de vosotros mismos. Pues decia
Eumélo , ser aqueste el señorío
Mas precioso , y mejor de todo el suelo.
Aqui en el trono de florido prado ,
Sin afan ni pesares , descansando ,
En la soberanía
De vuestra libre mente y alvedrió ,
El mas puro consuelo
Tendreis en contemplar desde un collado
Pacer vuestro ganado ,
De quien podreis llamaros soberanos.
Tambien sereislo aqui de la natura ,
Que hará alarde de toda su hermosura ,
En los frondosos montes , y en los llanos ,
Solo por complaceros. Cortejados
Aqui sereis tambien de la armonía
De las aves , en cantos , y en colores

Entre sí todas ellas diferentes.
 Pues todas á porfia
 Vendrán á tributaros homenage
 Con sus dulces gorgéos. Vuestras frentes
 Recibirán tambien el vasallage
 De las plantas, y flores,
 Y de vuestras ovejas, que el sustento
 Os darán, y el vestido no comprados,
 Sin que hayais de apremiar al pensamiento,
 Para lucir de prestamo en estrados.

MIRTILO.

¡O quán grande consuelo
 Me da, Taltilo, ese tu sabio canto!
 Y quan grande opinion de aqueese Eumélo,
 Que adotrinó tu pecho; y de que tanto
 Supiste aprovecharte,
 Y aprovechar á quien te escucha atento.
 A la verdad no acabo de admirarte.

SILVANO.

¿Pero quereis, pastores, por ventura,
 Llenar la noche entera
 Con vuestro eterno canto? Aunque gustoso
 Sea sobre manera,
 Pero sobrado dura,
 Para quien se halla falto de reposo,
 Y sobrado de sueño.
 Se escucha con mal ceño,

Si gustar no se puede lo cantado.

TALTILO.

Si otro no quieres , pues , hase acabado.

Muy embelesado tuvo Taltilo con esta egloga á su tio Montano , oyendo de su boca las alabanzas de la vida pastoril en cotejo de la urbana. Mirtilo admiró tambien los sentimientos de Taltilo , no menos que la elegancia con que los expresaba. Sobre esto se entretuvieron hasta la cena abundante que les dió luego Taltilo , que era rico pastor. Al dia siguiente , que era el último de su viage , se despidieron del mayoral para proseguirlo , como lo efectuaron con sentimiento del mismo.

Aquella mañana fué muy alegre para los partidos zagales , por los pastores que iban encontrando por el camino , siendo algunos de ellos conocidos de Montano y de Silvanio. Hicieron medio dia en la majada del pastor Cerasio , viejo amigo de Montano , que se hallaba ya de asiento allí , y que le recibió con muchas demostraciones de afecto.

Mientras se disponia la comida , quiso Montano que Cerasio oyese al nuevo zagal que traia , y que lo habia tenido divertido en todo el viage con sus lindas canciones. Mostró gustar de ello Cerasio , lamentandose que

de los tres zagales que tenia no supiese ninguno de ellos tañer ni cantar.

Rogó entonces Montano á Mirtilo, que cantase uno de aquellos graciosos cuentos; y á Silvanio una cancion semejante á la que él y Mirtilo cantaron á la fuente y al prado, y que fué causa que se alzasen los perros con la comida. Condescedieron luego uno y otro; y acompañandose con los punteados rabeles, cantó Mirtilo este idilio, oyendolo embelesados Cerasio y sus zagales.

FILEMON, Y BAUCIS.

I D I L I O.

Como tomar solia
 Jupiter muchas formas diferentes,
 Siempre que le venia
 La gana de ir oculto entre las gentes,
 Para probar por sí, si exercitaban
 La piedad y justicia los mortales;
 Aunque siempre sus miras no eran tales,
 Pues tal vez aspiraban
 A fines vergonzosos, transformarse
 Se le antojó una vez en pordiosero,
 Y con el Dios Mercurio acompañarse;

Que era un dios muy artero ,
Para tentar con él , si acaso hubiese
Alguno , que á los dos los acogiese.

Cubiertos pues de arapos ,
Con que ocultaban su divina esencia ,
Entre los rotos trapos ,
Dexaban asomar en apariencia
Sus macilentas carnes : pues comidos
Sus mantos por detras , y por delante ,
Un conjunto tan vil , y extravagante
De remiendos cosidos ,
Y por hacer formaban , que en su esfera
Jamás vió la pobreza semejanza
Mas propia , ni cabal , ni mas ratera.
Ni en peor mal andanza ,
Ni en mas astrosa , ni infeliz laceria ,
Mostró mendigo alguno su miseria.

Sus pasos agravados
De la necesidad , y de sus ages ,
Llevaban apoyados
A dos muy toscos palos.
Con bendages ,
Igualmente asquerosos encubria ,
Qual sus sienes , y frente desgreñada ;
Qual la supuesta llaga cancerada ,
Que en la pierna fingia :
Y con trémula voz en triste acento

Ivan los dos importunando á todos ,
Piedad pidiendo á gritos , y sustento.
Mas quien con malos modos ,
Quien con excusas , y con mal semblante ,
Todos los enviaban adelante.

Así á salir llegaron
De la primera aldea , despedidos
De quantos encontraron ,
Sin ser de alguno de ellos socorridos ;
Hasta que ya salidos , dieron luego
Con una pobre casa , cuya puerta
Al primer llamamiento les fué abierta.
A su afanado ruego ,
Baucis , y Filemon , viejos esposos ,
Que solos la habitaban , en pobreza ,
Que hacia llevadera su llaneza ,
Mostraronse officiosos ,
Dandoles en su pobre alojamiento ,
Muestras de su piadoso sentimiento.

Ni á esto solo ceñida
Su piedad , uno y otro se esmeraba ,
En hacerles comida.
La vieja Baucis al hogar soplaba
Un tizon del rescoldo entresacado ,
Que unido á secas ramas , de contado
Dió lumbre , que avivaba
La buena vieja con su escaso aliento ,

Para que hirbiese el agua en el caldero,
Que el viejo Filemon colgó primero,
Que para dar sustento,
A los llegados pobres, arrancase
La hortaliza de un huerto que tenia
Allí mismo en su casa, y la mondase.
Mientras él esto hacia,
Se afanaba la ansiosa viejecilla,
En dar asiento firme á una mesilla.

Pues de antigua coxera
Esta se resentia. Aderezóla
Un tiesto de manera,
Que al piso desigual consolidóla.
Sobre ella los manteles afanada,
Tendió la misma Baucis, y el marido
Puso un pedazo de jamon cocido,
Y aun otra lonja asada,
Que descolgó de un negro garabato.
Tambien otro pedazo de fiambre
Cubrió con ensalada en otro plato,
Con que avivar el hambre
Pudiera de los pobres celestiales,
Si hubiesen menester manjares tales.

Finalmente llamados
Los mismos á la mesa, se sentaron.
Mostrabanse afanados
Baucis, y Filemon, porque se hallaron

Sin vino, que ofrecerles, y mostrando
 El cantarillo en donde lo ponian.
 Mas mientras uno, y otro esto decian,
 Su pobreza excusando,
 El cantaro por Jupiter tocado,
 De repente se vió lleno de vino.
 Entonces Filemon todo asombrado,
 Viendo el poder divino
 Manifestado en aquel gran portento,
 Postróse ante su excelso acatamiento.

Mas inmediatamente
 Descubriendose á entrambos por quien era
 Jove resplandeciente,
 En su suprema magestad, á fuera
 De la casa los llama, y con la mano
 Les señala la aldea sumergida,
 Por haberle negado la acogida
 Aquel pueblo inhumano.
 Luego transforma en templo su casilla,
 Diciendoles Mercurio, que pidiesen
 Las gracias y mercedes que quisiesen.
 Llenos de maravilla
 Uno, y otro, no osaban reverentes,
 Alzar del suelo sus postradas frentes.

Pero al fin confortados,
 En aquella postura confundida,
 Le dicen humillados,

Que al termino forzoso de la vida,
 Llegar á un mismo tiempo deseaban,
 Y morir los dos juntos, como habian
 Hasta entonces vivido; y que querian,
 Si esto les otorgaban,
 Ser sacerdotes de aquel sacro templo.
 Jove se los concede, y juntamente
 Una larga vegez, que eternamente
 Fuese á la tierra exemplo
 De la piedad de entrambos; y cumplido
 Vieron ambos á dos lo prometido.

Porque estando en su mano
 Morir quando quisiesen, convinieron
 El uno y otro anciano,
 Morir el mismo dia, que sintieron
 Ganas conformes de morir: y estando
 Ante el templo los dos tratando de esto,
 Baucis vió á Filemon crecer de presto
 Su figura mudando,
 En frondoso Alcornoque: y él á ella
 En un hermoso texo, convertirse.
 Pudieron así entrambos, en aquella
 Mutacion despedirse,
 Mientras duróles el vital aliento,
 Que animó á su frondoso monumento.

Fué tanto lo que agradó al mayoral Ce-
 rasio esta cancion de Mirtilo, que transporta-

do de su complacencia y gusto , lo abrazó varias veces , dandole mil alabanzas á su modo. No quedaron menos embobados los zagales , que sonriendose del gusto que tuvieron de oír la cancion , y de ver las demostraciones de Cerasio , envidiaban todos á Mirtilo su habilidad , y destreza. Complacido no menos Montano por todo esto , rogó á Silvanio que cantase la cancion que le habia insinúado. Mas este sintiendose falto de estro , se excusó diciendo á Montano , que Mirtilo la cantaria por él. Mirtilo oyendo esto , animado de los abrazos de Cerasio , dixo que si la cantaria ; y mudando de son á su rabel , con que suspendió de nuevo los ánimos de los zagales , dixo con acento algo mas levantado esta

CANCIÓN.

O quanto me enamora
 Quando se dexa ver en el oriente
 Coronada la aurora
 De luz resplandeciente ,
 Con que dora la mar , y el verde suelo ;
 Y al gran manto del cielo
 Tiñe de azul , é infunde nueva vida
 A la dormida

Y muda tierra ;
 De do destierra
 Con sus albores
 Todos temores,
 Y de la noche el tenebroso ceño ,
 Que la tenia sumergida en sueño.

Yo tambien despertado
 A su vivo esplendor , salto del lecho ,
 Y entrego embelesado
 Mi alborozado pecho ,
 Y todos mis sentidos á la amena ,
 Y encantadora escena ,
 Que se presenta al alma , y la arreбата ,
 Quando dilata
 Su vista en ella ;
 Viendo tan bella
 A la natura ,
 Que en la verdura
 De monte , llano , y valle , y de sus flores
 Ostenta su riqueza , y sus primores.

Entonces yo impelido
 De la armonía de las vagas aves ,
 Que al dia amanecido ,
 Con gorgéos suaves ,
 Saludan , y del eco de las fuentes ,
 Que impelen sus corrientes ,
 Con risa , entre las flores , tomo el plectro ,